
HARLEQUIN
Bianca
Sheila Danton
HERIDAS DEL CORAZON

Bianca

HERIDAS DEL CORAZON

Sheila Danton



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Heridas del corazon, n.º 1192 - agosto 2019
Título original: Good Husband Material
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-411-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

SENTADA en una pared baja de ladrillo, Rebecca Groom observaba con sus grandes ojos azules a un labrador negro tirando de un hombre alto que cruzaba la calle. El perro estaba empeñado en alcanzar lo antes posible la sombra que proyectaba el edificio del consultorio.

Mientras se sentaba en el caldeado habitáculo de su Mini color amarillo, se compadeció del perro.

–¿Le ocurre algo, o acaso está planeando entrar a robar?

Al tiempo que se acomodaba detrás del volante se volvió a mirar las facciones bien marcadas de un hombre, que al momento reconoció como el director del consultorio.

–Vaya, pero si es nuestra nueva adquisición. No esperarías encontrar el consultorio abierto un domingo, ¿verdad?

–De ningún modo –se echó a reír–. He alquilado un piso en Begstone y he venido a ver cuánto tiempo voy a perder en recorrer el trayecto.

–¿Begstone? –arqueó las cejas, fingiendo estar horrorizado–. Te llevará mucho más tiempo que hoy. ¡Es el peor sitio desde donde venir durante la hora punta!

–Y ahora me lo dices –dijo divertida.

–Pero no todo es negativo –se retiró de la frente un mechón de cabello negro y liso–. Hay una leve posibilidad de que el consultorio se traslade mucho más cerca de Begstone.

–¿De verdad? ¿A dónde?

–En realidad la idea es todavía un secreto, pero si va a impedir que vuelvas y rompas tu contrato de arrendamiento, supongo que puedo decírtelo. Sobre todo porque no conoces la zona.

–Bueno, lo cierto es que… –Becky había estado a punto de confesar que conocía la zona mucho mejor de lo que él pensaba cuando Marc la interrumpió.

–Te estás cociendo dentro del coche. ¿Por qué no discutimos de manera mucho más civilizada mientras nos tomamos algo fresco?

La invitación era tentadora; extremadamente tentadora. En el coche hacía un calor insoportable.

–Me parece bien.

–Voy a casa de mi madre, que vive al final de la calle, a devolverle a Sally. Puedes dejar el coche aquí o aparcar a la puerta del número veintitrés.

–Creo que intentaré buscar un sitio a la sombra al otro lado de la calle.

Él asintió.

–Nosotros vamos muy despacio. Sally ya no está para trotes.

–¿Cuántos años tiene?

–Casi doce.

–Es bastante para un labrador.

–No es de raza pura, y seguramente se deberá a eso, pero ni siquiera Sally durará mucho si no hace más ejercicio del que mi madre le proporciona. Cuando sale conmigo se asusta. Te veré al final de la calle.

Al poner el coche en marcha recordó cómo en su entrevista lo único que la inescrutable expresión de Marc le había revelado había sido su obsesión por el ejercicio y una dieta sana. Su cuerpo esbelto y musculoso no tenía ni un gramo de grasa. En realidad, era digno de elogio. Pero Becky sospechaba que quizá no hubiera tenido en cuenta los factores hereditarios. Sin embargo, a pesar de las generosas curvas que había heredado de su madre, le había ofrecido el trabajo, así que quizá no debería preocuparse por lo demás.

Se había mostrado agradable con ella, tanto el día de la entrevista como momentos antes, y a Becky le había dado la sensación de ser alguien con quien podría trabajar en armonía. Y, además, decía mucho de él el hecho de que se preocupara por su madre.

Aparcó bajó las amplias ramas de un enorme castaño; cerró el coche y lo esperó.

–No puedo obligar a Sally a que corra con este calor –la sonrisa compasiva que se dibujó en sus labios suavizó sus facciones y Becky se dio cuenta de que era un hombre muy apuesto.

Sin embargo, tenía un aire reflexivo que Becky no podía concretar.

–Hace demasiado calor para ir corriendo.

Cuando llegaron a casa de la madre, Marc abrió la puerta y esperó a que Becky entrara en el jardín delantero.

–Mi madre estará atrás. Iremos por aquí.

Soltó a Sally y le indicó el camino cubierto de hojas que rodeaba la enorme casa de piedra.

La señora Johnson alzó la cabeza para saludar a su hijo y al ver a Becky se sorprendió.

–Hola…

–Mamá, esta es Rebecca Groom, nuestra nueva enfermera. Empieza mañana.

–Hola. Encantada de conocerte, Rebecca.

–Buenas tardes, señora Johnson. Qué jardín más bonito –Becky admiró el amplio jardín con entusiasmo.

–Es muy amable al decir eso, aunque últimamente necesito ayuda para mantenerlo así.

Parecía que vivía allí sola y, a juzgar por el leve cansancio que vio en su mirada al hablar, Becky adivinó que probablemente estaría viuda. Como no mencionó que Marc la ayudara, supuso que este tendría su propia casa.

–¿Dígame, le apetece una taza de té? ¿O mejor aún, un refresco?

–Algo fresco, mamá. Nos salvarás la vida porque estamos los dos a punto de deshidratarnos.

Cuando la señora Johnson entró en la casa, Marc acercó un par de elegantes sillas de mimbre a la mesa.

–Estabas contándome los planes secretos para el consultorio.

La risa de Marc era aterciopelada y contagiosa.

–No son los detalles del consultorio lo que son un secreto. Simplemente no queremos que el vecindario se entere de que pensamos abrir un consultorio en su barrio. Llevamos un par de años buscando un lugar apropiado, pero no resulta fácil en esta zona. Al menos no a un precio razonable.

Becky asintió.

–Espero que tengáis éxito con la búsqueda. ¿Está en Begstone?

–No, en un pueblo cercano. Parece el sitio ideal, pero yo no soy muy optimista. Podrían presentarse muchas dificultades que no conocemos. Es propiedad del ayuntamiento, con lo cual quizá no nos permitan un cambio de uso.

–¿Y para qué lo utilizan ahora?

–Es una vivienda privada. El hombre que la habita cultiva los campos que la rodean. Ha fusionado dos granjas y se ha ido a vivir a la otra casa, dejando Paddocks vacía.

–¿Paddocks? –repitió y de repente se puso pálida–. ¿Te refieres a Paddocks de la calle Ashford? No se puede tirar una casa como esa para construir un consultorio. ¿Es que no os da pena?

La estudió detenidamente con sus ojos oscuros.

–Se ve que conoces la zona mejor de lo que yo pensaba.

Becky se volvió a mirarlo.

–Esa casa fue en el pasado como un segundo hogar para mí. Es victoriana, pero construida en el estilo Reina Anna. Es preciosa y…

Al ver una sombra de irritación borrando de su rostro el entusiasmo por su proyecto, Becky fue consciente de que por culpa de su naturaleza impulsiva había quedado en ridículo otra vez.

Se arrepentía de haberse puesto a defender la casa así, pero ya no había remedio.

–Lo siento, Marc –añadió en tono de disculpa–. No ha sido mi intención ser grosera, solo es que ha sido tan inesperado. Supongo que los momentos felices que pasé en esa casa me empujaron a solicitar un puesto por esta zona cuando decidí escapar de la vorágine de Londres. Y también la razón de que buscara un apartamento no lejos de allí.

La expresión de Marc se suavizó.

–Sabes que contratando a las personas adecuadas es posible alterar estos edificios antiguos sin estropear demasiado la estructura original. ¿Eran tus abuelos los que vivían allí?

–No, los tíos de mi madre. Como no tenían hijos les encantaba que estuviéramos allí –hizo una pausa mientras los recuerdos fluían por su mente.

Eran recuerdos que no estaba dispuesta a revelar. Paddocks había sido un paraíso en el que refugiarse de los abusos que su padre cometía con su madre. Cuando estaba en Paddocks se había sentido segura, y no había tenido necesidad de taparse los oídos para no escuchar los golpes que seguían siempre a los gritos de su madre.

Al notar que Marc estaba preguntándole más cosas sobre la casa, Becky fingió estar considerando cuidadosamente lo que él le había dicho antes.

–En realidad, la casa no es tan grande como parece desde fuera. Necesitará ampliarse tanto que no creo que puedan conservar el carácter de la casa. Sin embargo, supongo que no es asunto mío.

–Tienes razón, no es asunto tuyo, pero te entiendo –comparado con el tono afable de antes, le habló con frialdad.

En ese momento la señora Johnson salió con una bandeja y una jarra de limonada.

–Gracias. Está muy buena y muy fresca.

Su anfitriona aceptó el cumplido.

–¿Ha vivido siempre en esta zona?

Becky sacudió la cabeza.

–Soy del centro de Inglaterra, pero llevo un par de años trabajando en Londres. Claro que, también estuve viviendo en la granja de mi tío de la calle Ashford durante casi tres años, y regularmente pasaba las vacaciones con ellos allí cuando era

pequeña. Mi ilusión siempre fue establecerme aquí.

Tras una breve discusión sobre una variedad de plantas y las dificultades en conservar los servicios de un jardinero, Becky se puso de pie.

–Ahora no me queda más remedio que volver a terminar de instalarme. Gracias por la limonada, señora Johnson.

Su hijo la acompañó al coche, pero al despedirse de ella la miró de modo inexpresivo.

–Entonces nos veremos mañana.

Rebecca se montó y se puso en marcha.

–¿Por qué seré tan impetuosa? –se dijo–. ¿Por qué no puedo mantener la boca cerrada? Desde luego has conseguido enojar al jefe incluso antes de empezar a trabajar. Dios sabe lo que pensará de mí, de mi falta de educación. Incluso si obtienen el permiso para cambiar el uso del edificio, seguramente decidirán que no es el adecuado para ello y habré armado un escándalo para nada.

Su optimismo anterior se había evaporado y por alguna razón se sintió totalmente desalentada al volver a su solitario piso y a la mudanza.

El lunes se levantó antes de que sonara el despertador y llegó al consultorio bastante antes de las ocho, hora en que empezaba a trabajar.

–Bienvenida a Sandley –Rose, la administradora del consultorio, estaba abriendo la puerta cuando Becky llegó–. ¿Ha encontrado vivienda sin problemas?

–Sí. Me mudé a un piso en Begstone ayer.

–Debes darme la dirección. ¿Es cómodo?

–Mucho, y como yo ocupo el ático de una casa de tres pisos, tiene una vistas maravillosas.

–Tiene buena pinta –comprobó la lista de turnos que había en la pared–. Esta mañana vas a trabajar con Jan. Luego verás cómo organizamos las tareas. Aquí está su lista para hoy. La mayoría son análisis de sangre y alguna que otra inoculación.

Becky se llevó el montón de notas a la mesa, después fue a la enfermería a ver lo que tenían allí.

Volvió a la mesa y se dispuso a examinar las notas escritas en la primera página.

El primer paciente, un tal señor Peck, tenía hora a las ocho y cuarto. Miró el reloj y vio que eran y veinte. Ya llevaban cinco minutos de retraso. Un análisis de sangre. Nada que no pudiera

hacer ella sola. Decidió llamar al paciente.

–Bueno días, señor Peck. Veo que tiene usted un análisis de sangre.

–Eso es. Me hicieron una revisión en el trabajo y me encontraron que tenía azúcar, así que el doctor Johnson me ha mandado unos cuantos análisis. Los últimos análisis que me hice no salieron bien, así que el doctor me dijo que tenía que ayunar para hacerme este.

Becky asintió y fue a buscar lo que necesitaba. Cuando estaba terminando de sacar la muestra de sangre, se abrió la puerta de golpe y Jan, la enfermera jefe, entró a toda prisa.

–Lo siento, señor Peck. Me he retrasado por culpa del tráfico. Veo que la enfermera Groom ha hecho los honores. ¿Todo bien?

–Estupendo. Ya me ha sacado sangre. Me puedo marchar, ¿no?

Jan asintió y le echó un vistazo a las notas del paciente.

–Veo que está citado el viernes con el doctor Johnson. Creo que ya tendrá los resultados para entonces –abrió la puerta y casi lo empujó–. Lo siento –le dijo a Rebecca–. Llamaré al próximo paciente mientras tú pones al día las fichas.

–Alan, pasa –se volvió hacia Becky–. Al señor Brown hay que cambiarle la gasa de la pierna –sin decir más lo condujo hasta una silla en la enfermería y se dispuso a quitarle el apósito antiguo.

–¿Le molesta menos? –le preguntó Becky al terminar.

–El dolor ha disminuido mucho desde la semana pasada.

El resto de la mañana fue de una actividad febril y Becky empezó a sentir pena por los pacientes. Cuando terminaron de atender a todos los de la lista, descansaron un rato para tomar café. Becky volvió a mirar la lista de la enfermería.

–Se les da menos tiempo con nosotros que con los médicos. ¿Te parece eso bien?

Jan se encogió de hombros.

–En realidad no. Pero como solo somos dos enfermeras, no podemos hacer mucho más. Quizá ahora que estás tú aquí podamos repartir un poco el trabajo, pero de todos modos sigue habiendo nada más que una sala de enfermería. Será estupendo si por fin construyen ese centro de salud nuevo que tantas veces nos han prometido.

–Vaya, he oído que quizá lo hagan cerca de Begstone. El doctor Johnson dice que están pensando en utilizar algún edificio en esa zona.

Jan soltó una risa crispada.

–Una de tantas. Estoy empezando a pensar que solo están mirando casas viejas porque siempre hay alguna razón por la cual el

lugar no resulta útil.

Becky se avergonzó para sus adentros por haber armado un jaleo por nada la tarde anterior.

–Supongo que los tres médicos no pasarán consulta al mismo tiempo. ¿No podríamos utilizar alguna de sus salas de vez en cuando?

–Supongo que quizá podamos convencer a Steve Howard, pero no veo a Marc o a Pete Robson accediendo a ello.

–¿Y pasáis consulta de enfermería por las tardes?

–Solo las consultas médicas para embarazadas para los cuidados después del parto; las consultas para bebés… Ah, y las de medicina preventiva.

–¿Entonces, podríamos hacer algunas curas y revisiones en las tardes que no pasen consulta?

A Jan pareció asombrarle su sugerencia.

–Supongo que sí, pero significaría que uno de los médicos tendría que estar también. No les gusta que veamos a los pacientes cuando ellos no están. Tal vez podamos sugerirlo en la reunión que tendremos mañana.

Como el lunes por la tarde no había ninguna consulta, Jan le enseñó a Becky los distintos departamentos de la clínica. Después de presentarle a los empleados, procedió a hablarle de ellos una vez que hubieron cerrado la puerta de la enfermería.

–Conociste a los médicos en la entrevista, aparte de Patsy, nuestra médico en prácticas, ¿verdad? Empezó con nosotros la semana pasada.

Becky asintió.

–Se va a casar en navidad. El doctor Johnson es el único que no está casado. Irene dice que tiene algo con Rose, de administración, pero si es así son muy discretos.

–Me encontré ayer con él y me presentó a su madre. ¿Vive con ella?

–No. Él tiene su propia casa, y en una zona de mucha categoría. Estuvo prometido, pero su novia se ahogó en un accidente de barco.

–¡Qué horror!

–Eso no fue lo peor de todo. Marc estaba trabajando, y por eso ella se fue a navegar con el padre de Marc. Él también se ahogó.

Becky estaba horrorizada.

–¿Hace cuánto que ocurrió eso?

Jan se encogió de hombros.

–Fue antes de que yo viniera aquí, así que debió de pasar hace unos cinco años ya. Nunca habla de ella, ni del accidente, así que

nosotros tampoco. Creo que todavía no ha encontrado el modo de aceptarlo.

Becky se compadecería de cualquier persona que hubiera sufrido algo parecido, pero tratándose de Marc Johnson y de su madre sintió un extraño dolor en el corazón y deseó haberlo sabido el día anterior. Desde luego ello explicaba la pena que había visto en la mirada de la señora Johnson y también la expresión distante que se ocultaba bajo la amabilidad superficial de Marc.

Jan continuó enumerándole las flaquezas de las distintas recepcionistas y secretarias, y después le habló de la otra enfermera.

–Conociste a Irene, ¿no? Debe de estar al llegar.

Becky tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en lo que le estaba diciendo Jan y dejar de pensar en la tragedia de los Johnson.

–¿Irene? Sí… Sí que me la presentaron.

–Hoy le toca el turno de tarde. Si quieres quedarte un rato o no es cosa tuya.

–No tengo nada que hacer en casa, así que creo que me quedaré un poco más. ¿Es otra lista de rutina?

Jan asintió.

–El servicio es para la gente que trabaja durante el día, pero viene de todo. Aquí está Irene. Podéis mirar la lista juntas.

Jan se había marchado e Irene estaba charlando con la administradora cuando Marc asomó la cabeza por la puerta.

–Hola. ¿Qué tal va todo?

Al ver por su forma de saludarla que la había perdonado por lo del día anterior, Becky sonrió.

–Bien, gracias.

Pero se le fue el alma a los pies cuando él continuó hablando.

–Pensé que te gustaría saber que hemos estado hoy en Paddocks y pensamos que tiene posibilidades.

¿Esa era la razón por la que la había buscado? ¿Para hablarle de la visita antes de que se lo contara otra persona?

–¿Qué te ha parecido la casa en sí?

–Debo decir que estoy de acuerdo contigo. Desde luego tiene mucho carácter y el lugar es perfecto. Como dijiste, necesitará muchos cambios para adecuarse a nuestras necesidades pero, como llevamos tanto tiempo buscando, no veo que eso sea un impedimento.

–Claro, lo entiendo. Espero que todo salga como deseas –dijo en tono desenfadado, empeñada en no repetir el error del día anterior.

–Creo que estamos de suerte. Hay sitio suficiente para un aparcamiento, y haremos una entrada por la calleja lateral, lo cual

es otra ventaja. Ahora solo depende de que nos pongamos de acuerdo con el ayuntamiento.

Becky sintió una mezcla de emoción al escuchar lo que decía. Marc al menos apreciaba el carácter y belleza del viejo edificio. Tal vez eso previniera los peores excesos que Becky se temía.

–¿Y qué alteraciones serían necesarias?

Intentó por todos los medios hablar sin que le temblara la voz. Lo último que quería era molestarlo de nuevo.

–Creo que eso se lo dejaré a los arquitectos. Pero puedes estar tranquila porque su cometido será conservar todo lo intacta posible la estructura original de la casa y de los jardines –abandonó el tema de la casa como si no tuviera mayor importancia–. ¿Te desenvuelves bien con el trabajo?

–Sí. He estado esta mañana con Jan y voy a hacer lo mismo esta tarde con Irene.

–¿Tenías la tarde libre?

Becky asintió.

–Jan me presentó a todos los empleados y me enseñó cómo funciona el sistema de administración.

La observó de una manera que resultó extrañamente agradable.

–No hace falta que trabajes demasiado el primer día.

Becky se echó a reír.

–Lo de hoy ha sido como una cura de descanso después de trabajar para el ministerio. Estaba empezando a pensar que la orientación era algo del pasado.

–Aquí no. Queremos que todo el mundo se sienta parte del equipo. Y eso me recuerda a que una de mis pacientes, Carol Dent, tiene hora con Jan esta tarde. Me interesaría escuchar tu opinión sobre ella.

–¿Quieres decir hacer un diagnóstico?

–En realidad no… Me refiero más a cómo lo está llevando. Se queja porque no puede respirar bien y de vértigos, pero una serie de análisis exhaustivos no han revelado nada anormal. Pensé que una charla con alguien de fuera de su círculo familiar y de amistades le vendría bien. Me enteré de que su hija ha venido a hacerles una visita relámpago, así que me pareció la oportunidad ideal. Así no podrá intentar marcharse con la excusa de que no puede dejar a su esposo solo mucho rato.

–¿Está inválido?

Marc asintió, pero al mismo tiempo movió la mano de un lado para otro.

–Más o menos. Simon Dent sufre esclerosis múltiple, pero está

en remisión. Ella cree que si lo tiene en palmitas no tendrá una recaída.

–Difícil…

–Mucho, para los dos, y creo que esa dificultad es probablemente la causa de sus síntomas. Pero mira a ver qué te parece a ti.

Becky estuvo tentada de comentar que si las consultas eran tan apresuradas como las de la mañana sería casi imposible, pero decidió que no era el momento adecuado.

Cuando llevaban ya bastantes pacientes, Becky se alegró de no haber dicho nada. Irene parecía darle a cada uno de sus pacientes el tiempo necesario.

Carol Dent fue la última en entrar. Becky la observó y escuchó en silencio mientras Irene intentaba persuadirla de que su marido era capaz de arreglárselas él solo.

Aunque ella no estaba en posición de decir nada acerca de Simon Dent, Becky notó que Carol empezaba a respirar con dificultad cada vez que Irene le sugería que su marido podía hacer tal o cual cosa solo.

–¿Forma parte de la asociación local de enfermos de esclerosis múltiple? –le preguntó Becky.

Carol sacudió la cabeza con determinación.

–No queremos ver cómo se va a poner en un futuro.

–Eso no se puede saber. No hay manera de predecir el curso de la enfermedad en un individuo. Conociendo a otras personas que sufren esclerosis múltiple le ayudará a ver cuántos de ellos son capaces de llevar una vida autosuficiente y productiva. Le sorprendería lo que algunos son capaces de lograr.

Carol parecía dudosa.

–No creo que Simon quiera formar parte de esa asociación.

–¿Por qué no intentamos que un organizador de la asociación local vaya a hacerles una visita a casa? De ese modo podrán conocer más cosas sobre ella sin comprometerse.

–Supongo que podríamos intentarlo –Carol murmuró con vacilación.

Irene sacó la agenda antes de que Carol se arrepintiera.

–Dígame qué día les viene mejor e intentaré organizarlo ahora.

Becky continuó charlando amablemente con Carol hasta que Irene volvió diciendo que la visita estaba ya organizada.

Cuando finalmente se marchó la paciente, parecía mucho más animada.

–Gracias por sugerir el grupo de enfermos de esclerosis múltiple

–le dijo Irene mientras recogía las fichas apresuradamente–. Si no lo hubieras hecho, podríamos habernos tirado aquí toda la noche. No es una situación fácil de llevar y desde luego no me apetecía estar con ella toda la tarde –cerró con llave la enfermería y se dirigió hacia la salida–. Tenemos a unos amigos en casa y dije que volvería antes de esta hora.

Marc acababa de terminar su consulta y, cuando Becky estaba a punto de tomar el camino de la puerta, él la llamó para que pasara.

–¿Tienes un momento? ¿Qué te ha parecido Carol Dent?

–Me ha dado la impresión de que en este momento necesita a su marido más que él a ella. Cada vez que le sugeríamos que él podría arreglárselas sin ella durante un par de horas, Carol parecía ahogarse.

–Sí, me he dado cuenta de eso antes. Creo que no puede estar sin tener a alguien a quien cuidar. Desde que la conozco ha cuidado de sus padres, que eran enfermos terminales, y eso mientras tenía en casa a su hija adolescente. Ahora que ellos han muerto y que su hija se ha marchado de casa, quiere que Simon la necesite.

–Le sugerí que se unieran a la asociación local de enfermos de esclerosis múltiple para que vea lo que otros enfermos pueden lograr.

–¿Y ha aceptado?

–Más o menos. Irene aprovechó la oportunidad y ha concertado una cita para que el organizador les haga una visita en casa.

–Me parece una idea estupenda, y si él sufre una recaída no tendrán que ir muy lejos a buscar consejo de otros que están en situaciones parecidas.

–Desde luego eso espero.

–Y hablando de reformas y de casas…

–¿De eso hablábamos?

–Bueno, más o menos –hizo una pausa antes de continuar tímidamente–. Me preguntaba si, antes de hacer planes, te gustaría visitar Paddocks –la miró a la cara al hablar–. Quizá entonces pueda convencerte de que ninguno de nosotros tenemos la intención de destruir la personalidad del edificio, especialmente sin consultar a las partes interesadas. Por eso me gustaría escuchar tu opinión. ¿Desde hace cuánto que no ves la casa?

–Debe de hacer unos nueve años que el tío de mamá se jubiló –calculó Becky–. Pero no hace falta que hagas esto. Mientras que el proyecto sea respetuoso, no tengo ningún problema.

Becky, que era muy observadora, vio que Marc fruncía el ceño.

–¿Qué te parece si vamos allí mañana después del trabajo?

Después podríamos ir a comer algo.

Becky, que no estaba segura de que la comida fuera una buena idea, decidió mostrarse cauta.

–Desde luego, me encantaría ver la casa.

–Te recogeré a las seis y media, entonces.

No levantó la vista para mirarla, sino que sacó un manojo de llaves y empezó a cerrar los cajones de su mesa.

–Buenas tardes, entonces. Y gracias.

A la mañana siguiente Jan dejó a Becky para que se encargara de la lista de pacientes ella sola, y aunque entre los pacientes y el papeleo se le pasó el tiempo volando, consiguió sacar unos minutos extra para aquellos que lo necesitaban. Una de aquellas personas era Laura Hull, que había ido para que le hicieran un chequeo el cual incluía una mamografía.

Había recibido una carta esa mañana para recordárselo. Tenía treinta y ocho años y estaba muerta de miedo.

–Mi hija todavía no ha cumplido los dos años –sollozó al entrar en la sala–. No voy a verla crecer… quizá ni siquiera cuando empiece el colegio.

Becky la invitó a que tomara asiento y se sentó junto a ella.

–Sabe que si se pone así no será de ninguna ayuda ni para usted misma ni para su hija. Esta cita no significa que tenga un problema, y desde luego no significa que tenga cáncer. Podría ser por varias razones. Quizá la máquina no funcionaba bien, o bien el radiógrafo tuvo un mal día y no la hizo bien, o simplemente hay algo que quieren mirar con más detalle. Esto no es tan poco común, Laura; no significa que necesariamente haya algo de lo que deba preocuparse.

Su paciente se agarró a la esperanza que le ofrecía.

–¿No lo dice por decir? –dijo, intentando controlar las lágrimas.

–Créame, Laura, si pensaran que tiene usted un bulto raro no habrían perdido el tiempo llamándola para hacerse otra mamografía; la habrían enviado inmediatamente a la consulta del especialista.

–¿Lo dice en serio?

–Desde luego que sí –le aseguró Becky, mientras rezaba para que el sistema funcionara del mismo modo en esa parte de Kent que en Londres.

Laura se quedó callada mientras digería la información, pero no parecía dispuesta a irse.

–¿Dónde está su hija ahora?

–¿Anna? Se la he dejado a una vecina. No quería darle un

disgusto.

–Buena idea. ¿Cuándo tiene que hacerse la mamografía?

–Esta tarde.

–¿Se la quedará otra vez su vecina?

–Andrew está fuera en viaje de negocios, pero ya habrá vuelto para entonces. Ojalá hubiera estado de vuelta esta mañana. No sabía a quién acudir.

Becky asintió.

–Todos estamos predispuestos a temer al cáncer, ya sabe, pero ya no es tan mortal como antes. Los tratamientos están continuamente mejorando, así que si se lo diagnostican a alguien ya no es una sentencia de muerte.

Laura sonrío tristemente y se levantó.

–Me estoy comportando de manera ridícula, ¿verdad?

–En absoluto. A pesar de todo lo que sé al respecto, me sentiría igual si me ocurriera a mí. ¿Qué le parece si viene a charlar conmigo un rato después de que le hayan hecho la mamografía? Así podrá comentar conmigo lo que le preocupe.

–Es usted muy amable. Me… gustaría mucho.

Cuando Becky tuvo un momento libre al terminar con la lista de pacientes, leyó el historial de Laura y descubrió que había caído en una depresión después de que su madre muriera de cáncer de mama. ¿Por qué no le había dicho Laura que en su familia había un antecedente de la enfermedad? Seguro que había estado pensando en ello todo el tiempo; por eso se había mostrado tan angustiada.

Cerró la carpeta con un suspiro y fue a buscar algo de comer para poder asistir en buenas condiciones a la reunión que tendría lugar a continuación.

Marc estaba en la cocinilla preparándose un café y le preparó otro a Becky.

–¿Una mañana difícil? –le preguntó mientras le pasaba la taza.

–No tanto, pero hay una de tus pacientes que me está preocupando.

Arrugó el entrecejo.

–¿Quién es?

–Laura Hull.

–Vamos a mi despacho y me lo cuentas.

Cerró la puerta e invitó a Becky a que se sentara.

–Le enviaron una carta para que se repitiera una mamografía rutinaria. La pobre mujer está totalmente desolada.

Marc le respondió con ansiedad.

–Eso no le conviene en absoluto.

–La he tranquilizado de momento, pero al verla así me preocupé y leí su historial.

Él asintió.

–Vas a decirme lo de su madre…

–Sí. Ojalá hubiera leído las notas antes de verla.

Marc sacudió la cabeza.

–Gracias a Dios que no lo hiciste. Laura fue adoptada.

–Quieres decir…

–En este caso los antecedentes familiares no influyen, gracias a Dios. Laura no ha tenido una vida fácil. Tuvo a su hija Anna por fecundación in vitro. Ha sufrido mucho durante años, incluyendo la traumática muerte de su madre adoptiva, y le cuesta creer que no vaya a ocurrir algo que destruya el nido de amor que ella y Andrew, su marido, han creado. Cuando recibió esa carta llamándola de nuevo probablemente pensó que se trataría de lo que más había temido.

–Me lo imagino.

–¿Has quedado para que vuelva a verte?

–Le pedí que se pasara más tarde, después de que le repitieran la mamografía, para contarme cómo se siente.

Marc asintió.

–Bien hecho. Eso quiere decir que puedo arreglármelas para estar por aquí sin que ella crea que hay alguna razón urgente para ello.

Becky se sintió animada, no solo por sus palabras de encomio, sino por su voluntad de tratar los problemas antes de que adquirieran proporciones gigantescas. A pesar de que durante la entrevista le había preocupado que Marc tuviera unas ideas demasiado idealistas, en ese momento le parecía que su manera de pensar estaba más o menos en la misma línea que la de ella. Eso la alegró enormemente, y mientras lo pensaba les avisaron por teléfono del comienzo de la reunión.

Capítulo 2

MARC colgó el auricular sin contestar.

–Los demás están esperándonos para comenzar la reunión y se preguntan qué estamos haciendo.

Aunque solo habían estado hablando de trabajo, Becky sintió que se ponía colorada al oír sus palabras, un rubor que se intensificó cuando al entrar en al sala juntos fue recibida por las miradas especulativas de los que allí esperaban.

–Sentimos el retraso –Marc retiró una silla para ella–. Creo que todos conocéis a Becky, aparte de Patsy.

La atractiva morena sentada en una esquina sonrió mientras Marc tomaba asiento.

Cuando ya no había nada más que discutir sobre los asuntos administrativos, Marc centró la reunión en los pacientes.

–¿Alguien tiene algún problema en particular que quiera compartir?

Irene mencionó a Simon y a Carol Dent y quedó claro que la mayoría de los allí presentes conocían su problema.

–Becky consiguió convencerla para que recibieran la visita de algún organizador de la asociación local de enfermos de esclerosis múltiple. El director local va a visitarlos esta tarde.

–¡Fantástico! –la exclamación de Jan fue apoyada por un consentimiento general.

–Creo que has dado en el clavo al sugerirle que primero los visitara alguien en casa –le dijo Irene–. No estoy segura de que hubiera accedido a asistir a una de las reuniones así de golpe.

–A todos nos gustaría que nos informarais de cómo se va desarrollando el asunto –Marc cerró el tema–. ¿Algún otro problema?

Steve Howard comentó el caso de un par de pacientes que le preocupaban y después Jan mencionó la idea de Becky de ver a algunos pacientes por las tardes o de utilizar ocasionalmente los despachos de los médicos como salas de tratamiento en los días en que no pasaran consulta.

Como habían previsto, Pete y Marc creyeron que ambas sugerencias podrían acarrearles problemas.

–Sobre todo una vez que Patsy empiece a recibir a pacientes ella sola, nuestras consultas no estarán libres tan a menudo.

Comentaron el problema unos minutos más y prometieron reflexionar sobre el asunto, pero Becky no albergaba demasiadas esperanzas.

–Como la mayoría sabéis, esta semana hemos visto una casa que creemos que podría ser ideal para albergar nuestro nuevo local. Si podemos acelerar las negociaciones, esa sería la mejor solución de todas.

–¿Hay que hacer una reforma muy grande? –preguntó una de las secretarias.

–Eso me temo.

–¿Y tendremos algún problema con los del vecindario?

–Será mejor que se lo preguntéis a Becky. Creo que ella conoce bien la zona y la casa.

Cuando todos la miraron con atención, Becky protestó.

–La última vez que estuve allí fue ya hace nueve años. Seguramente todo habrá cambiado mucho.

–Lo más probable es que tengas razón –concedió Marc–. De todos modos, os mantendré informados en nuestras reuniones semanales. Si no hay nada más por hoy, creo que estamos todos listos para irnos a almorzar.

La reunión se disolvió poco después entre la emocionada charla de los presentes ante la perspectiva de trabajar en un lugar diseñado específicamente para albergar un centro de salud.

–Vamos a comer rápido porque después tenemos a las embarazadas –Jan le murmuró a Becky.

–¿Con qué médico?

–Con Marc. Es estupendo con las mamás. Te enseñaré de qué va y esta tarde podrás ayudarlo. Las embarazadas no son mi fuerte.

Más tarde, cuando se fue a la consulta con él, Becky vio lo que había querido decirle Jan. Era la primera vez que veía a Marc en acción y se quedó sorprendida. Parecía conocer instintivamente el método a aplicar con cada una de ellas, y aunque vio una gran variedad de formas de tratar a sus pacientes, le quedó claro que Marc se preocupaba de corazón tanto de las madres como de sus futuros bebés.

Sin embargo, hacía todo con un aire de indiferencia. Becky pensó que era como si temiera involucrarse emocionalmente. Lo cual, supuso, no era sorprendente. Si su prometida no se hubiera ahogado, seguramente ya tendría hijos.

–Todo ha salido bien hoy, gracias a Dios –le dijo cuando salió la

última paciente–. Aparte, por supuesto, de Sandra Trewitt. Me preguntó por qué no habrá acudido a su cita.

–¿Te habrían avisado si se hubiera puesto de parto?

–Deberían, pero… –se encogió de hombros–. A veces hay errores.

–¿Te gustaría que pasara a visitarla?

–Intentaré llamarla primero por teléfono. Pero gracias por ofrecerte. A no ser que prefieras…

–En absoluto. Creo que es mejor que la llames tú. A mí no me conoce.

Volvió enseguida.

–Ponte el abrigo, Becky. Sandra Trewitt nos necesita. Su comadrona está ocupada en este momento.

–¿Qué pasa? –le preguntó cuando se montó en el Volvo ranchera color verde oscuro de Marc.

–Se queja de un tremendo dolor de espalda. Dice que debe de ser porque ayer estuvieron colgando cosas en la pared, pero yo prefiero asegurarme. Si es señal de que se vaya a poner de parto antes de tiempo, debemos saberlo cuanto antes.

Detuvo el coche delante de una bonita casa adosada. Llamó a la puerta con los nudillos y oyeron a Sandra avanzar pesadamente hacia la puerta. Cuando la abrió Marc le presentó a Becky.

–Hola. Me siento fatal por haberos hecho venir así. Me dolía horrores cuando me levanté esta mañana, pero ha ido cediendo un poco a medida que ha avanzado el día.

Marc asintió y, tras hacerle unas cuantas preguntas, empezó a examinarla con ayuda de Becky. Cuando había terminado y escuchado el corazón del bebé, le dio a Sandra una palmada tranquilizadora en el hombro.

–Me alegro de poder decir que parece ser un simple dolor de espalda. Probablemente, empeorado por la decoración de ayer. No te preocupes; el bebé parece estar bien.

Sandra se echó a reír.

–No me lo puedo creer. ¡Creo que debe de ser un chico y que está practicando para los mundiales de fútbol!

–El dolor de espalda es algo bastante común en este trimestre del embarazo, Sandra. Intenta mantener la espalda recta lo más posible y sigue utilizando zapatos bajos, ¿de acuerdo?

–No utilizo otra cosa desde hace meses.

–¿Y el colchón? –le preguntó Marc–. Tienes que dormir en el más duro que tengáis en la casa.

–¡No hay donde elegir! Solo tenemos una cama, pero

afortunadamente tiene un colchón muy firme.

–No más decoración durante unos días –Marc le ordenó con firmeza–. Y a partir de ahora tendrás que ir a consulta una vez por semana.

Su paciente asintió y Becky la ayudó a incorporarse.

–Te llamaré en los días que siguen y si necesitas algo sabes que puedes encontrarme en el centro de salud –le dijo Becky.

Como tenía que hacer otra visita, salieron a los pocos minutos.

–Ha sido una buena idea eso de llamarla. Hablaré con su comadrona, pero creo que debemos estar en contacto con ella de todos modos.

Becky asintió.

–Te mantendré al tanto. Y, a propósito, espero que volvamos a tiempo de ver a Laura Hull.

–Me había olvidado. Si se ha marchado ya, quizá podrías ir a verla de camino a casa.

–Lo haré con gusto. ¿Pero no querías verla tú también?

–Si está lo haré, pero no quiero insistir demasiado en el tema.

Al llegar al aparcamiento del centro de salud, vieron a Laura saliendo del coche. Al ver la expresión de la mujer, Becky le sonrió y la condujo hasta la enfermería.

–¿Qué tal te ha ido? –le dijo en tono afable tras cerrar la puerta.

La mujer se echó a llorar.

–Me han dicho que está todo bien.

–Qué estupenda noticia.

Laura sacudió la cabeza.

–Hay algo que no me han querido decir. Lo sé.

–¿Por qué?

–Yo estaba en otra sala, pero les oí decir algo, y también que se lo enviarían al médico de cabecera por carta.

Llamaron a la puerta con fuerza y Marc asomó la cabeza.

–Solo para decirte que me voy y que te recogeré… –en lugar de terminar la frase entró en la habitación y cerró la puerta.

–¿Hay algún problema?

Becky le informó rápidamente de los detalles, como si no hubiera hablado de Laura anteriormente.

–¿Estás segura de lo que oíste?

Laura apretó los labios e intentó ahogar los sollozos.

–Muy segura.

–Es demasiado tarde para llamar a rayos esta noche, pero lo haré a primera hora de la mañana y descubriré la verdad.

A continuación le dijo que si le decían que todo estaba bien, él

se lo garantizaría.

–Te diré una cosa. Te daré una cita para que Andrew y tú vengáis a verme a primera hora de la mañana y espero que podamos poner fin a todo este asunto.

Cuando Laura se marchó, Marc sacudió la cabeza.

–No sé cómo vamos a convencerla. Ahora tengo que salir pitando, pero he apuntado tu dirección y pasaré a buscarte más tarde. ¿De acuerdo?

Becky asintió y sintió una oleada de emoción en su pecho que no tenía nada que ver con el propósito de su visita.

Irene estaba ya allí para hacerse cargo de los pacientes de la tarde, así que, como había terminado su jornada, Becky volvió a toda prisa a su apartamento. Se dio un baño y se puso uno de sus vestidos favoritos, de seda color turquesa. Marc llegó al poco rato, vestido con unos pantalones grises jaspeados y una camisa rosa sin corbata. Becky se preguntó si se habría vestido demasiado hasta que vio su americana y corbata en la percha del coche.

–No tardaremos en llegar a Paddocks. Creo que ya no habrá tanto tráfico a estas horas. Supongo que recordarás esta carretera, ¿verdad?

–Sí… –Becky le respondió en tono vacilante–. Es la carretera que utilizábamos para ir, pero han cortado muchos árboles y en su lugar han construido demasiadas casas.

–Ese es el problema por aquí. No estamos lo suficientemente lejos de Londres para evitar ser un suburbio de la ciudad, así que los precios de las propiedades se han disparado. ¿Estás pensando en comprar una casa?

–Esa era mi intención inicial, pero después de ver los precios creo que me lo voy a pensar.

–Si me entero de algo razonable, te lo diré –al llegar a la población de Marbury, Marc giró por la calle Ashford–. Bueno, ahí delante la tienes. ¿Crees que ha cambiado mucho?

Becky miró lentamente a su alrededor. Sintió la emoción de la niñez despertar en ella a medida que se iban acercando a la entrada. Marc detuvo el coche y Becky saltó para abrir la verja. Entraron despacio.

–Está exactamente como la recuerdo, Marc. Ni la granja ni la casa han cambiado por lo que veo. No me lo puedo creer.

Detuvo el coche junto a la puerta principal. Al volverse hacia Becky, le decepcionó ver la impasibilidad pintada en su rostro.

Si Marc no tenía sentimientos hacia aquel lugar, a saber qué cambios podría llegar a permitir. Debía de algún modo intentar

contagiarle su entusiasmo.

–Bueno, vamos a echar un vistazo –dijo Marc mientras abría la puerta.

Cuando Marc le dio la llave, Becky sintió un pequeño escalofrío cuando él le rozó la mano. No sabría decir si aquella emoción fue porque Marc le había rozado la mano o por volver a estar en el único lugar en el que se había sentido feliz en el pasado.

Al entrar en el vestíbulo miró hacia donde arrancaba la escalera y sintió solamente decepción. La casa vacía estaba oscura y llena de polvo, y carecía de la alegría y calidez que solía tener cuando vivían allí los tíos de su madre.

Becky pasó al comedor y se sintió un poco mejor. La vieja chimenea estaba tal como ella la recordaba. Con un poco de limpiametales la campana de cobre brillaría como siempre había hecho.

–¿No te parece una chimenea fantástica, Marc? Solíamos encenderla cuando la familia se reunía a comer. Sería un crimen quitar ese tesoro.

Marc asintió, pero no dijo nada. Se acercó a la chimenea y la examinó.

A Becky no le resultó difícil imaginárselo como el apuesto señor de la casa, con sus pantalones y botas de montar, esperando que los sirvientes obedecieran cada una de sus órdenes. Su fantasía desapareció al pensar que simplemente estaba calculando el uso que podrían darle a la habitación en el futuro.

Cruzó al otro lado de la habitación y abrió la puerta que daba a la cocina. Esta tampoco había cambiado. Nada había sido modernizado, ni siquiera la vieja pila de piedra bajo la ventana.

–Incluso yo pienso que este lugar necesita una reforma. Ya no se pueden preparar comidas en una cocina como esta –Becky se echó a reír, esperando con ello sacar a Marc del taciturno estado en que estaba desde que había entrado en la casa, pero él se limitó a asentir con la cabeza y abrió la puerta de una habitación contigua a la cocina.

–¿No te parece una habitación estupenda?

Marc fue hasta la ventana antes de contestar con expresión confusa.

–Mira esos edificios anexos, Becky. Creo que esa casa pequeña que hay cruzando el patio sería un lugar perfecto para los médicos en prácticas.

–Esa era la vivienda de un empleado de la granja.

–Pues tiene unas vistas maravillosas. ¡No me importaría vivir yo

ahí!

Becky miró a la habitación donde estaban otra vez, recordando el aparador galés que había pegado a una de las paredes. El sol de la mañana arrancaba destellos de los platos allí colocados. Al recordarlo, Becky tuvo que contener las lágrimas. Para disimular salió de la habitación, cruzó la cocina y el amplio vestíbulo trasero hasta una habitación que su tío utilizaba de despacho y su tía para un sinfín de cosas. Marc la siguió.

–Vamos, dejaremos esto para otro día –dijo Marc.

Becky cruzó el salón, consciente de que Marc la observaba mientras saboreaba cada recuerdo.

–Daría cualquier cosa por saber lo que estás pensando –le dijo, agarrándole del brazo con suavidad.

–Estaba pensando en navidades pasadas. Aquí celebramos algunas maravillosas reuniones de familia –Becky se estremeció al recordar las primeras fiestas de su vida–. A mis tíos les gustaba tanto divertirse, estaban tan llenos de vida. Era otro mundo…

–Tienes frío –la interrumpió bruscamente–. Vamos a dar una vuelta rápida por el piso de arriba y luego nos vamos a comer algo.

Becky lo siguió despacio, preguntándose si lo que acababa de decirle lo había molestado. Quizá sus palabras le habían hecho recordar cosas, aunque seguramente tristes.

Buscó el reloj de pared que solía estar al pie de las escaleras sabiendo que no lo encontraría allí. Había sido vendido en una subasta muchos años antes. Su tío no había querido desprenderse de él, pero de ningún modo habría cabido en la casa de una planta donde se habían ido a vivir después.

Tras una rápida vuelta por el primer piso, Marc fue hacía las escaleras para bajar.

–¿Y el ático? ¿Vais a utilizar las habitaciones del ático? –insistió Becky.

–Como oficinas. De otro modo la casa no sería viable –la agarró del brazo–. Pero dejémosle los detalles al arquitecto. Tengo hambre. ¿Y tú?

Aunque le molestó el hecho de que se desentendiera de algún plan definido, no le dijo nada.

–Debo admitir que hace rato ya que me comí el sándwich.

Marc abrió la pesada puerta de entrada y seguidamente la cerró con llave.

–Pensé en ir al campo. Conozco un pub donde preparan unas comidas estupendas. ¿Te parece bien?

–Estupendo.

Becky encontró encantador el ambiente con sabor antiguo del Plough después de los ruidosos pubs de Londres a los que estaba acostumbrada. Mientras saboreaba la empanada de riñones casera tuvo que reconocer que había valido la pena esperar.

Como no les cabía el postre, Marc pidió dos cafés. Mientras observaba el perfil de Marc al dirigirse a la camarera, Becky sintió que el corazón se le aceleraba al pensar en lo guapo que era aquel hombre.

–¿Por qué estás tan pensativa, Becky? ¿Es por Paddocks?

Gracias a Dios que sus inquisitivos ojos marrones no habían sido capaces de leerle el pensamiento.

–No del todo. Me estaba preguntando cómo sabías de este pub.

–Lo cierto es que tiene buena fama. Pero de vez en cuando traigo aquí a mi madre para que no tenga que cocinar. No tengo mucho tiempo para pasarlo con ella, así que intento que comamos juntos los domingos.

A Marc se le empañaron los ojos ligeramente, algo que le había ocurrido en un par de ocasiones en los últimos días, y ello le confirmó la opinión de Jan de que aún no había llegado a aceptar del todo la muerte de su prometida y de su padre.

Mientras experimentaba una oleada de compasión por la madre y el hijo que tan cruelmente habían sido privados de sus seres queridos, pensó que seguramente ese hecho los habría unido más. Incluso le pareció reconfortante que no le importara reconocerlo.

–¿Cuánto tiempo llevas buscando un sitio nuevo para el centro de salud?

–Más o menos unos cuatro años.

–¿Así que, si todo va bien, seguirás adelante con tus planes a pesar de las objeciones?

Se volvió hacia ella sorprendido.

–Las cosas no son siempre o blanco o negro, Becky. Haremos lo posible para conservar su originalidad, ¿pero no crees que es mejor que el edificio se utilice, aunque sea de este modo?

Con el corazón encogido por su inflexible respuesta, Becky se encogió de hombros.

–Quizá. Pero me preguntó si podré quedarme y trabajar allí o si mis recuerdos serán demasiado fuertes.

La miró larga y significativamente.

–Cuando veas los cambios, creo que te sentirás de otro modo. E intentaré asegurarme de que tú seas una de las primeras personas en ver los planos.

Cuando ambos habían bebido varias tazas de café, Marc se

levantó y fue a la barra para pagar. Eran casi las once cuando la dejó a la puerta de su apartamento.

–Gracias por enseñarme la casa, Marc, y gracias por la comida. Me lo he pasado muy bien.

–Bien. Tenemos que repetir otro día. Nos veremos mañana –Marc le dijo adiós y se marchó. Becky se quedó sorprendida y encantada, pero al mismo tiempo algo decepcionada por la actitud ligeramente distante de Marc.

Acostumbrada a las relaciones superficiales que había tenido en Londres, había creído que quizá él esperara al menos un beso de buenas noches como agradecimiento por la salida, si no algo más.

Aunque en realidad no buscaba nada más. El modo en que su padre había tratado a su madre la había hecho recelar cuando algún hombre le había propuesto algo más serio. Becky prefería mantener relaciones platónicas, y hasta el presente no se había arrepentido de su postura.

Mientras se acostaba se preguntó si la tragedia que Marc había sufrido le había llevado a decidirse por una existencia solitaria. ¿Aunque, no había mencionado Jan una supuesta relación entre Marc y la administradora del centro? Si Jan tenía razón, desde luego no parecía ser una relación que le hiciera muy feliz.

Esa noche pensó mucho en Marc y, al despertar a la mañana siguiente, se dio cuenta que por primera vez en su vida no le costaría demasiado enamorarse, pero al mismo tiempo reconoció que sería algo extremadamente imprudente.

–Parece como si te hubieras pasado toda la noche de parranda –le dijo Rose a la mañana siguiente–. ¿Va todo bien?

–Sí. No he dormido demasiado bien, eso es todo. Supongo que aún extraño la cama un poco –de ese modo ignoró la preocupación de Rose, bien consciente de que ella era la última persona a quien querría contarle la verdad.

–Acaba de llamar Jan. Va a llegar tarde. ¿Podrías empezar tú con los pacientes?

–Desde luego. Jan está bien, ¿no?

Rose vaciló.

–Supongo que no te ha contado nada, pero de todos modos vas a tener que enterarte. Jan y su marido llevan bastante tiempo intentando tener un hijo y ahora está sometiéndose a un tratamiento de fertilidad por parte de un equipo de la universidad. Pero parece que solo la avisan para que vaya de un día para otro. Por eso no ha podido avisar antes.

–Pobre Jan. No me extraña que no le gusten las consultas para

embarazadas.

–Lo lleva muy bien, pero si puede escaparse, lo hace. Es comprensible, la verdad.

–¿Sabes en qué fase están?

Rose sacudió la cabeza.

–Nunca habla de ello. Supongo que Marc lo sabe, pero él es discreto con esos temas.

–Por supuesto.

Cuando había visto a la mitad de los pacientes de esa mañana, llegó Jan.

–¿Algún problema? –le preguntó a Becky.

–Nada en absoluto. ¿Y tú? ¿Va todo bien?

–Bien.

–Ahora puedo continuar yo. He visto a Marc al entrar y dice que quiere verte. Laura y Andrew Hull están con él.

Becky se dirigió hacia el despacho de Marc, preguntándose qué habría averiguado de la mamografía de Laura Hull.

Al llegar a la puerta, llamó con los nudillos.

–Pasa, Becky.

Miró a Laura y se alegró de ver la cara de felicidad que tenía.

–No ha sido más que una tremenda falsa alarma –le dijo a Becky–. Ayer no estaban hablando de mí. Me está bien empleado por escuchar conversaciones ajenas.

–Cuánto me alegro, Laura.

–Andrew y yo queremos agradecerte el apoyo que me has dado. Marc va a venir a cenar esta noche y nos encantaría que te unieras a nosotros.

Becky miró de uno a otro confundida y se preguntó de quién habría surgido la idea y si Marc estaba contento con ella.

–Bueno, yo…

–Podría pasar a buscarte, Becky –se ofreció Marc–. Me pilla de camino.

Becky presumió que aquella era su forma de decirle que podía aceptar.

–Es muy amable por vuestra parte. Me encantaría ir.

Cuando se hubieron marchado, se volvió hacia Marc y lo miró con aire de sospecha.

–¿Es solo su manera de decir gracias, o hay más en esa invitación de lo que parece?

–Quieren tener otro hijo y ya han hablado del tema con el equipo de la universidad. Laura creyó que sus planes se iban a ir al traste al recibir la carta para repetir la mamografía y apreció mucho

tu comprensión. Si necesita venir a hacerse análisis o a ponerse alguna inyección, creo que le resultará más fácil verte a ti que a Jan.

–¿Porque está con el mismo tratamiento?

Marc vaciló.

–¿Entonces, lo sabes?

–Rose me lo contó esta mañana cuando me dijo que Jan iba a llegar tarde.

Marc no respondió inmediatamente, y Becky sintió que estaba buscando las palabras adecuadas para no divulgar los secretos de su paciente.

–Al principio, cuando Jan y Laura estaban en la misma fase del tratamiento, no había problema. Pero ahora Laura tiene un hijo y no sería tan fácil.

–De acuerdo, pero no hacía falta que me invitaran a cenar.

–Laura me oyó decir que te había ido a buscar ayer por la tarde y juntó dos y dos. Creen que nos están haciendo un favor. No te preocupes por ello.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo, pensaba Becky mientras volvía a la enfermería. Sobre todo porque a Marc no parecía preocuparle.

Jan parecía contenta de verla.

–Prepara una tacita de té, Becky. Ya casi hemos terminado con la lista. ¿Qué quería Marc?

–Solo que ayer estuve con Laura cuando ella se sentía mal y quería darme las gracias por ello.

Becky decidió guardarse para sí los detalles de la salida de la noche siguiente. Ya se había dado cuenta por Jan del cotilleo que había en el centro de salud.

Becky y Jan estaban disfrutando de un sándwich a la hora del almuerzo cuando Rose se les unió. Marc entró momentos después.

–¿Todo bien, Marc?

Asintió y se sentó junto a Becky, ya que Jan había dejado el asiento libre al recordar que tenía que hacer una llamada de teléfono. Rose fue corriendo a prepararle una taza de café, la cual él aceptó de buen grado.

–Lo necesitaba. Tengo una lista enorme de visitas retrasadas.

–¿Te gustaría que preguntara si alguno de los otros podría hacerse cargo de alguna? –Rose le sonrió con sensualidad y sus miradas se cruzaron momentáneamente.

Becky inmediatamente sintió que sobraba y bajó la cabeza para concentrarse en el sándwich, deseando poder escapar de alguna

manera.

Afortunadamente, Jan asomó la cabeza por la puerta.

–Becky, cuando termines me gustaría que vinieras.

Se puso de pie rápidamente, pero mientras iba por el pasillo oyó a Rose preguntarle a Marc:

–¿Vas a venir como de costumbre a cenar mañana?

Becky se detuvo y aguantó la respiración para poder escuchar su respuesta.

–Me temo que no. Laura y Andrew Hull nos han invitado a mí y a Becky a cenar.

–Entiendo –dijo Rose con frialdad y Marc se apresuró a continuar.

–Laura ha estado un poco disgustada esta semana y Becky y yo la hemos estado ayudando.

–Qué detalle –dijo con cierto sarcasmo.

Becky siguió hasta la enfermería, contenta de no haber dicho que había cenado con Marc en el Plough.

–¿Todo bien? –le preguntó Jan al entrar.

Becky asintió, pero entonces cambió de idea y le contó a Jan la conversación que acababa de oír.

Jan asintió.

–Y hubieras preferido no decir nada, ¿verdad?

Becky sacudió la cabeza.

–Pensé que probablemente sería más prudente no hacerlo.

–En este ambiente eso es más fácil de decir que hacer. Este lugar es un hervidero de chismes.

–Eso supuse y por ello no quería que nadie hablara de mí, al menos en mi primera semana.

Jan arqueó las cejas en señal de advertencia.

–Creo que quizá hayas cometido un fallo. Es preferible hablar abiertamente de las cosas. Es mejor tener a Rose como amiga que como enemiga, si quieres estar tranquila. Si Irene tiene razón al decir que piensa que Marc es propiedad suya, probablemente creerá que le estás ocultando algo.

Becky suspiró.

–Ojalá no me hubieran invitado. Sencillamente, no me pude negar. Bueno, qué se le va a hacer, volvamos al trabajo. ¿Con qué querías que te ayudara?

–Estoy haciendo el pedido mensual, y como tú estás recién llegada de Londres pensé que podrías darme alguna sugerencia acerca de vendas y material más modernos.

Más o menos una hora más tarde Becky se acordó de Sandra

Trewitt.

–Debo llamarla –le dijo a Jan–. Le prometí que me mantendría en contacto. Ayer no vino a la clínica porque le dolía la espalda y Marc y yo fuimos a verla a su casa.

Antes de acabar su turno, Marc fue a buscarla.

–¿Tienes un momento, Becky? Me estaba preguntando si habrías contactado con Sandra Trewitt.

Ella asintió.

–Está bien –contestó distraídamente–. Becky, hay algo que debo decirte.

–¿Qué es?

–Le he dicho a Rose lo de la invitación de mañana.

–¿Y?

De repente parecía nervioso.

–Quizá te traiga problemas.

–No veo por qué –le dijo airadamente–. Pero no me importa si prefieres ir con Rose mañana en lugar de conmigo.

–Dudo que a Laura le haga mucha gracia.

La miró tan intensamente que por un instante Becky se sintió presa de su poderosa masculinidad.

Como estaba sentada en una silla, no podía evitar su escrutinio. Sintió que se le aceleraba el pulso y que se ponía colorada, mientras no dejaba de rezar para que algo los interrumpiera.

Sus ruegos fueron contestados, pero cuando Rose cruzó la puerta, Becky pensó si no sería que los dioses le estaban gastando una broma pesada.

Capítulo 3

LO MEJOR sería que te recogiera de camino a casa de los Hull esta tarde.

Becky miró el reloj. Eran las cuatro de la tarde. ¿Ya se iba Marc? Claro, era jueves y él se iba más temprano ese día.

–Me parece bien. Pero no te apresures. Todavía no he terminado aquí.

–Irene vendrá pronto a relevarte, ¿no?

Jan no se había sentido con fuerzas de hacer el trabajo esa mañana, y Becky se había quedado sola por primera vez. Claro que no le importaba, pero tampoco le había ayudado la nula cooperación de Rose.

–Quizá, pero tendrá suficientes pacientes en su propia lista sin necesidad de añadirle yo de la mía.

–¿Quién te falta por atender? –le echó una ojeada a la lista de pacientes y arrugó la nariz como quitándole importancia–. Esos cuatro no te llevarán mucho tiempo. Todos son jóvenes saludables de clase alta, a juzgar por las direcciones y la edad.

–Eso espero, pero no siempre es así de fácil. Algunos de ellos viven tan lejos de su familia y amigos que sufren todo tipo de preocupaciones. Esta es la única oportunidad que tienen de hablar de ellas.

Él se encogió de hombros.

–Muy bien. Te dejaré para que continúes con tu trabajo. ¿Te parece bien que te recoja a las siete?

Becky asintió.

Al terminar, Becky salió corriendo al aparcamiento, rezando para que no la pillara atasco. Quería estar lista para cuando Marc fuera a recogerla.

Llegó con tiempo de sobra, pero lo perdió mientras decidía qué ponerse. Finalmente eligió una falda negra y una blusa de seda de cuello Mao.

Cuando abrió la puerta, Marc le silbó.

–Qué elegante. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, diría que te habías pasado la tarde entera arreglándote.

–Ya hubiera querido yo –le contestó mientras iban hacia el

coche de Marc.

Cuando ya llevaban unos minutos en el coche, Becky le preguntó:

–¿Te importa si hablamos del trabajo un momento?

La miró con una sonrisa de pesar en los labios.

–Si no queda otro remedio. Eso es lo malo de salir con colegas.

–Necesito decirte algunas cosas sobre tu primer paciente de mañana. Pero si no empiezas a ver pacientes hasta que llegue yo, podemos dejarlo para entonces.

–No, ya no podemos. Ahora me pica la curiosidad.

Ella se echó a reír.

–No es tan interesante. Solo es uno de tus nuevos pacientes que debe de ser uno de los pocos ingenuos que quedan por el mundo. Pensaba que tenía una enfermedad de transmisión sexual, pero estoy casi segura que simplemente se le ha corrido el pie de atleta a la entrepierna. Solo me dejó verlo un momento, pero me ha resultado raro que prefiriera bajarse los pantalones delante de mí que arriesgarse a que le dijeras que te estaba haciendo perder el tiempo. Me ha dicho que tiene miedo a los médicos.

–Quizá haya tenido alguna mala experiencia en el pasado.

–Sí que me pregunté si vendría de su niñez. Lo crió su abuelo, un médico.

–Vaya, qué interesante. Veré lo que puedo sacarle mañana.

La cena de Laura fue estupenda: aguacates con gambas, seguidos de pierna de cordero asada y flan de frambuesas de postre.

Era el primer compromiso social de Becky desde que se había mudado a vivir a la zona y no podría habérselo pasado mejor.

Marc y Andrew eran amigos, y a veces jugaban al squash juntos, y Laura hizo que Becky se sintiera como en casa.

Anna estaba dormida cuando llegaron, pero Laura se alegró mucho cuando se despertó poco después de terminar la cena. Así podría presumir de ella. Becky la tomó en brazos y la admiró como merecía. Era uno de los bebés más angelicales que había visto en su vida. Y había visto muchos.

Distraída como estaba con el bebé que tenía en brazos, Becky no se dio cuenta al principio de que la conversación había cesado hasta que no levantó la cabeza y vio a los tres mirándola.

–Parece que estás muy acostumbrada a los bebés –Andrew sonrió.

–He realizado mucha labor pediátrica.

–Quizá ya sea hora de que tengas uno propio, ¿no crees, Marc?

Becky se puso colorada y Laura fue a salvarla.

–¿Vamos a ver si la podemos acostar ya?

Becky le pasó a la niña, que estaba medio dormida.

–Iré contigo.

Cuando acostaron a Anna, Becky siguió a Laura por el pasillo.

–Siento que Andrew haya sido un bocazas.

Becky agradeció la intuición femenina de Laura.

–Marc y yo somos colegas. Nada más. Solo he empezado a trabajar en el centro de salud el lunes y…

–Pero… –la interrumpió Laura–. Pero yo le oí cómo quedaba en ir a buscarte el martes. No pude menos que decírselo a Andrew; los dos nos alegramos mucho. Marc está recluido desde el accidente, y solamente le ha interesado el trabajo –se tapó la boca con la mano–. Sabías eso, ¿no?

Becky sonrió y asintió.

–Sí, lo sabía, pero me temo que lo del martes fue un asunto de trabajo para Marc. Sabes, unos tíos míos solían vivir en una casa que Marc está pensando en adquirir para hacer el nuevo centro de salud.

–Ven a la habitación y cuéntamelo todo.

Becky la siguió.

–Así que, como ves, lo del martes fue para que yo lo apoyara con el proyecto.

–¿Y lo consiguió? –Laura le preguntó ansiosamente–. ¿Quiero decir, lo vas a apoyar?

–Todo lo que pueda, pero no estoy segura de si podré seguir en el centro una vez que se traslade…

Laura la interrumpió, claramente sorprendida.

–No puedes hacerle eso a Marc. Hace tiempo que no lo veo tan feliz.

Asombrada por su comentario, Becky sonrió.

–No te preocupes. Quizá no pase nada, y si pasara no será de un día para otro.

–Espero que no, porque el modo en que Marc te estaba mirando antes…

Becky se echó a reír.

–Eres tan fantasiosa como Andrew. Venga. Marc y yo deberíamos habernos marchado hace ya rato. Los dos empezamos muy temprano mañana.

Laura no quería dejar de charlar, pero Becky insistió. Laura y Andrew estaban equivocados si pensaban que había algo entre Marc y ella, y no quería animarla a que se figurara nada más.

Cuando llegaron al apartamento de Becky, ella lo invitó a tomar

una taza de café.

Él echó un vistazo a su reloj de pulsera y dijo:

–Me encantaría, pero es tarde y mañana los dos tenemos que levantarnos temprano. Quizá podamos dejarlo para otro día. ¿Tal vez el fin de semana para que no tengamos que madrugar a la mañana siguiente?

Su sugerencia fue una grata sorpresa para Becky, pero no pudo aceptar.

–Este fin de semana no voy a estar. Una amiga se casa en Londres y cuando acepté el empleo pedí este fin de semana libre.

Asintió.

–Es cierto, lo recuerdo. Bueno, habrá muchos más fines de semana.

Fue hacia su lado del coche y mientras la ayudaba a salir le dio un beso en la mejilla.

–Me lo he pasado muy bien esta noche. Gracias.

–No hace falta que me las des. La cena ha estado estupenda, ¿verdad?

–Cierto, pero mejorada gracias a tu compañía –le dijo con una tímida sonrisa que hablaba por sí misma y que a Becky le aceleró el pulso.

Se notaba que seguía sufriendo por lo que le había pasado y, aunque llevara una vida solitaria, el disfrutar de una velada como la de esa noche era algo que normalmente no se permitía a sí mismo.

¿Acaso no se lo había dicho Laura? ¿Y también que no lo había visto tan feliz desde el fatal accidente? Tal vez el proyecto de la casa era lo que necesitaba para vencer su tristeza. Si era así, Becky se dijo en ese momento que haría todo lo posible para ayudarlo. Trabajaba mucho y se preocupaba de sus pacientes, y aunque apenas se conocían, Becky se dio cuenta de que deseaba su felicidad.

Al día siguiente, se levantó de buen humor y llegó al trabajo contenta, pero la felicidad le duró hasta que vio a Rose.

–Jan no va a venir todavía, así que la lista es toda tuya. Y me temo que tendrás que sustituirla mañana sábado.

–Oh, pero…

Becky empezó a protestar, pero Rose le pasó un montón de fichas.

–¿No crees que deberías haber empezado ya? Los dos primeros pacientes ya están aquí.

Becky recordó lo que Jan le había dicho de Rose; se encogió de hombros y llamó a Alan Brown para que pasara a la enfermería.

–¿Cómo está hoy?
–Más o menos. He venido a que me cambie la gasa, ¿se acuerda?
–Por supuesto. ¿Qué tal tiene la pierna esta semana?
–Muy bien hasta ayer. Un niño que iba en un triciclo se me echó encima.
–Santo cielo, espero que lo regañara.
–Era muy pequeñito, y la madre estaba muy nerviosa. Ni siquiera les dije que tenía mala la pierna.
–Yo diría que el golpe le va a retrasar la curación un poco, pero no creo que sea demasiado serio. Me imagino lo que le debió de haberle dolido.
–Tremendamente, pero ya se me está pasando.
–¿Y de lo demás, bien? –le preguntó mientras le ponía otra venda.
–No me importaría charlar un ratito. Me siento muy solo en casa.
–Me lo imagino –Becky miró la lista de ese día–. Mire, ahora hay otra persona esperando, ¿pero qué le parece venir sobre las doce y media y podremos charlar un rato mientras tomamos un café?
–Me encantaría.
Tuvo un día horrible y finalmente decidió no pedirle a Rose si sería posible llamar a una sustituta para el sábado por la mañana.
Gracias a Dios que no había aceptado ser dama de honor. Así no la echarían demasiado de menos.
A la hora del almuerzo vio que Marc la buscaba, pero al verla con Alan Brown no le dijo nada.
Irene llegó en el momento perfecto para echarle una mano, y así Becky se pudo escapar. Quería llamar a Teresa, la novia, para disculparse.
Cuando se dirigía hacia el teléfono, oyó la voz de Marc.
–¿Mucho trabajo?
Becky asintió.
–Pero disfruto haciéndolo.
–¿Te vas a Londres esta noche o por la mañana?
Miró rápidamente hacia la recepción antes de contestarle.
–No voy a ir; tengo que sustituir a Jan.
–Pero tú pediste este fin de semana libre por una razón especial y accedimos a ello. ¿No lo podría hacer Irene?
–No importa, Marc –estaba segura de que Rose lo había hecho porque Marc había cancelado su cena habitual con ella la noche anterior, y para que hubiera paz Becky había decidido dejar el asunto–. Déjalo, Marc –le rogó.

Al ver que Rose se disponía a abandonar el local, ignoró sus ruegos.

–Rose. ¿Podrías venir un instante?

Rose se dio la vuelta y, al verlo con Becky, asintió con complicidad.

–¿Algún problema?

–Pensé que sabías que Becky había pedido este fin de semana para ir a una boda. No puede sustituir a Jan.

Rose se encogió de hombros haciéndose la inocente.

–Ha tenido todo el día para arreglarlo. O para pedirme que lo hiciera.

Marc arrugó el entrecejo.

–¿Por qué no le has dicho nada a Rose, Becky?

Quería decirle que no lo había hecho porque Rose había tomado la decisión por ella, pero no dijo nada.

–Yo… Es que no he tenido ni un momento de respiro –murmuró.

Él asintió.

–Eso lo sé. Ni siquiera has comido.

Consciente de que estaba empeorando el asunto, Becky se sintió avergonzada.

–Olvídalo. No importa ya.

Pero Marc no estaba dispuesto a hacerlo.

–Vamos a ver si Irene puede sustituir a Jan.

Rose suspiró con exasperación y se quitó de nuevo el abrigo; sacó la lista de turnos de un cajón del escritorio y llamó.

Irene accedió a hacerlo sin problemas.

Rose les comunicó la información desapasionadamente. Marc se marchó a empezar la consulta de la tarde y Becky se quedó sintiéndose ridícula.

Cuando Marc cerró la puerta de su consulta, Rose se volvió hacia ella.

–Qué pena que no me hayas dicho algo antes. Como has visto, todo se ha resuelto sin problemas. No había necesidad de pedirle ayuda al doctor.

Se echó el abrigo por los hombros y salió dando un portazo.

Becky se marchó el fin de semana sabiendo que la vida en el centro de salud iba a resultarle aún más difícil a partir de entonces.

Y así fue. La hostil recepción de Rose el lunes por la mañana le sentó fatal, sobre todo por el maravilloso fin de semana que había pasado junto a muchos viejos amigos.

Durante el día Becky hizo varios intentos de averiguar qué tal le había ido a Marc con Ryan Green, el joven que había ido a verla

con el sarpullido en las ingles, pero Rose los interrumpía cada vez con alguna pregunta inventada para no dejarlos en paz.

Becky acababa de completar las tareas de aquel día e iba de camino hacia la salida cuando oyó que Marc la llamaba.

–Creo que querías hablar de un paciente conmigo. Si tienes un momento, ahora estoy libre.

Tenía planos extendidos por todas las superficies de su despacho, incluido el suelo.

Cerró la puerta al entrar.

–Tengo aquí un bosquejo de los planos para Paddocks –le dijo emocionado–. Pensé que sería buena idea que los miraras antes de tomar ninguna decisión definitiva.

Su entusiasmo era abrumador.

–Oh. Entiendo… –vaciló, consciente de que había elegido un momento en el que Rose estaba en la recepción y de que la había visto entrar–. Es muy amable por tu parte, pero no creo que pueda serte de utilidad con eso. Solo quería saber qué tal te ha ido con Ryan.

–Te lo contaré cuando le hayamos echado un vistazo a esto –indicó la profusión de dibujos–. Es que, antes de seguir adelante con la compra, debo solicitar un permiso por cambio de uso. Voy a ir a la oficina de urbanismo mañana para hablar con ellos antes de presentar la solicitud. Pero antes necesito más información adicional sobre los residentes del pueblo, y saber si tú crees que ellos podrían objetar.

–¿Los de Marbury, Marc? Vaya, esa sí que es difícil. Solían ser una comunidad agrícola muy unida, pero debes tener en cuenta que no estoy en la zona desde hace varios años. Es este tiempo han dejado de ser un pueblo para convertirse en un suburbio.

–¿Te acuerdas de alguno de ellos?

–Vagamente. Desde que murieron mis tíos, mi madre habla a menudo con algunos de ellos.

–Estoy seguro de que si alguien tiene algo que objetar serán más bien los que llevan allí mucho tiempo. Son ellos los que me interesan. ¿Qué crees que podría molestarles más? ¿El incremento de tráfico en los alrededores de la casa, o que Paddocks deje de ser una vivienda? Si empezamos con mal pie podríamos tener un montón de problemas.

Becky hizo lo posible por recordar cualquier cosa que pudiera resultar útil, pero los recuerdos eran vagos.

–¿Crees que tu madre podría ayudarnos?

–Supongo que podría pedírselo.

Intentó concentrarse de nuevo en los planos, pero fueron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

Marc miró el reloj con irritación.

–No estoy de guardia. Steve está pasando consulta por mí esta tarde para que pudiera concentrarme en estos planos –dijo, entonces añadió en voz alta–. Pase.

A Becky no le sorprendió el ver a Rose.

–¿Algún problema? –Marc preguntó con cortesía.

–No es exactamente un problema, pero ya me voy y no me has dicho si vas a venir con nosotros más tarde.

–¡Vaya! –se llevó la mano a la frente–. Había olvidado que Pete quería que fuéramos a ese nuevo pub con él, ¿no es así? –de pronto sonrió y se volvió hacia Becky–. ¿Por qué no vamos todos?

Solo con ver la cara que puso Rose, Becky decidió que no sería muy buena idea.

–Tengo demasiadas cosas que hacer después de estar fuera todo el fin de semana.

Marc parecía empeñado en empeorar la situación, y Becky no sabía si lo hacía sin querer o adrede.

–Bueno, seguro que la empanada de riñones no será tan buena como la del Plough, ¿verdad?

–¿Qué empanada y cuándo? –quiso saber Rose.

–Becky y yo probamos las delicias del Plough el martes pasado. ¿No te lo habíamos dicho?

Becky lo miró con rabia, porque sabía que ninguno de los dos lo había hecho.

Tras meter la pata, Marc sonrió y cambió de tema.

Más tarde, cuando Becky se había excusado, Rose la siguió.

–¡Bueno! –le soltó en cuanto estuvieron solas–. ¿Cómo puede ser que no dijeras nada de que te había invitado a comer?

–No fue así.

–Veo que te gusta andarte con misterios.

Becky deseó que se la tragara la tierra.

–Ya oíste a Marc decir en la reunión del martes que yo conozco el edificio que están pensando en remodelar. Se le ocurrió que quizá me gustara ver cómo está ahora antes de que empezaran con las obras. Eso es todo.

Rose aspiró con sospecha.

–¿Y cómo conocías tú esa casa?

–Pasé mucho tiempo en ella de niña. Cuando vimos la casa, Marc sugirió que fuéramos a cenar porque se estaba haciendo tarde. Y quería saber lo que sé de los vecinos.

Esa noche en casa, mientras hacía la colada y arreglaba el apartamento, se preguntó si Irene tendría razón en lo que decía sobre la relación de Marc con Rose. Si no la tenía, parecía que Rose quería que hubiera algo y que le fastidiaba que Marc hablara de los planes para Paddocks o de cualquier otra cosa con Becky.

Eso le hizo decidirse. La verdad era que recordaba a un par de vecinas de Paddocks de quien su madre siempre hablaba mucho y a quienes llamaba a menudo por teléfono. Becky decidió que más tarde hablaría con su madre y vería lo que podría averiguar.

A pesar de la lluvia torrencial, Becky no tuvo demasiados problemas con el tráfico esa mañana de martes. Quizá el tiempo había hecho que todos se quedaran en la cama unos minutos más.

Marc fue en busca suya nada más llegar.

–Veo que te has empapado también; supongo que con este tiempo algunos pacientes no vendrán –cerró la puerta de la enfermería al entrar.

Becky sonrió.

–Entonces pedirán una visita a domicilio.

–Seguramente. Ayer por la tarde me preguntaste por Ryan y no tuve oportunidad de contarte nada. Tu diagnóstico era correcto. Se le ha corrido el pie de atleta, y fue su abuelo el que le metió en la cabeza la idea de que uno no debe molestar a los médicos con trivialidades.

–Pobre chico.

–No recuerda a sus padres. Su madre falleció durante el parto y su padre de pena un par de años más tarde. Afortunadamente, no le importó charlar conmigo, así que le he dado cita para que venga a verme y podamos conversar un poco más a última hora de la tarde. Está claro que necesita ayuda.

Becky sacudió la cabeza, pero al darse cuenta de la hora, tomó del montón la ficha de su primer paciente.

–¿Esto… Becky?

–¿Sí?

–Antes de que nos liemos con el trabajo de un nuevo día, hay algo que me gustaría que supieras.

–¿Sí?

Se volvió hacia él.

–Supongo que a Rose no le hizo ninguna gracia cuando dije que habíamos estado en el Plough. Lo siento si te he puesto las cosas difíciles.

–Probablemente es mejor no esconder nada. Estoy segura de que se habría enterado de ello de todos modos.

–Becky –suspiró–. Necesito explicarte por qué lo hice.

–¿Sí?

Vaciló y suspiró de nuevo.

–Supongo que habrás oído lo que le pasó a Julie, mi prometida.

Becky asintió y Marc hizo un esfuerzo para continuar.

–El accidente me dejó muy trastornado. No me importaba estar vivo o muerto. Me eché la culpa a mí mismo… En realidad sigo haciéndolo –se estremeció con pesar.

–No tienes por qué explicármelo, Marc, a no ser que te sirva de ayuda.

Marc ignoró su interrupción.

–Rose me ayudó a recuperarme y a empezar de nuevo –hizo una pausa y respiró hondo antes de continuar–. No te equivoques. Le agradezco mucho lo que hizo por mí, pero hace un par de años se separó de Tony, su marido, y desde entonces se ha vuelto muy posesiva conmigo –hizo una mueca de pesar–. Sé que en parte es culpa mía. Al principio, cuando Tony se marchó, no quería hacerle daño y cancelar nuestro plan habitual de los jueves por la noche, cuando ella me preparaba la cena, o nuestras salidas de los lunes, en las que íbamos a conocer nuevos pubs. Normalmente Pete y su esposa salían con nosotros, así que me resultó fácil hacerme creer a mí mismo que ella no se lo tomaría de otro modo. Ahora me doy cuenta que ha sido un error garrafal, no solo por mí sino también por ella, y esperé que al contarle lo de nuestra salida, Rose se enteraría de que no me quedo en casa deprimido cuando no estoy con ella.

–¿Y ha sido así?

Él sacudió la cabeza.

–Supongo que no, pero sabes… De vez en cuando quedo con Tony y, aunque no dice nada, tengo la ligera sospecha de que todavía la ama. Quiero salir de su vida y darle a Tony una oportunidad.

Becky vio que Marc se bajaba de la esquina de la mesa donde había estado sentado, pero no dijo nada.

–Me entiendes, ¿verdad?

Becky asintió. Oh, sí, lo entendía perfectamente. Marc amaba a Rose, pero estaba utilizando a Becky como un escudo humano para defenderse de sus propios sentimientos y dar a Tony una oportunidad.

–Nuestros pacientes nos están esperando, así que no quiero

entretenerte más –le dijo Marc–. Pero quería que supieras la razón de por qué Rose te lo está poniendo difícil.

–Gracias por informarme –dijo despacio; Marc abrió la puerta y en un intento de tranquilizar los ánimos, Becky añadió en tono ligero–. Soy una persona fuerte. Si necesitas ayuda, dímelo.

Se volvió y le puso la mano en el hombro.

–Gracias por ser tan comprensiva –y acto seguido fue hacia su despacho para empezar con la consulta de la mañana.

Becky lanzó un almohadón sobre una silla y se sintió un poco mejor. Entonces miró sus notas y llamó a su primer paciente.

–Hola, señor Brown. Pase y déjeme ver esa pierna.

Cuando le estaba quitando la gasa, él le preguntó:

–¿Todo bien, enfermera? Hoy parece otra.

–Estoy bien, gracias. ¿Y usted cómo se encuentra?

En lugar de empezar con su lista de achaques, le dijo:

–He visto que el doctor Johnson entraba aquí y cerraba la puerta. No la habrá molestado, ¿verdad?

Becky se echó a reír.

–En absoluto. Lo que ocurre es que ayer por la noche vino a hablarme de uno de sus pacientes y nos interrumpieron, así que vino a terminar de contármelo esta mañana. Eso es todo.

El señor Brown pareció aceptar su explicación.

–Bueno, entonces no pasa nada, porque lo que ocurre es que me estoy acostumbrando a usted. No me gustaría que se marchara.

–No hay miedo de eso, de momento.

A Becky le sorprendió, y al mismo tiempo le hizo sentir alivio, que su curiosidad no le llevara a preguntar por Jan. Le cambió el apósito rápidamente y se despidió de él.

–Lo veré el viernes, si no hay ningún contratiempo.

El señor Brown caminó lentamente hacia la puerta y Becky salió con él a llamar a otro paciente.

A Helen Adams le habían quitado un par de lunares de la espalda en el hospital e iba a que le quitasen los puntos de sutura.

–¿Se los quitaron por prevención o la estaban molestando? –le preguntó Becky mientras preparaba el carrito con las gasas.

–Uno de ellos estaba justo bajo la tira del sujetador y me sangraba. El cirujano pensó que lo mejor era deshacernos de los dos, sobre todo porque mi padre tenía uno maligno en el brazo.

–¿Hace cuánto de eso?

–El año pasado. Tuvo mucha suerte. El médico de cabecera se dio cuenta cuando le estaba tomando la tensión y se lo quitaron antes de que creciera demasiado.

–¿De joven era un fanático del sol?

–Estuvo en las fuerzas armadas; trabajaba en un avión en Malaysia, así que le daba mucho el sol en los brazos en aquella época. Pero no desde que había vuelto a casa.

–Ahora ya está bien, ¿no?

Helen se echó a reír.

–Él sí, pero los demás estamos paranoicos. Yo estaba segura de estar a las puertas de la muerte cuando el mío empezó a sangrarme. Jamás pensé que el sujetador fuera la causa de eso.

–No importa –Becky le aseguró mientras le quitaba el último punto de sutura–. Es mejor prevenir que curar. Supongo que la habrán advertido de los peligros del sol.

–Como le he dicho, toda la familia tenemos mucho miedo. Cuando sale un poco el sol no salgo sin mi sombrero de ala ancha. Y los días como el de hoy son los que más me gustan.

–Me alegra saber que hay alguien que está contento de que llueva. ¡Claro está, aparte de los jardineros! Muy bien, hemos terminado ya. Ambas cicatrices tienen buena pinta y son muy discretas.

–¿Pasa algo si se me mojan?

–De ahora en adelante, olvídese de ellas.

–Gracias, enfermera. Es estupendo.

Tal y como Marc había adivinado, sus dos pacientes siguientes no acudieron a la consulta y Becky aprovechó para prepararse una taza de café.

Cuando había dado tan solo un sorbo, llegó Jan.

–Hola, siento haberte dejado en la estacada. Supongo que te habrás enterado de la noticia, ¿no?

Becky arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza.

–¡Estoy embarazada y ahora mismo tengo las típicas náuseas de los primeros meses! Marc dice que ya lo puedo contar y que solo debo trabajar cuando me apetezca.

Capítulo 4

BECKY abrazó a su colega con cariño.

–Qué estupenda noticia. Muchas felicidades. Debes de estar loca de contenta.

–Sí, bueno –Jan sonrió tímidamente–. Marc dice que aún es pronto y que no debo emocionarme demasiado. Pero no puedo evitarlo. ¡Y lo hemos conseguido sin ayuda alguna! Quiero decírselo a todo el mundo. Llevamos tanto tiempo esperando.

Becky se echó a reír mientras la invitaba a sentarse en una silla cerca de la suya.

–Siéntate antes de que te dé algo. No tenemos que ver a nadie en un buen rato. ¿Te apetece un café?

Jan asintió.

–¿De cuánto estás?

–De poco más de siete semanas. El equipo universitario de fecundación estaba esperando a que me viniera la regla antes de empezar con el siguiente tratamiento. Cuando se me retrasó sospecharon enseguida, pero yo no me lo creí hasta que empecé a sentir las náuseas. Incluso entonces creí que quizá fuera producto de mi imaginación.

–No me lo creo. Pero, como bien dice Marc, debes empezar a cuidarte. Menos mal que estoy aquí para sustituirte; así no tendrás que preocuparte si tienes que faltar.

Jan asintió con pesar.

–Te lo agradezco, pero la verdad es que te contrataron para que pudiéramos atender mejor y a más gente.

Becky se encogió de hombros.

–Tal vez, pero ya puestos podríamos esperar a hacer eso hasta que nos mudemos al local nuevo. Si todo marcha bien, no debería prolongarse demasiado.

–¿Entonces se han decidido por la casa de la que Marc nos habló la semana pasada?

–Sí. Marc va a reunirse con la gente de urbanismo esta tarde para hablar de ello.

–Vaya, espero no perderme lo más divertido.

Becky se echó a reír.

–Ya vas a tener bastante diversión sin salir de casa. Pero, fíjate, cuando te incorpores al trabajo tendremos una enfermería para cada una, más un office propio.

–¿De verdad?

–Lo sé de buena tinta –Becky dijo emocionada–. He visto los planos.

–Qué suerte tienes –una voz acústica salió del pasillo, interrumpiéndolas–. ¿Quiere decir eso que no atenderéis a los pacientes que están ahora en la sala de espera hasta que no tengáis las enfermerías nuevas? De ser así, les sugeriré que pueden marcharse a otro sitio.

El sarcasmo de Rose hizo que Becky se pusiera colorada.

–No digas tonterías, Rose. No había nadie esperando hace un momento.

–Bueno, pues ahora sí –dijo, y echó a andar por el pasillo.

Jan la miró y arqueó las cejas.

–Esa cena en casa de los Hull la ha puesto en contra tuya.

–No es solo eso. Y nada de lo que le ha molestado ha sido por culpa mía –se encogió de hombros y recogió sus notas–. Bueno, volvamos al trabajo. ¿Vas a estar presente durante la consulta siguiente, Jan?

–Si quieres. Si me encargo de rellenar las fichas iremos más rápido.

Becky asintió y retomó la lista de la mañana. Trabajó con rapidez y eficacia, y gracias a la ayuda de Jan, pudo dedicarle a cada paciente el tiempo necesario. Así, terminaron con tiempo suficiente para asistir a la reunión semanal del personal del centro.

Cuando estuvieron todos sentados, Marc puso a todos al día en cuanto al tema de las obras en la casa.

–Es un sitio ideal para nosotros; con mucho, el mejor que hemos visto en todo este tiempo. Esta tarde voy a la oficina de urbanismo y después tendré más noticias que contaros. Si les gusta la idea y el ayuntamiento accede a vendérnoslo, habrá mucho trabajo por hacer, pero una vez tomada la decisión pienso que podremos avanzar con rapidez. Así que cruzad los dedos y no habléis de esto de momento. ¡No queremos a gente protestando! Bueno, ahora vamos con otras cosas –miró a su alrededor y su mirada se posó benevolentemente en Jan–. Como la mayoría de vosotros sabréis ya, nuestra enfermera jefe está esperando su primer bebé. Así que me gustaría felicitarla en nombre de todos.

Jan sonrió de oreja a oreja y le dio las gracias.

–Su médico le ha dicho que se lo tome con calma –hizo una

pausa y todos se echaron a reír porque su médico era él–. Así que os pido vuestra colaboración y comprensión cuando Jan no se sienta bien para empezar a primera hora de la mañana.

Todos asintieron comprensivamente. Parecía que sus compañeros estaban al corriente de su problema de infecundidad.

–En realidad ha sido una verdadera suerte que Becky se haya unido a nosotros justo a tiempo.

Becky esperó que Rose no se hubiera fijado en la sonrisa de complicidad que le dedicó pero, como siempre, fue una esperanza vana.

Rose abrió la boca para hablar, pero Marc se apresuró a continuar.

–Sé que fue nombrada para ayudarnos a ampliar los servicios que ofrecemos, pero si nadie tiene nada que objetar, me disponía a sugerir que se le dé el turno de Jan y Jan podrá hacer lo necesario cómo y cuándo le parezca. Así no sentirá que nos está dejando en la estacada.

De nuevo, todos se pusieron de acuerdo y asintieron con la cabeza; todos excepto Rose, a quien la idea no parecía haberle gustado en absoluto.

Marc abordó otros temas, preguntó acerca de varios pacientes y terminó pidiendo que le dieran alguna noticia de Simon y Carol Dent.

Pareció que nadie los había visto ni sabía nada de ellos desde la semana anterior.

–Esa es buena señal –dijo Marc con entusiasmo–. Tal vez la visita de la asociación de esclerosis múltiple ha servido para algo. Bueno, al menos eso espero. Muy bien, si esto es todo por hoy, creo que podremos irnos a comer.

Becky sonrió a Jan.

–Bueno, si voy a hacer tu turno creo que me encargaré también de las consultas médicas para embarazadas. ¿Asistirás a ellas?

Su colega se echó a reír.

–Ahora que lo dices, creo que lo haré. ¡Pero tú no tendrás que hacerlo! Las comadronas se encargan de las consultas una semana sí y otra no. Hoy le toca a Emma.

–¿No me necesitarán, entonces?

–No de acompañante, pero si no tienes otra cosa que hacer, Emma valorará tu ayuda. Y estoy segura de que le encantará que le prepares las cosas. ¿Pero y tu comida?

Becky intentó ocultar la decepción que sintió.

–Me llevaré un café e iré preparándole la sala.

Había estado deseando poder trabajar junto a Marc otra vez. La semana anterior él había aceptado, y no había sido culpa de ella que faltaran algunas de las fichas, pero esa semana tenía la intención de demostrarle su eficiencia teniéndolo todo listo.

La comadrona no había llegado cuando Marc entró en la sala un par de minutos después.

–¿Va todo bien?

–Eso creo. Todavía no ha llegado la matrona, pero tampoco ninguna paciente. ¿Qué tal la comida?

–Comí algo rápido en casa de mi madre. Cree que a Sally le pasa algo y quería que le diera mi opinión.

–¿Y bien?

–Creo que es una mezcla de los años y un exceso de peso. Pero le dije que me pasaría de nuevo esta tarde para ver si es necesario llevarla al veterinario.

–Oh, espero que no –Becky se sintió angustiada al pensar en la tragedia que se les avecinaba–. Creo que acabo de oír llegar a la primera embarazada.

–Sí, yo también –le dijo en tono suave–. Pero antes de que empieces a ayudar a Emma con sus pacientes, solo quería darte las gracias por tu dedicación y amabilidad. Son dos características difíciles de encontrar hoy en día.

Becky tragó saliva y sonrió tímidamente. Entonces él la soltó para que llamara a la primera mamá de la lista. Era Sandra Trewitt.

La mujer los saludó amablemente.

–Aquí estoy, con dificultad, pero aquí estoy.

–¿Qué tal la espalda? –le preguntó Marc.

–Para el viernes ya estaba mucho mejor. Supongo que la enfermera Groom se lo habrá dicho.

Él asintió.

–Emma no ha llegado aún, así que me gustaría echarte un vistazo.

Charlaron de temas triviales mientras él le hacía las pruebas usuales; entonces, mientras Becky la ayudaba a levantarse, él consultó la notas.

–Estás ya de treinta y cinco semanas, ¿no? ¿Te confirmaron las fechas con el ultrasonido?

Sarah asintió.

–Pensaron que podrían equivocarse en una semana, pero eso es todo.

–Quizá me equivoque, pero creo que deberías ir haciendo la maleta, por si acaso –añadió.

Sandra se tocó el abdomen con cariño.

–Lo único que puedo decir es que cuanto antes nazca, mejor.

–Nos veremos la semana próxima si Junior no ha aparecido aún, y cuando llegue la comadrona le haré saber que quizá la avisen antes de tiempo.

Emma entró corriendo después de salir Sandra.

–Siento haber llegado tarde, pero he estado levantada casi toda la noche y llevo todo el día con retraso.

–¿Quién ha dado a luz? –le preguntó Marc.

Emma mencionó un nombre que Becky no recordaba haber oído antes y por eso les dejó que hablaran del recién nacido mientras ella preparaba la camilla para la siguiente futura mamá.

Las consultas transcurrieron sin contratiempos. Emma era muy eficiente, pero estaba tan cansada que agradeció tremendamente que Becky estuviera allí para ayudarla. A Emma la avisaron otra vez mientras la última paciente se levantaba de la camilla. Al poco rato Becky empezó a recoger.

Mientras lo hacía, no lograba dejar de pensar en Marc y en su madre y de preguntarse cómo estaría el perro. Y eso que ella y Marc no estaban saliendo.

¿Pero de dónde había surgido esa ridícula idea? Ninguna de las salidas de la semana anterior habría tenido lugar de no haber expresado ella un interés por Paddocks y, a pesar del desacuerdo de Rose, sería una estúpida si quisiera interpretar algo distinto que eso. Ni siquiera aunque quisiera hacerlo, cosa de la que aún no estaba segura.

Se sorprendió al ver a Marc saliendo del centro a toda prisa.

–Normalmente no te escapas tan temprano –bromeó cuando chocó contra ella en el pasillo.

–No quiero llegar tarde a la cita que tengo en la oficina de urbanismo.

–Es verdad –lo había olvidado totalmente–. Espero que vaya bien.

–Si hay algo nuevo, te lo diré. ¿Vas a estar esta noche en casa?

Sin saber si tenía la intención de llamarla o de pasarse, le ofreció tímidamente:

–Si quieres, te invito a compartir la lasaña que voy a hacer hoy para cenar.

La sugerencia pareció sorprenderlo.

–¿Te importa que te lo confirme después de ir a ver a Sally?

–Sin problema –volvió a terminar de recoger la enfermería.

Marc debía de pensar que era una tonta y una impulsiva. Solo se

lo había ofrecido porque se le había ocurrido que con todo lo que tenía que hacer no tendría tiempo para cocinar esa noche.

Sin embargo, no había rechazado la invitación del todo.

Salió del centro y se dirigió hacia su apartamento. Tras ordenar un poco la casa, se dispuso a preparar la lasaña. Cuando la tuvo lista la dejó en la nevera para después meterla en el horno cuando él llegara, y se dispuso a preparar una ensalada como acompañamiento.

Acababa de terminar cuando sonó el teléfono… Seguramente sería su madre respondiéndole al mensaje que le había dejado la noche anterior en el contestador.

–Hola, Becky –por la forma de decirlo adivinó inmediatamente que comería sola.

–Hola. ¿No ha ido bien la cita con los de urbanismo?

–Ah, eso. No. Ha ido tan bien como yo esperaba. Te lo contaré mañana.

Así que no se había equivocado: comería sola.

–¿Entonces qué pasa, Marc?

–Es Sally. El veterinario se ha quedado con ella para examinarla mejor y mamá está muy nerviosa. No puedo dejarla sola esta noche.

Becky, que rápidamente se recuperó de su decepción, murmuró:

–No, claro, por supuesto que no, Marc. ¿Necesitas algo de mí? Si queréis, puedes venir con tu madre a cenar aquí.

–Gracias. Mamá ya está preparando algo en la cocina. Así se distraerá y no pensará tanto en Sally.

–De acuerdo, entonces. Te veré mañana. Espero que no sea nada serio.

–Gracias de nuevo, Becky –le dijo Marc–. ¿Oye, sería demasiado atrevido por mi parte el pedirte otra oportunidad en otro momento?

–Creo que podría permitírtelo. Pero solo por esta vez, por supuesto.

–Gracias, señorita. Se agradece –bromeó–. Nos vemos mañana, Becky –dijo en tono más serio.

Colgó e inmediatamente sonó otra vez el teléfono. En esa ocasión sí que era su madre.

–Llevo un buen rato intentando hablar contigo. ¿Con quién hablabas?

–Con uno de los médicos del centro.

–Vaya. Debéis de ser muy amigos para hablar durante tanto rato. ¿Cómo es él?

–Deja de hacer de casamentera, mamá. Es el director del consultorio y solo le interesa lo que pueda contarle sobre Paddocks.

Están pensando en transformarla en un centro de salud.

–¡No me digas! Es una casa maravillosa. Perfecta para una familia grande.

A pesar de que la reacción de su madre fue similar a la que ella había tenido al principio, en ese momento defendía la idea.

–No dirías eso si la vieras. Le falta el ambiente acogedor y la vitalidad que ambas recordamos –ignoró lo que su madre le respondió–. Marc dice que intentarán dejar intacto el carácter del edificio.

–¿Intentar? Solo dice lo que debe, pero eso no significa nada. ¡Intentar! –dijo la señora Groom en tono desdeñoso–. ¿Pero bueno, para qué me llamaste anoche?

–Se trata de Paddocks –Becky le dijo en tono inocente–. Marc quiere saber qué pensarán de esto las personas que llevan mucho tiempo residiendo allí. Me preguntaba si me podrías sugerir a quién puedo visitar para averiguarlo.

–Sé exactamente lo que piensan; lo mismo que yo.

Becky estaba exasperada.

–Eso no puedes saberlo, mamá. Jamás has residido de verdad en la zona.

La señora Groom resopló.

–Vivimos allí durante un período corto, si lo recuerdas.

–¿Cómo iba a olvidarlo? Pero no éramos residentes en sí, solo invitados.

–Entonces ve a ver a la señora Bennett y a la señorita Lewin. Las recuerdas, ¿no? Ellas te lo dirán. Ambas viven al otro lado de la calle Ashford. Diles que te envié yo –Becky oyó cómo pasaba las páginas de la agenda–. La señora Bennett vive en el número ocho, y la señorita Lewin… en el ochenta y cuatro.

Apuntó los números y le preguntó a su madre cómo estaba. Becky podría garantizar que tendría una lista de dolencias que consultarle y que pronto se olvidaría del asunto de Paddocks.

Cuando finalmente colgó, pensó en salir a visitar a una de las dos señoras, pero se le ocurrió también que ambas debían de tener alrededor de ochenta años y decidió que sería mejor esperar al fin de semana.

En vez de salir, metió la lasaña en el horno, y mientras se comía la mitad de lo que había preparado pensó en Marc. Y en Paddocks. Y también en Sally. Y en cómo, sobre todo ya que Jan estaba embarazada, era ya un miembro del equipo del centro de salud. Aceptada por todos menos por Rose, claro estaba. Era la única que le hacía la vida imposible, y, desgraciadamente, tenía más

oportunidades que los demás para hacerlo.

Cuando empezó a cansarse de las idas y venidas de sus pensamientos, se levantó y se puso a fregar. Después se sentó delante de la televisión para ver, sin concentrarse, programas que no había tenido ninguna intención de ver; programas que la permitían divagar.

¿Cómo podía preocuparle tanto un perro que solo había visto una vez? Sabía que era porque en solo diez días había empezado a interesarse por Marc más de lo que debía.

Ni siquiera pudo dejar de pensar cuando se metió en la cama. A consecuencia de ello, a la mañana siguiente se quedó dormida y llegó al consultorio después que el primer paciente.

–Jan no va a venir hoy en todo el día y la señora Green te está esperando –Rose la miró con sospecha, pero Becky no tuvo tiempo de entretenerse allí.

Agarró el montón de historiales y abrió la enfermería; seguidamente llamó a la primera paciente. La señora Green estaba allí para que le hiciera un lavado de oído y Becky terminó pronto la tarea.

–Ya verá como se siente mejor.

–Desde luego que sí. Ahora me parece como si me estuviera gritando.

Becky la acompañó hasta la puerta riendo y llamó a su siguiente paciente.

Cuando llegó la hora de la comida estaba muerta de hambre. No desayunar con tanto trabajo no había sido muy buena idea. Tampoco le había dado tiempo a preparar ningún sándwich. Tendría que encontrar algo con que aguantar hasta la tarde.

Ordenó la enfermería rápidamente, cerró la puerta con llave y fue hacia la recepción.

–Voy a salir media hora –le dijo a la joven que estaba allí en ese momento–. No tengo ningún paciente hasta las tres.

Cuando se estaba montando en el coche vio a Marc saliendo del suyo. Al ver a Becky la saludó con la mano y se volvió en dirección a ella.

–Hola. ¿Adónde vas?

–Me dormí, así que voy a ver si me puedo comprar unos sándwiches –murmuró avergonzada.

–No lo hagas. Quiero charlar contigo y podemos hacerlo sin interrupciones mientras picamos algo –dejó su maletín a los pies de Becky–. Vigílamelo mientras compruebo si tengo alguna llamada más.

Volvió segundos después y metió su maletín de nuevo en el coche.

–Cierra tu coche. Iremos en el mío.

–Esto, le dije a la chica de recepción que volvería dentro de media hora.

–No te preocupes. Les he dicho que te pueden localizar en mi busca.

Consciente de que eso era lo peor que podía haber hecho, Becky arqueó las cejas y suspiró largamente.

Debió de haberle leído el pensamiento, porque al ayudarla a sentarse le dijo:

–Si intento hablar contigo ahí dentro, sé que nos interrumpirán.

Salieron del aparcamiento y tomó la dirección de Paddocks.

–¿Adónde vamos?

–A un sitio que han abierto hace poco a las afueras de Marbury. No creo que lo conozcas.

Becky no lo conocía, pero el pequeño bistrot le impresionó nada más verlo. Marc la llevó hasta un invernadero que había a la parte de atrás.

–Creo que aquí podremos hablar. Los miércoles no se llena demasiado.

–Marc, es precioso.

–Espera a probar la comida. Y el servicio es rápido; eso es lo que más me gusta.

Después de pedir la comida, se inclinó hacia delante.

–Primero Sally. El veterinario no se muestra demasiado pesimista. Cree que mamá podrá llevársela a casa esta tarde.

–Qué buena noticia –dijo Becky entusiasmada, con los ojos brillantes–. ¿Qué cree que le pasa?

–Artritis, tiene ya muchos años y es natural. No ha hecho un diagnóstico específico. Como tantas veces ocurre con los humanos, quieren algo definitivo y no siempre podemos dárselo.

–¿Cómo está tu madre?

–Encantada de volver a tenerla en casa. Bueno, ya basta de Sally. Te dije que te iba a contar lo de la reunión de ayer.

Becky asintió y en ese momento les trajeron la comida a la mesa.

–¿Qué ocurrió?

–Los urbanistas con los que hablé comprenden nuestra falta de espacio donde estamos ahora, pero no estoy convencido de que piensen que Paddocks es el lugar adecuado.

–¿Te sugirieron algo distinto?

–En realidad no, pero dijeron que presentemos nuestro proyecto

y que entonces tomarán una decisión.

En los minutos siguientes se concentraron en la comida. Después Marc continuó.

–Si deciden venderlo sería a buen precio porque necesita muchas renovaciones. Así que quiero que pienses en el espacio extra que necesita la enfermería. Y no quiero que escatimes en nada. Si crees que será útil, apúntalo.

–Creo que como enfermera jefe esa tarea sería más propia de Jan.

–Jan tiene más que suficiente en qué pensar en estos momentos. Dentro de nada se marchará de baja por maternidad y tú serás la enfermera jefe entonces.

–¿Y qué hay de Irene?

–Es una estupenda enfermera a tiempo parcial para las tardes, pero hasta ahí es hasta donde quiere llegar. Antes de anunciar tu puesto se lo ofrecimos a ella, pero Irene prefirió permanecer donde está.

–En mi entrevista me describisteis cómo queríais ampliar los servicios, pero no en detalle. Antes de tomar ninguna decisión necesito saber exactamente lo que tenéis en mente.

Él asintió rápidamente.

–Necesitamos organizar una reunión con Pete, Steve y Rose. Cada uno de los cinco podemos presentar nuestras propias ideas ante los demás y me apuesto a que serán muy similares.

«Y yo me apuesto a que Rose preferirá a Jan en lugar de a mí», pensó Becky mientras se metía en la boca otro trozo de lasaña vegetal.

Estaban terminando el café cuando el busca de Marc empezó a sonar.

–Maldición. Me pregunto si será para ti o para mí.

Comprobó el número y fue en busca de un teléfono. Regresó a los pocos minutos.

–Venga. Vamos a traer al mundo a un bebé.

–Pero… pero… –Becky quería decir que ella no era comadrona, pero él no le dio oportunidad.

–Sandra Trewitt está de parto y no pueden contactar con Emma. Han llamado a una ambulancia, pero su esposo dice que la cosa se está poniendo difícil. Vive aquí al lado, así que no hay tiempo de ir al centro de salud.

A los cinco minutos estaban en casa de Sandra, pero no fueron lo suficientemente rápidos. Cuando llegaron a la puerta de entrada, los recibió el llanto de un recién nacido. Siguieron el sonido y se

encontraron a Sandra tumbada en el suelo del salón y a Ian, su marido, envolviendo torpemente al niño en una toalla, aunque seguía unido a su madre por el cordón.

Marc sacó lo que necesitaba de su maletín y se arrodilló junto a Sandra.

–¿Estás bien?

–Mejor que nunca –dijo sonriente.

Marc sonrió y rápidamente examinó a la madre y al bebé; después se puso unos guantes y procedió a ponerle una pinza y cortar el cordón umbilical. Becky terminó de limpiar y envolver al bebé y mientras Ian buscaba unos cojines para ponérselos a su esposa debajo de la cabeza, Becky le pasó el recién nacido a Sandra.

–¡Tu hijo, si no me equivoco!

Sandra se llevó al bebé al pecho y Becky observó fascinada mientras el niño intentaba atrapar el pezón que su madre le ofrecía.

–Estupendo, Sandra –le dijo Marc en tono animoso–. Eso hará que la placenta salga más rápido.

Maravillada ante la instintiva respuesta del bebé, Becky fue a buscar una palangana con agua y unas toallas; al poco rato observó cómo se llevaba a cabo la tercera parte del parto.

Mientras se ocupaba de Sandra, limpiándole la cara y cubriéndola con una manta que Ian le había llevado, Becky oyó con alivio el sonido distante de una sirena.

A los pocos minutos entró la comadrona de Sandra, seguida de los enfermeros, y de repente la casa se llenó de gente.

–Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? –Emma estaba ya arrodillándose junto a Becky y a Marc mientras abría paquetes de gasa estéril.

Marc se volvió hacia ella con una sonrisa.

–El bebé y la placenta son normales. No se le ha administrado ningún fármaco. Ahora te la paso a ti.

Emma examinó a Sandra e indicó que tenían que colocarla sobre la camilla. Entonces se dispuso a explorar al bebé.

–Dos kilos trescientos gramos; poco más de cinco libras. Y tienes unos buenos pulmones, ¿verdad, hijo?

Sandra alzó la cabeza y sonrió a Ian, que le tenía agarrada la mano y miraba a su hijo como si aún no pudiera creer aquel milagro.

Cuando la comadrona había anotado todo el proceso, le dio la ficha a uno de los enfermeros.

–Os seguiré hasta el hospital.

El marido de Sandra se montó con ella en la ambulancia después

de pedirle a Marc que cerrara la puerta de un tirón al salir.

Becky hizo lo posible para recoger la habitación mientras Marc y Emma hablaban del alumbramiento.

–No le pregunté cuándo se puso de parto, pero debió de ser todo muy rápido. Cuando la vi ayer sospeché que podría estar de treinta y seis y no de treinta y cinco semanas, pero desde luego no esperaba que se fuera a dar tanta prisa.

–Bueno, todo ha salido bien. Ahora me marcho al hospital para hacer todo lo que sea necesario. Me imagino que el bebé Trewitt estará en cuidados especiales durante veinticuatro horas después de haber nacido prematuro.

Marc cerró la puerta de un portazo. Una vez en el coche, cuando estaba a punto de llevar a Becky al centro de salud, debió de notar las ganas que Becky tenía de llorar.

Le puso una mano en la rodilla.

–No tengas reparo en llorar. Acabamos de presenciar una experiencia increíble, ya lo sabes. Ah, y gracias por todo.

Becky suspiró y se enjugó una lágrima.

–Eres enfermera, no comadrona. Y aunque te quedes aquí hasta que te jubiles no creo que presencies un parto tan rápido como este.

Becky se echó a reír.

–¿Y si Sandra tuviera otro bebé? ¿Volvería a ocurrir?

–Quizá no seas matrona, pero sabes de lo que hablas. Sí, la próxima vez podría ser todavía más rápido.

–Estupendo para Sandra, pero aterrador para todos los demás.

–Y que lo digas.

Al llegar al centro de salud, Rose recibió a Becky en la puerta y miró el reloj.

–Vaya media hora.

Aunque Marc iba un poco rezagado, oyó lo que le decía y, equivocando totalmente el sentido de sus palabras, comentó con desenfado:

–Desde luego ha sido el parto más rápido que he visto en mi vida.

Cuando cruzaba la puerta de la enfermería oyó que Rose decía:

–¿De qué estás hablando, Marc?

Marc frunció el ceño.

–Del parto de hoy. Del hijo de Sandra Trewitt. No quería esperar a nacer en el momento y en el lugar adecuados. Emma está con ellos en el hospital en este momento.

Becky no pudo evitar sonreír al ver que, sin proponérselo, Marc le había bajado los humos a Rose.

En su escritorio encontró un par de notas. Carol Dent había llamado diciendo que quería hablar con ella, y el señor Peck también había telefoneado y quería hablar con ella de la diabetes que Marc le había diagnosticado la semana anterior. El hombre había dejado el teléfono del trabajo y el de casa, así que Becky supuso que debía ser importante.

Miró su agenda y decidió solventar el asunto de Carol primero.

–Hola, soy la enfermera Groom del consultorio. ¿Quería hablar conmigo?

Carol vaciló.

–Ahora no puedo –susurró, y seguidamente colgó.

Preguntándose qué sería mejor hacer con Carol, marcó el número del trabajo de Roy Peck y tuvo más éxito esa vez. Marc le había dicho que una dieta adecuada sería suficiente para bajarle el azúcar y había ido a ver a Irene el viernes por la noche.

–Estoy haciendo una dieta baja en calorías. Lo que ocurre es que el viernes un amigo nos ha invitado a celebrar su sesenta cumpleaños. ¿Podría tomar unas cuantas copas?

–Bueno, probablemente unas cuantas no, pero creo que una o dos no le harán daño mientras que no se le olvide tener en cuenta las calorías que tenga la bebida cuando calcule lo que vaya a comer. Creo que el vino blanco seco le conviene más que el dulce.

Se hizo silencio al otro lado de la línea.

–¿Hay algún problema, Roy?

–No lo sé. No me resulta fácil atenerme a lo que pone en la hoja.

Becky le sugirió que fuera a verla cuando ambos tuvieran un rato para charlar.

–Creo que eso me vendrá bien –le dijo Roy–. ¿Cuándo debo ir?

Miró y vio que tenía todas las mañanas de la semana ocupadas.

–¿Qué tal le viene por la tarde, Roy?

–Podría ir después del trabajo; sobre las cuatro y media.

Becky hizo el cálculo rápidamente. Eso les daría media hora hasta que Irene necesitara la enfermería.

–¿Le parece bien esta tarde?

Cuando él accedió y estaba a punto de colgar, Becky le dijo:

–No se olvide de traerme todas las tablas. Así veré cómo le va.

Al ver que se quedaba unos momentos en silencio antes de colgar, Becky supuso que ni siquiera se había molestado en rellenarlas.

Fue hacia el mostrador de recepción.

–¿Podrías buscarme el historial de Roy Peck? Va a venir a verme esta tarde a las cuatro y media. ¿Has hablado tú con Carol Dent?

–No. Fui yo. ¿Pasa algo? –Rose se acercó al mostrador.

¡Con la puerta de su despacho abierta no perdía palabra de lo que se hablaba en recepción!

–¿Ha dicho ella lo que pasaba? –preguntó Becky.

–Pues claro que no –dijo Rose con altivez–. De habérmelo dicho lo habría apuntado. Solo dijo que quería hablar contigo, eso es todo.

–Vale. ¿Sabes por un casual cuántos pacientes diabéticos tenemos en el centro?

–Recuerdo que uno de los médicos en prácticas hizo un cálculo –dijo Rose con gesto pensativo–. Si mal no recuerdo había un diez o un doce por ciento en aquel momento. ¿Por qué?

–Me estaba preguntando si podríamos crear una consulta para ellos los miércoles por la tarde.

Rose se encogió de hombros.

–Lo dudo. La habitación se utiliza todos los meses para las consultas de embarazadas.

–Pero la semana pasada estaba libre, y esta también. Estoy segura de que podríamos establecer turnos.

–Será mejor que se lo preguntes a Marc. Uno de los médicos tendría que estar ahí, y no creo que estén dispuestos a echarse encima más trabajo.

Becky miró a Rose tranquilamente y le comentó del mismo modo:

–Me especialicé en enfermería para diabéticos. Los médicos no tendrían por qué estar presentes cada vez que celebre la consulta.

–Veremos –murmuró Rose, negándose a rendirse.

Seguidamente, se dio media vuelta y se metió de nuevo en su despacho.

Capítulo 5

CUANDO Roy Peck llegó estaba claro que Becky no se había equivocado en cuanto a él. Ni había comprobado sus niveles de glucosa ni había apuntado lo que había comido.

–Veamos entonces qué tal está –le tomó la tensión y los niveles de azúcar y le sonrió–. No está mal, no está mal. No fuma, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza.

–¿Y ha intentado ceñirse a la dieta aunque no la haya apuntado?

Él se encogió de hombros.

–No es fácil, pero hago lo que puedo.

–Bien, porque como estoy segura de que el doctor Johnson le diría, si es capaz de mantener un control razonable, reducirá drásticamente el riesgo de que aparezcan otras complicaciones. Y si podemos lograr eso solo con una dieta, es algo muy bueno para usted.

Él asintió.

–He oído de boca de mis compañeros de trabajo lo que le puede pasar a una persona con diabetes, pero el doctor Johnson me aconsejó no creer todo lo que me digan. Me dio un libro y un par de folletos para leer.

–Bien. Cuanto más sepa sobre ello, más fácil le resultará llevarlo. Pero es importante que lo apunte todo. Hoy en día uno está tan ocupado que es normal que se le escapen cosas.

Él asintió.

–Lo intentaré. Ahora veo con más claridad porqué debo hacerlo.

–Muy bien. Sentémonos juntos y a ver si recuerda lo que comió ayer. Luego podrá decirme qué partes de la dieta le resultan más difíciles.

Cuando terminó con Roy, hacía rato que había concluido su turno, pero todavía le preocupaban los Dent. Eran pacientes de Marc y sabía muy poco de ellos. Necesitaba hablar con él, y decidió hacerlo en cuanto llegara a pasar consulta esa tarde.

Llamó un par de veces a su puerta y luego fue a preguntarle a la recepcionista.

–Lo han vuelto a llamar… Steve está pasando consulta por él.

–¿Ha sido alguna urgencia? –preguntó Becky, pensando si

valdría la pena o no esperar.

–No, ha sido por algo de un problema familiar –la joven respondió con vaguedad.

Al recordar que Marc le había dicho que quizá Sally volviera a casa esa tarde, decidió que debía de haber ido al veterinario.

Volvió lentamente a la enfermería. Cuando vio que Irene estaba libre un momento le habló sobre la llamada y la respuesta de Carol.

–Tú los conoces mejor que yo. ¿Volverías a llamar?

–Yo desde luego no. Carol puede ser muy susceptible a veces. Ahora sabe que has intentado hablar con ella, así que lo más seguro es que te llame ella. Si lo hace esta tarde, te dejaré una nota, pero si quiere hablar directamente contigo creo que lo intentará por la mañana. Desde luego yo no me preocuparía por ello. Si fuera algo importante nos habríamos enterado ya.

Becky debería haberse quedado satisfecha con eso, pero por alguna razón se sintió mal por no hacer nada. De camino a Begstone, intentó reírse de sus miedos y se dijo para sus adentros que tenía demasiada imaginación.

Probablemente Carol no había querido hablar con ella por estar delante su marido, ni más ni menos.

Cuando Becky llegó a la mañana siguiente vio un mensaje de Marc diciéndole que le había aconsejado a Jan que se quedara en casa durante unos días.

Irene no le había dejado ninguna nota y Carol Dent no llamó en toda la mañana. Cuando tuvo un momento libre, Becky marcó el número de los Dent, pero no obtuvo contestación.

Marc se había marchado ya cuando Becky terminó con el último paciente de la lista. Intentó llamar a Carol varias veces durante el día, pero nadie le contestó. Cuando terminó las consultas de la tarde, fue en busca de Marc de nuevo pero, como no tenía consulta por la tarde ese día, se había marchado ya.

–No sé nada de Carol Dent –le dijo a Irene más tarde–. Y no responden al teléfono. ¿Qué crees que debo hacer?

–Nada –le contestó Irene con firmeza–. Si pasara algo, te habría vuelto a llamar.

Becky tuvo que aceptar que Irene conocía a la pareja y ella no, y aunque no estaba del todo contenta de no hacer nada al respecto, hizo lo que Irene le había sugerido.

El viernes por la mañana hubo aún más trabajo y pronto se dio cuenta de que iba retrasada. El señor Brown era el segundo de la lista y no podía meterle prisa. Cuando entró le contó que la pierna le dolía muchísimo, y Becky lo encontró muy decaído. Cuando

finalmente consiguió quitarle la gasa, la llaga estaba limpia y tenía buen aspecto, pero el dolor era tan claramente insoportable que decidió que debía ver a Marc antes del fin de semana.

Marc no tenía ninguna cancelación, así que le preguntó a la recepcionista si podría verlo antes de que llamara a su próximo paciente.

La llamó a recepción momentos después.

–¿Pasa algo? –le preguntó en tono seco.

–¿Puedo comentarte una cosa?

–Si te das prisa; ya voy retrasado –le sorprendió la brusquedad de su tono, pero lo achacó a las presiones del trabajo.

Se apresuró por el pasillo, entró en su despacho y le habló del dolor que tenía su paciente.

–La semana pasada un niño le dio un golpe con el triciclo y eso no le ayudó, claro está. Pero hoy se ve que el dolor es muy fuerte y pienso que no debería estar de pie. Necesita internarse en el hospital para hacer reposo el fin de semana.

–¿Estás de broma? –Marc le habló con tanta violencia que Becky pegó un respingo, pero por el bien de su paciente se mantuvo firme.

–No. El pobre hombre no sabe cómo ponerse de lo mucho que le duele, y si tiene que estar solo todo el fin de semana…

–¿Y dónde sugieres que le encontremos una cama?

–En eso no puedo ayudarte, pero creo que lo menos que puedes hacer es venir a verlo.

–Si insistes –suspiró, corrió la silla bruscamente y la siguió hasta la enfermería.

Su actitud era casi desdeñosa, algo totalmente opuesto a su forma de tratarla desde que había empezado a trabajar en el centro. Intentó pensar si le había hecho algo que le hubiera molestado.

Confundida por su comportamiento, solo pudo achacarlo a que hubiera algún problema con Sally o con su madre, porque bajo circunstancias normales no creía que pudiera comportarse así. Fuera lo que fuera, aquel no era el momento de preguntarle.

Nada más entrar en la enfermería cambió totalmente. Su forma de tratar al señor Brown era tan distinta al mal humor que había mostrado hacia ella que Becky sintió que debía de haberlo molestado de algún modo.

Después de examinarle la pierna, sonrió y le dio una palmada en el hombro.

–Le duele mucho, ¿verdad? ¿Y los analgésicos que le receté no le están ayudando?

El señor Brown sacudió la cabeza.

–Si me comiera una bolsa de caramelos de goma tendría el mismo efecto.

Marc suspiró.

–Creo que quizá la enfermera tenga razón. Necesita no caminar en unos cuantos días, pero no estoy seguro de que podamos encontrarle una cama en un hospital. ¿No hay nadie que pueda cuidar de usted durante unos días?

–Tengo una sobrina en Escocia. Vino a quedarse conmigo otra vez que estuve enfermo. Podría pedírselo.

–¿Le gustaría que hablara yo con ella?

El hombre asintió agradecido.

–Le llamaré más tarde y le daré el número.

–¿Cómo volverá ahora a casa?

–Como he venido. En el coche de San Fernando.

Comprobó la dirección del señor Brown en su ficha.

–Esa caminata no le ayudará en absoluto. Veré si puedo encontrar a alguien que lo lleve a casa –se volvió hacia Becky–. Sigue aplicándole el mismo apósito e iremos a hacerle una visita a domicilio el lunes.

Al momento volvió con otros analgésicos.

–Tómese estos durante el fin de semana, pero solo estos. No se tome los otros al mismo tiempo.

Cuando estaba a punto de abandonar la habitación, Becky dijo:

–Si no le importa esperar, puedo llevarlo a casa cuando termine de ver a los pacientes, pero será un buen rato.

Marc se volvió y Becky se dio cuenta de lo sorprendido que estaba, como si su oferta hubiera sido lo último que hubiera esperado de ella.

Disgustada, intentó concentrarse en acabar de curar al señor Brown, pero después de ayudarlo a sentarse cómodamente en la sala de espera, sus pensamientos volaron de nuevo.

¿Tendría Marc un problema en casa, o lo habría ella interpretado mal? ¿Acaso la relación había nacido entre ellos no era más que fruto de su imaginación? ¿Se habría interesado por ella solo por lo que ella sabía de Paddocks, y quizá ya no necesitara sus consejos?

Desolada, volvió a su lista de pacientes y como iba con retraso, afortunadamente no tuvo tiempo de volver a pensar en nada.

Hasta la hora de la comida no pudo llevar al señor Brown a casa, pero antes de hacerlo intentó de nuevo contactar con Carol Dent. Nada.

Se encogió de hombros y cerró la enfermería con llave antes de

decirle a Tanya de recepción a dónde iba.

Ayudó al señor Brown a montar en el coche y mientras salían del aparcamiento le preguntó si necesitaba comida para el fin de semana.

–Tengo una señora que me hace la compra. También limpia la casa.

–¿Así que, si le organizamos las comidas, podría quedarse en cama unos cuantos días?

–No quiero quedarme en la cama todo el día, me aburriría como una ostra. No podría ver a nadie.

–¿Pero y si con ello mejora el dolor?

–Prefiero sufrir a estar solo, pero si Fiona pudiera venir unos cuantos días sería distinto. Es una muchacha muy alegre.

–Si me da su número, me encargaré de que el doctor Johnson la llame esta tarde.

Cuando llegaron a su casa, Becky se llevó una grata sorpresa. Era un lugar acogedor y, aunque los muebles estaban ya algo viejos, estaba todo muy limpio.

–Le prepararé algo de comer y después debo volver al centro de salud a atender a mis otros pacientes.

Le preparó un almuerzo ligero antes de salir con el número de su sobrina.

–Le daré esto al doctor Johnson y uno de los dos lo llamará para contarle lo que ha pasado. Si va a quedarse aquí solo, tenemos que encontrar a alguien que lo ayude.

Cuando llegó al centro, su primer paciente ya la estaba esperando. No había ni rastro de Marc, así que le dio a Tanya el teléfono de la sobrina del señor Brown y le explicó por qué lo necesitaba.

–Es importante que se lo des lo antes posible. Dile también por favor que debo verlo sin falta para hablarle de un paciente antes de marcharnos hoy.

Tanya asintió.

Eran casi las cuatro cuando Becky había terminado con su lista de pacientes; encendió el hervidor y suspiró aliviada. Si seguía saltándose la comida como estaba haciendo, pronto perdería los kilos de más que estaba segura que desagradaban a Marc Johnson.

Estaba terminando de apuntar unos datos, cuando se abrió la puerta de golpe y entró Marc como un torbellino.

–¿Dónde está el número de teléfono que el señor Brown dijo que

me daría?

Becky se sintió tan ofendida por el modo en que la había abordado que se tomó su tiempo para contestarlo.

–¿Quieres decir el de su sobrina? Lo apunté en un papel para que llamaras.

–¿Dónde? No lo he visto sobre mi mesa –dijo en tono agrio.

–Se lo he dejado a Tanya de recepción. Le expliqué lo importante que era, y le pedí que te lo diera en cuanto te viera o en cuanto llamaras. También le pedí que te dijera que quería hablar contigo sobre una paciente. Si hubieras ido directamente a recepción como sueles hacer al entrar, hubiera sido inútil dejarte el mensaje sobre tu mesa.

Abrió la boca para contestar, pero ella estaba tan indignada que no le dejó.

–Y no digas que no vas siempre a la recepción porque te he visto muchas veces hacerlo, para ver si tenías mensajes, y luego marcharte otra vez.

Su desdén tuvo el efecto deseado y Becky observó y esperó a que amainara la tormenta.

–Tanya debió de marcharse sin pasarme el mensaje. ¿Tienes el número contigo?

Becky sacó su agenda, buscó el número y se lo pasó.

–Parece ser que Fiona le ha pedido que se vaya a Escocia a vivir con ella, pero él no quiere –Becky vaciló–. Bueno, en realidad sí que le gustaría, pero no desea ser una carga para ella.

–Tal vez lo que le ha pasado le haga cambiar de opinión –se volvió hacia la puerta.

–Le sugerí que pasara con Fiona un tiempo de prueba para ver si los dos creen que puede funcionar.

–Buena idea. A lo mejor se lo cuento a Fiona.

Segura de que debía haber una razón que explicara su irritabilidad, Becky decidió que era el momento oportuno para preguntar.

–¿Va todo bien, Marc?

Él no la contestó inmediatamente; entonces se apartó el flequillo de la frente y la miró:

–Pues la verdad es que no.

–¿Se trata de Sally?

–Sally está bien –le contestó, ignorando su preocupación.

–¿Entonces, qué… ?

–¿Es que no te has enterado? –la interrumpió–. ¿No sabes lo de Carol Dent?

Ella arrugó en entrecejo.

–No.

–Se ha tomado una sobredosis.

–¿Cuándo? ¿Cómo está? –susurró horrorizada.

–Gracias a Dios que Simon la encontró a tiempo, pero esa no es la cuestión. Rose me ha dicho que llamó el miércoles para pedirte ayuda, pero que tú no le devolviste la llamada ni alertaste a nadie.

Así que esa era la razón de su mal humor. Rose había vuelto al ataque.

–¿Y cómo sabe Rose que no le devolví la llamada? –le preguntó con tranquilidad.

–¿Lo hiciste?

–Nada más volver de casa de Sandra Trewitt. Cuando le dije quién era, Carol me dijo que no podía hablar y colgó el teléfono.

–¿Y no hiciste nada?

–Ella es tu paciente. Yo no he tratado nunca con los Dent. Iba a pedirte consejo, pero te tuviste que marchar con una urgencia y Steve se quedó a cubrirte la consulta.

–¿Entonces no te molestaste en intentarlo de nuevo?

Exasperada por sus acusaciones sin fundamento, Becky le contestó con frialdad.

–Le pedí consejo a Irene. Ella los conoce bien. Me dijo que de ningún modo debía llamar otra vez después de lo que Carol me había dicho, y también que me avisaría si Carol llamaba mientras estuviera ella trabajando.

–¿Y lo hizo?

–No. Así que llevo dos días intentando hablar con ella sin éxito. También he intentado verte y discutir el asunto, pero tú has estado demasiado ocupado para verme.

Lo observó mientras la verdad de sus palabras asomaba a su expresión lentamente.

–Si haces memoria, recordarás que ayer no estuviste mucho rato por aquí. He hecho todo lo que he podido salvo presentarme a su puerta. La paciente sobre la que quería hablarte esta tarde era Carol. Solo siento que sea demasiado tarde.

Marc se pasó distraídamente la mano por los cabellos y Becky sintió que en su interior se libraba una batalla.

–No ha sido culpa tuya –le dijo por fin en voz baja–. Simon le había dicho que se marchaba. No podía soportar más tanto mimo. Yo debería haber notado su desesperación.

Al momento Becky se sintió arrepentida. Sintió que se estaba echando la culpa encima y quiso asegurarle que tampoco era falta

suya.

–No puedes saber todo lo que pasa entre marido y mujer.

–A lo mejor no, pero sabía que había algún problema.

–Y lo afrontaste como mejor te pareció.

–Y todos sabemos cuántas veces nos equivocamos –dijo Marc con tanta amargura que Becky no supo qué decirle para tranquilizarlo.

–Pero solo sabemos eso a posteriori.

–Es mi falta de previsión lo que falla.

–Eres demasiado duro contigo mismo. No puedes anticipar lo que va a hacer cada uno de tus pacientes.

–Desgraciadamente, no es solo con mis pacientes –le dijo con pesar.

Becky comprendió que no le había explicado totalmente la razón de su malestar y lo miró a la cara intentando encontrar allí la respuesta, pero no logró adivinar lo que estaba pensando.

–Marc… –empezó a decir.

Él la interrumpió.

–Desde luego no debería haberle hecho caso a Rose.

Becky sintió un repentino calor en las mejillas al darse cuenta de que se estaba refiriendo a cómo se había precipitado al juzgarla.

–Olvídalo –le dijo en tono seco–. ¿No sería mejor que llamaras a la sobrina del señor Brown, a ver si está dispuesta a venir? Si va a quedarse solo en casa debemos enviarle a alguien de los servicios sociales –echó una mirada al reloj–. Y eso no va a ser fácil a esta hora de un viernes.

Él suspiró.

–Supongo que no. Te lo diré en cuanto sepa algo.

Becky lo observó mientras se dirigía a su despacho. Desde que Laura le había hablado de lo poco que salía antes y de lo feliz que se le veía desde que Becky había aparecido en su vida, ella había empezado a creer que tal vez pudiera hacerle la vida un poco más grata. Su falta de confianza en ella le demostraba que se había equivocado totalmente.

Era casi la hora de comenzar la consulta de la tarde cuando Marc encontró a Becky sola de nuevo.

–La sobrina de Alan Brown viene mañana a verlo y a cuidar de él, al menos durante el fin de semana. He llamado al señor Brown y me asegura que esta noche no habrá problema. Dice que después de la estupenda comida que le preparaste, no tiene hambre –Marc le

sonrió por primera vez desde hacía días–. Ojalá me la hubieras preparado a mí también. Hoy no he comido.

–No eres el único –dijo con pesar.

–Sandra Trewitt y el pequeño Mark están tan bien que vuelven hoy a casa. Me han pedido que me pase a ver al bebé cuando termine la consulta.

–Me alegra que un parto tan poco común no haya tenido ninguna mala consecuencia.

–Todo lo contrario. Aparentemente el niño está tomando el pecho como un loco. Sandra es la típica madraza.

Becky asintió, pero no dijo nada.

–¡Ah! Ahí está mi primer paciente. Será mejor que me vaya. Que pases un buen fin de semana.

Marc tuvo ganas de abofetearse a sí mismo mientras recogía los historiales para su consulta de la tarde.

Se había sentido tan compenetrado con Becky cuando había vuelto al centro después del nacimiento del hijo de Sandra, que incluso se había hecho ilusiones de que quizá pudiera encontrar de nuevo la felicidad junto a ella.

La noticia de la sobredosis de Carol lo había cambiado todo. Le había hecho recordar cosas que él creía ya olvidadas.

Debería haberse dado cuenta de que Simon no podía soportarlo más, al igual que debería haberse dado cuenta de lo que sentía Julie por las largas horas que Marc pasaba trabajando.

Llevaba cinco años intentando perdonarse a sí mismo por aquella última pelea que había tenido con ella, y casi lo había conseguido. Así que cuando Rose le había dicho lo de la llamada de Carol del miércoles, había picado al sugerirle Rose que era culpa de Becky.

Había sentido tanta necesidad de no añadir nada a su carga de culpabilidad que no le había dado a Becky ni la oportunidad de explicarse.

No le extrañaba que apenas si pudiera contestarle. A pesar de que le había dicho que lo olvidara, estaba claro que ella no era capaz.

Como había quedado en hacer la consulta de Irene del sábado por la mañana, para devolverle el favor de la semana anterior, Becky se dirigió hacia el centro. Al llegar sintió un gran alivio al ver a Pete Robson de guardia.

No estaba lista para ver a Marc después de haberse pasado toda

la noche intentando poner en claro los sentimientos mezclados y pensar en una solución para su futuro.

Marc le atraía demasiado como para sentirse a gusto trabajando con él si él no confiaba en ella, pero hasta el día anterior se había sentido tan feliz trabajando en Sandley que no había ni siquiera pensado en buscar otro empleo.

¿Y Paddocks? Mientras aparcaba el coche delante del centro, decidió que visitaría a las amigas de su madre esa tarde e intentaría averiguar su opinión.

Fueran buenas o malas noticias, estaba segura de que Marc querría saber lo que habían dicho.

Esa mañana tuvo tiempo de sobra para hacer planes, ya que los pacientes fueron escasos y no fueron todos a la vez. En cuanto volvió a su apartamento, buscó los números de las dos señoras en la guía de teléfonos y llamó primero a la señora Bennett.

Cuando la mujer contestó la segunda vez que sonó, Becky estaba nerviosa y tartamudeó ligeramente.

–No… No sé si se acuerda de mí, señora Bennett. Me llamo Becky Groom y solía pasar temporadas en casa de mis tíos en Paddocks.

–¿Rebecca?

–Eso es, pero ahora todo el mundo me llama Becky.

–¿Ocurre algo malo? ¿Se trata de tu madre?

–Oh, no, en absoluto –Becky se apresuró a contestarle–. Nada de eso. Solo es que ahora estoy trabajando en esta zona y mamá me sugirió que la llamara. Quizá podría pasarme algún día. Cuando le venga bien, claro.

–¿Qué te parece hoy? Martha Lewin vendrá a tomar el té y estoy segura de que le gustaría verte. Ambas te conocimos cuando no llegabas ni a la mesa. Pero te vas a poner muy triste cuando veas cómo está Paddocks. Lleva vacía desde que tu tío se marchó, ya lo sabes, y está en un estado lamentable.

Hizo una pausa para respirar hondo antes de continuar. Becky, que prefería hablar de aquello cara a cara, aprovechó la oportunidad para preguntarle a qué hora debía ir.

–¿Qué te parece a las tres y media?

–Muy bien. ¿Quiere que lleve algo?

–No, bendita seas. Ya he preparado unas galletas. Estoy deseando verte. La pena es que últimamente no recibo muchas visitas.

Entristecida por la evidente soledad de la señora Bennett, Becky finalizó la llamada diciéndole que estaría allí a esa hora.

Sin embargo, llegó diez minutos más tarde de lo previsto ya que la compra de la semana le había llevado más tiempo del habitual.

La señora Bennett la recibió con cariño.

–Dame tu cazadora.

Cuando Becky se la hubo dado, la señora Bennett la condujo hacia el salón donde una vivaz señorita Lewin se puso de pie de un salto.

–Hola, querida. Me alegro de verte.

Becky le tendió la mano.

–Lo mismo digo, señorita Lewin.

–Llámame Martha, querida. Ya eres adulta y me siento tan vieja cuando me dicen señorita Lewin. Ven a sentarte conmigo.

–Y a mí Doris –añadió la anfitriona mientras Becky se sentaba–. ¿Le has echado un buen vistazo a Paddocks al pasar?

Becky asintió mientras Doris Bennett le pasaba un platillo y una servilleta, pero como no quería abordar el asunto enseguida, dijo:

–Mi madre os envía su cariño. Siempre me habla de los buenos ratos que compartisteis juntas en el pasado.

–Sí, señor –comentó Martha Lewin–. Qué días aquellos cuando sus tíos vivían en la granja. Recibían bien a todo el mundo, desde luego que sí. Qué pena que la casa ya no sea el hogar de nadie.

Becky dio un bocado a un sándwich muy pensativa.

–¿Se ha utilizado para algo desde que se marcharon?

–La verdad es que no. A menudo viene gente a verla, pero nadie parece querer quedársela. Me imagino que pronto la derribarán para construir otra urbanización de viviendas subvencionadas. Eso es todo lo que quieren construir por aquí. Casas como cajas de cerillas.

A Becky le horrorizó ese pensamiento.

–Los urbanistas no autorizarán eso, ¿verdad?

Doris Bennett soltó una carcajada.

–Lo han hecho en otras partes del pueblo. ¿Por qué no aquí?

Becky decidió que esa era la mejor oportunidad para averiguar qué les parecería si Paddocks fuera utilizada para otra cosa.

–Supongo que podría ser utilizada para otra cosa, como un colegio o…

Martha sacudió la cabeza y la interrumpió.

–No es lo suficientemente grande para convertirla en un colegio, ni siquiera en oficinas. Creo que eso es lo que algunos tenían en mente cuando venían a ver la casa, pero es evidente que no es apropiada.

–¿Y qué os parecería si alguien decidiera que es apropiada para

algo?

–Cualquier cosa será mejor a derribarla y construir casas. Sería bueno al menos ver que el edificio se utiliza para algo en lugar de ver cómo se deteriora.

–Supongo que sí –Becky probó una pasta hecha en casa–. Qué rica, Doris. Muchas gracias.

–El placer es nuestro. Y ahora dinos a qué se dedica ahora tu madre. Sigue viviendo cerca de Shrewsbury, ¿verdad?

–Está demasiado establecida allí como para pensar en mudarse. Colabora con tantas organizaciones en el pueblo que creo que el sitio se iría abajo si mi madre se marchara.

–Ese es el problema que tenemos aquí. Esto no es ya un pueblo como solía ser, donde todo el mundo se conocía. Hay muchas personas que viven aquí y trabajan en la gran ciudad y no hay animación alguna. ¿Qué has dicho que hacías aquí, cariño? Te hiciste enfermera, ¿verdad? ¿En Londres, no? No te marchaste a trabajar cerca de tu madre, como veo.

Martha Lewin parecía capaz de hablar sin siquiera hacer una pausa para respirar.

Becky asintió a las tres preguntas.

–Tengo a todos mis amigos en Londres y, aunque no quería vivir allí tampoco quería alejarme demasiado de la ciudad para poder ir a verlos de vez en cuando. Trabajo de enfermera en el centro de salud de Sandley.

–Allí tenemos nosotros los médicos, pero está tan lejos cuando uno no está muy bien…

–El centro cubre un área muy amplia… Debe de ser un problema para muchas personas que no tengan transporte –dijo, pensando en Alan Brown, que tenía que caminar a que le cambiaran el apósito.

Martha se echó a reír.

–Y que lo digas. La última vez que fui a ver al doctor Johnson tuve que tomar un taxi. Mira, esa es una de las cosas para las que valdría Paddocks.

Becky aprovechó la oportunidad para preguntarle más cosas.

–¿Crees que te gustaría que pusieran aquí un centro de salud? Ello significaría que habría coches entrando y saliendo todo el día. Y no solo durante el día, sino también al atardecer.

–Un poco de animación al otro lado de la calle sería justamente lo que el médico me recetó –Doris se echó a reír con ganas–. Y, fíjate, así sabremos quién va a aumentar la familia, y quién está con un pie en la tumba. Y qué fácil resultaría cuando tuviéramos que ir al médico.

–Estaría bien, pero no creo que haya suficientes pacientes para que abran otro consultorio, así que me temo que tendrás que aguantar al doctor Robson.

–Bueno, tampoco está mal. Es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer –Martha se echó a reír–. Y en Sandley son todos muy apuestos. ¿No te parece, Becky?

–Solo llevo ahí un par de semanas, pero todos me parecen compañeros de trabajo muy agradables.

Había terminado su taza de té y averiguado todo lo necesario para calcular cómo reaccionarían si el centro de salud se trasladara a Paddocks, así que les dio las gracias a las dos señoras y se marchó.

Becky estaba preparándose para empezar la consulta el lunes por la mañana cuando Marc entró en la enfermería.

–¿Has pasado un buen fin de semana?

Aunque su mal humor del viernes había desaparecido, Becky no se sentía preparada para hablar con él con la confianza que lo había hecho previamente.

Asintió.

–¿Y tú?

–Así, así. He pasado mucho tiempo con mi madre. Sally no se siente aún demasiado bien.

–¿Está en el veterinario?

–No. Ese es el problema. Mamá tiene mucho miedo de quedarse sola con ella por si ocurriera algo. Y yo presiento que así será.

–Oh, Marc –dijo, olvidando su cautela–. Cuánto lo siento.

–Eh, no he venido a cargarte con mis problemas, sino a ponerte al día con un par de pacientes. No tendremos que ir a hacer la visita a domicilio a Alan Brown porque su sobrina y el marido de esta se lo han llevado a Edimburgo.

–¿Y él estaba de acuerdo?

–Encantado. Aunque siempre se ha negado a aceptar su invitación de marcharse a vivir con ellos, aceptó rápidamente cuando llegaron el sábado y se lo propusieron. Supongo que se quedará allí y dentro de poco pondrá en venta su casa, pero ya veremos a ver lo que hace.

–¿Y el otro paciente? –le instó, deseosa de empezar con la consulta.

–Carol Dent está en casa y he pasado bastante rato durante el fin de semana charlando con ellos.

–¿Y?

–Parece irónico, pero creo que este episodio les ha venido muy bien a los dos. Van a necesitar mucho apoyo durante las próximas

semanas, pero pienso que ahora están empezando a comprenderse mejor de lo que lo habían hecho desde que a Simon le diagnosticaron la esclerosis.

–Qué buena noticia, Marc. Si hay algo que yo pueda hacer…

–Lo recordaré. Y ahora creo que los dos tenemos que volver a nuestra siguiente lista de problemas. Por cierto, dudo que Jan llegue muy temprano, si es que llega. Ahora lo está pasando fatal –se dio media vuelta y se marchó, dejando a Becky muy pensativa.

¿Por qué había compartido esas cosas con ella en lugar de hacerlo con todos los demás en la reunión semanal? ¿Querría acaso decir que estaba intentando demostrar que, después de todo, confiaba en ella?

Capítulo 6

MARC volvió a su despacho, más contento por haber al menos reiniciado la relación de comunicación entre ellos. Había pasado un fin de semana muy amargo, arrepintiéndose todo el tiempo de su comportamiento.

Cuando Becky había llegado a Sandley había sido como si una ráfaga de aire fresco hubiera entrado en su vida, y era una persona tan buena que por primera vez desde la muerte de Julie había sentido latir su corazón.

Becky lo turbaba, y había sentido la tentación de iniciar una relación con ella, pero al pensar en su madre se echaba atrás. Ambos habían sufrido mucho al mismo tiempo y, aunque no había querido mudarse a vivir con ella, sentía que quizá resintiera la presencia de un intruso en la relación que habían establecido en torno a los recuerdos de sus seres queridos. Aunque por otra parte, Becky parecía haberle gustado bastante cuando se la había presentado.

Y en ese momento estaba también el problema de Sally. Su ojo clínico le decía que no le quedaba mucho tiempo de vida. ¿Cómo soportaría su madre otra pérdida? No. Tenía buenas razones para proceder con cautela. Necesitaba ir muy despacio si no deseaba ir acumulando problemas que luego pudieran afectar esa futura relación con Becky.

–¿Marc, tienes un momento?

Había estado tan ensimismado que no la había oído acercarse.

–Claro, ¿qué puedo hacer por ti?

–Siento molestarte, pero Roy Peck, el diabético, está en mi despacho. No tenía cita, pero se asustó cuando comprobó el nivel de azúcar esta mañana y vio que estaba por encima del límite aconsejado. Pensé que deberías saberlo.

–¿No está siguiendo la dieta?

–No. Vino a verme el miércoles porque no lo lleva nada bien, y yo pensé que lo había convencido para que no se pasara de la raya durante una celebración que tenía el fin de semana, pero se ve que no.

–Quizá este susto le haga recapacitar.

–Tal vez, pero el problema parece radicar en que siente que todo lo que le pasa es una injusticia; sobre todo porque no conoce a nadie que esté luchando con una dieta similar.

Marc asintió pensativamente.

–¿Quieres que lo vea?

–No, si te parece bien que intente convencerlo de nuevo. No me importa atenderlo cuando sea, pero estaba pensando qué te parecería si abro una consulta para diabéticos los miércoles por la tarde que la sala no esté ocupada. Si pudiéramos juntarlos para que charlaran de sus problemas, eso les ayudaría a calmarse a algunos de ellos y nosotros también estaríamos más tranquilos.

–Esta semana no hay consulta para recién nacidos. Queda con él para el miércoles y mañana discutiremos los pros y los contras de tu idea durante la reunión. ¿Mientras tanto, podrías anotar las ideas que tengas para esa consulta?

La sugerencia de Becky fue lo primero que Marc abordó en la reunión del día siguiente.

–Como todos sabréis, Becky está especializada en los enfermos de diabetes y le gustaría montar una consulta para ayudarlos. Con esto nuestros diabéticos se someterían a controles periódicos y la enfermera Groom tendría una oportunidad de participar en un grupo de educación para la salud.

–Además, los pacientes podrían intercambiar ideas y recetas, y compartir sus problemas con personas que están en la misma situación –dijo Becky entusiasmada–. Lo he visto antes, tanto entre los pacientes como entre estos y sus familiares, y parece que a todos les hace la vida más fácil. Y lo bueno de todo esto es que así no tendrán que ir al hospital a hacerse los controles; podremos hacérselos aquí en el consultorio.

–Me parece una idea maravillosa. ¿Pero cuándo sugieres celebrar la consulta? –le preguntó Patsy.

–Pensé en los miércoles por la tarde en los que no se haga la consulta para bebés…

Rose la interrumpió.

–Ello significaría que uno de los médicos tendría una tarde libre menos a la semana.

–No necesariamente –dijo Marc–. Becky podrá arreglárselas sola, aunque sugeriría que uno de nosotros apareciera una vez al mes.

Patsy sonrió.

–A mí me interesaría mucho, Becky, pero estoy segura de que sabes más que yo del tema.

–¿Por qué no hacemos una prueba durante tres meses y luego

evaluamos los beneficios? –sugirió Pete–. Si tiene éxito, no me importa cederte mi despacho el último miércoles del mes.

–Supongo que si todos pensáis que es una proposición viable, entonces mi opinión queda invalidada –dijo Rose, que seguidamente hizo una nota en su diario.

–¿Qué tienes que objetar, Rose?

–En realidad nada en concreto, Marc, pero pensé que habíamos acordado no ampliar ningún servicio hasta que nos mudáramos.

–Esa es la idea general, pero como con esto se va a hacer uso del personal y las instalaciones ya disponibles, creo que es un caso especial. Y ya que hablamos de ampliaciones, Rose, el equipo médico y de enfermería necesita reunirse contigo para decidir exactamente cuál será el espacio necesario en el futuro si llevamos a cabo todos nuestros planes. ¿Qué te parece mañana a la hora del almuerzo?

–¿Habrá vuelto ya Jan?

Becky ahogó una sonrisa porque Rose había reaccionado exactamente como ella había previsto. Marc le dirigió una mirada de advertencia, entonces se volvió hacia Rose y le dijo:

–No estoy seguro, pero no importará. Becky hará el trabajo igual de bien.

Rose se encogió de hombros, pero Becky vio la duda reflejada en sus ojos y deseó que hubiera algún modo de poder convencer a Rose de que ella no constituía ninguna amenaza.

–¿Algún asunto más?

Para no enemistarse más con Rose, Becky decidió no mencionar la visita que le había hecho a las amigas de su madre.

Patsy quería hablar de un par de pacientes con el equipo médico, así que el personal de administración se marchó.

Cuando la reunión se terminó justo antes de la hora del almuerzo, Rose siguió a Becky por el pasillo.

–No sé cómo has convencido a Marc para que te apoye con lo de la consulta extra, pero puedo imaginármelo.

Se metió en su despacho y cerró dando un portazo.

Becky se preparó una taza de café y se la llevó a la enfermería. Se estremeció ligeramente; quizá no había ganado la batalla ese día.

La consulta de Marc para embarazadas empezaría de un momento a otro, así que dejó a un lado su pesimismo y se dispuso a prepararse para ello.

Cuando Marc entró en la habitación momentos después, le dijo que le había pedido a Jan que pasara a verlo antes de que empezara el consultorio.

–Quizá no te necesite…

–Te entiendo. Estaré en recepción si me necesitas.

En ese momento Jan entró muy pálida; Marc le dio un apretón en el hombro y le dijo en voz baja:

–Gracias.

Jan sonrió a Becky.

–Gracias a Dios que estás aquí para sustituirme.

–No te preocupes. Te veré cuando hayas terminado con Marc.

Becky se quedó en la recepción buscando unas fichas que no había logrado encontrar antes. Marc la llamó y Becky fue a la enfermería.

–Va todo bien, excepto que no soy capaz de probar bocado, pero Marc dice que dentro de un par de semanas pasará lo peor. Estoy deseando que llegue ese momento.

–Voy a mantener la enfermería muy ocupada, para que no tengas prisa en volver.

–Marc me ha dicho que vas a abrir una consulta para diabéticos mañana. Es estupendo.

–¿Tienes alguna sugerencia que te gustaría que apareciera en los proyectos para el nuevo consultorio? Mañana tenemos una reunión.

–Nada específico, pero le he dado a Marc una lista. Si se me ocurre algo más os lo diré. ¡Ay! –se cubrió la boca con la mano y corrió hacia el retrete.

Marc la observó y sacudió la cabeza.

–Pobrecilla. Está así todo el día, pero no quiere tomar pastillas.

Becky empapó una toalla limpia en agua fresca.

–Lo entiendo, después de todo lo que han pasado. Voy a ver si está bien.

Cuando salió con Jan momentos después, Marc estaba sentado en su mesa. Jan se despidió de él agitando la mano rápidamente y Becky sintió que la seguía con la mirada mientras acompañaba a su amiga al coche.

Cuando volvió para empezar la consulta con él, la invitó a sentarse.

–Posees una sensibilidad extrema hacia las necesidades de todos y cada uno de tus pacientes, independientemente de la edad que tengan.

La miraba con tanta intensidad que Becky se sintió desconcertada e intentó apartar la mirada de él.

–Soy una enfermera. Me han preparado para sentirme así.

Marc se puso de pie y fue hacia donde estaba ella sentada.

–He trabajado con muchas enfermeras, Becky, pero ninguna

como tú.

Aunque le complacía que volviera a estar de buen humor y sabía que podría quedarse escuchándolo toda la tarde, había madres esperando a que las vieran.

–Es que soy única –bromeó–. Pero no creo que debamos tener a las embarazadas esperando ni un momento más.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, le oyó decir:

–Ya estás con lo mismo, siempre poniendo por delante a los demás.

Cuando invitó a pasar a la primera embarazada, fue con las mejillas sonrosadas; sin embargo se sintió aliviada al ver que él también parecía turbado.

Y algo que no los ayudaba a ninguno de los dos era la naturaleza de la consulta. El embarazo podría ser una función biológica natural, pero estaba rodeada de un aura mística cuya influencia podía ser muy amplia.

Más de una vez esa tarde pilló a Marc con expresión pensativa mientras escuchaba el latido del corazón de un feto, o al sentir un movimiento bajo la mano. Y entonces, cuando se daba cuenta de que Becky lo miraba, se centraba en tareas más prácticas.

Cuando terminaron a media tarde, le dio las gracias y dijo:

–Me voy a ver a los Dent. Ya te contaré cómo me ha ido.

–Espera. Te dejas el bolígrafo.

Becky se lo tendió y al ir a agarrarlo Marc le rozó brevemente los dedos. Becky se sorprendió al sentir un escalofrío recorriéndole el brazo.

Alzó la vista y vio que Marc la miraba fijamente, como si no pudiera dar crédito a lo que él también había experimentado. Becky se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración y se volvió bruscamente hacia el carro que tenía detrás para tomar aire. Cuando se dio la vuelta, él ya se había marchado.

Marc se dirigió hacia su coche sin poder creer que un leve roce pudiera haberle afectado tanto. Después de decidir tomarse las cosas con calma, no había esperado que su cuerpo lo sorprendiera reaccionando ante ella con un deseo que no había vuelto a experimentar desde la muerte de Julie. Se había sentido como un adolescente y la reacción de Becky le decía que ella lo había notado también.

¿Qué iba a pensar de él? ¿Un adulto, un profesional, comportándose como un torpe colegial? Solo pudo achacarlo a la emoción que se respiraba en la consulta para embarazadas. Gracias a Dios que no tenía que volver al consultorio hasta el día siguiente.

Tal vez entonces habría logrado de algún modo controlar sus emociones.

Becky había pensado en trabajar esa tarde, trazando planes para su consulta para diabéticos del día siguiente, pero llegadas las cinco estaba tan emocionalmente exhausta que su mente se negaba a cooperar.

Fue a buscar los libros que pensaba podría necesitar y después de asegurarse de que Irene no precisaría de ellos para la consulta, se marchó a su casa.

No lograba entender qué le pasaba. Siempre disfrutaba de su trabajo con las futuras mamás, pero esa tarde había sentido algo especial. ¿Acaso la consulta le había dado ganas de tener a ella un hijo?

Hasta ese momento no lo había pensado. Había estado tan empeñada en evitar cometer el mismo error que su madre que no se había dado cuenta de lo que su propio cuerpo parecía en ese momento pedirle a gritos. De repente, no estaba ya tan segura de querer pasar el resto de su vida sola, o de que deseara perderse el milagro del nacimiento de un hijo.

¿Por eso habría reaccionado de ese modo con Marc? Desde luego él no le había dado motivo para pensar que era algo más que un colega. Si no quería hacer el ridículo totalmente, debía controlar sus sentimientos antes de volver a verlo.

Y eso no ocurrió hasta después de terminar de pasar la consulta de la mañana del miércoles.

–¿Todo listo para la consulta de esta tarde? –le preguntó cuando se juntaron en el office.

–Eso creo, sobre todo porque Roy es el único que va a venir.

–No, en absoluto –dijo Patsy que acababa de entrar–. He añadido un par de pacientes más esta mañana; uno que depende de la insulina, y otro que no.

–Estupendo. ¿Tienes sus historiales?

–Están en mi escritorio. Ambos fueron diagnosticados el mes pasado.

–¿Es alguno paciente mío? –preguntó Marc.

–No. Los dos son de Steve.

–Ah, entonces estupendo. Si fueran pacientes míos podrían pensar que te estoy vigilando, así que supongo que no te importará si me paso por tu consulta esta tarde, Becky. A lo mejor aprendo un par de cosas.

Ella sonrió maliciosamente.

–A lo mejor aprendes mucho… de los pacientes y de sus cónyuges. Mi experiencia me dice que vivir con un diabético no es tan fácil como los médicos parecen creer.

Marc sonrió y miró a Patsy.

–Eso va por nosotros dos.

–Habla por ti mismo. Mi manual me dice que el mejor tutor siempre es el paciente. Creo que estoy de acuerdo con Becky –dijo, echándose a reír.

En ese momento Rose y los otros médicos fueron hacia ellos para empezar la reunión sobre las ampliaciones de servicios en el centro de salud.

Todos los presentes aportaron muchas ideas y la discusión fue apasionada y edificante. Becky salió con un montón de notas que repasar más tarde.

Su primera consulta para diabéticos fue sobre ruedas. Después de aconsejar a los tres pacientes individualmente, les habló a todos sobre la dieta. En seguida notó que a Roy Peck le estaba haciendo abrir los ojos.

Cuando por fin se marchó, Becky supo que a partir de ese momento haría mucho más esfuerzo por seguir la dieta sugerida, y eso fue lo que le contó a Marc, que había estado observándolo todo desde un rincón de la habitación.

–Lo sé. Por la cara que ponía he visto que ha tomado varias decisiones serias durante tu charla. Buen trabajo, enfermera Groom –la felicitó, poniéndole la mano en el hombro–. Me pregunto si te interesaría venir conmigo a una reunión que celebra una compañía farmacéutica mañana por la noche. La charla va a tratar sobre diferentes tipos de insulina disponibles ahora en el mercado y después darán un buffet.

Otra invitación, pero de nuevo con otra razón plausible. Se apartó de él y le sonrió.

–Me parece interesante. Gracias por decírmelo; me encantaría ir.

–¿Te parece que te recoja sobre las siete? Mañana estaré todo el día reunido en la oficina del jefe de sección, así que un suplente va a pasar mi consulta matutina.

–Estaré lista a las siete.

Y casi lo estuvo. Como de costumbre, su consulta se prolongó un poco más de la hora habitual y le pilló bastante tráfico de camino a casa. Se duchó tan rápidamente que cuando él llegó todavía tenía la piel húmeda bajo el traje de algodón glaseado color azul.

–Hola. Ay, tienes un aspecto elegante y provocativo para un

hombre que se ha pasado todo el día escuchando charlas aburridas.

Examinó la masculina elegancia de su cuerpo, vestido con unos pantalones de sport y una cazadora de cuero.

–¿Te apetece tomar algo que te refresque un poco?

–Me encantaría, pero la fiesta ha empezado hace cinco minutos. Será mejor que nos pongamos en camino.

–¿Has visto hoy a los Dent? –le preguntó Becky durante el camino.

–Tengo la intención de contarte todo lo que ha pasado con Carol y Simon, pero no esta noche… Mejor cuando tengamos más tiempo libre.

Sorprendida, se volvió a mirarlo pero no vio nada en su expresión que delatara lo que estaba pensando. Recordó cómo se había echado la culpa por la sobredosis de Carol y decidió que aún no estaba listo para hablar de ello.

Al llegar al hotel, fueron recibidos en el vestíbulo con una copa de vino y conducidos a un salón donde la charla acababa de comenzar.

Al término de la charla, se volvió hacia Marc con una sonrisa.

–Ha estado muy bien; me alegro de que me invitaras a venir.

–Ya sabía que te gustaría. Yo ya había presenciado esta misma charla.

Sorprendida, se preguntó por qué se habría molestado en ir a un coloquio que ya había presenciado. ¿Estaría utilizando la reunión como excusa para disfrutar de su compañía sin comprometerse?

Buscó las palabras que le indujeran a darle una pista, pero él ya se había dado la vuelta y estaba saludando a uno de los representantes de la compañía.

–Phil dice que lo sigamos antes de que desaparezca toda la comida –le dijo.

Cuando habían llenado sus platos y se había acomodado en un rincón del salón, Becky no pudo evitar preguntarle lo que tenía en mente.

–Has sido muy amable al soportar toda esa charla de nuevo solo por mí.

Él se echó a reír.

–¿Crees que lo he hecho por eso? He venido por la comida; ya sabía que iba a ser buena.

Sabía por su tono de voz que lo decía en broma, pero también sintió que había un trasfondo de verdad en sus palabras. Parecía temer que ella creyera que había asistido a la charla otra vez por ella, y solo podía ocurrírsele que era porque Marc sentía que estaría

traicionando a Julie si se permitía buscar de nuevo la felicidad.

Mientras se despedían de los patrocinadores de la reunión, Becky tenía la cabeza en otro sitio. Se preguntaba si sería buena idea invitarlo a tomar algo cuando llegaran a su apartamento, o si sería mejor evitar tal cosa.

Pero seguidamente ocurrió algo que decidió por ella. Cuando iban cruzando el vestíbulo del hotel sonó el busca de Marc.

–No estás de guardia, ¿verdad? –le preguntó frunciendo el ceño.

Él sacudió la cabeza y Becky vio que ponía cara de preocupación.

–Es el número de los Dent. Le di mi número a Carol para que me llamara solamente en caso de emergencia. Viven a solo unas manzanas de aquí –se volvió hacia el representante de la empresa farmacéutica que les había recibido a la entrada.

–Greg, tú vives en Begstone, ¿verdad? ¿Podrías llevar a Becky a casa por mí?

–No me importa acompañarte –se ofreció Becky, pero él sacudió la cabeza.

–Es mejor que vaya yo solo. Supongo que lo entenderás.

Lo entendía y no lo entendía, pero no pudo hacer nada. Marc salió del hotel a toda pastilla.

Entonces, Becky se encogió de hombros y sonrió a Greg.

–Parece que te han cargado conmigo.

–No hay problema mientras que mi esposa no se entere de que he llevado a una pelirroja a casa –le tomó del brazo–. No te preocupes, lo decía en broma. ¿En qué calle vives?

A los diez minutos el representante detuvo el coche delante de su bloque.

–Gracias por traerme a casa, y por la charla. Ha sido divertida e informativa –dijo en tono cortés.

Becky estuvo hasta bien tarde pensando en cuál podría haber sido el problema de los Dent y cómo Marc se estaría enfrentando a ello.

Al día siguiente Marc llegó tarde a su consulta y, para desgracia suya, no se cruzó con él en toda la mañana. Incluso llegó a pensar que quizá estuviera evitándola.

Antes de ir a almorzar, se dirigió al mostrador de recepción.

–¿Tanya, está Marc libre?

–No está en el centro –dijo, sorprendida de que Becky no lo supiera.

–¿No ha estado en todo el día?

–Oh, sí. Atendió a todos sus pacientes antes de salir pitando

hacia la oficina del periódico local.

–¿Cuál, la Gazette?

–Supongo. Está que echa humo con ellos.

–¿Por qué?

–¿No lo has visto? Han publicado un artículo con nuestros planes para la vieja casa.

–¡No me digas! No me extraña que esté enfadado.

Tras almorzar a toda prisa volvió a su consulta, vigilando todo el tiempo la entrada a ver si veía a Marc. Sin embargo, no volvió hasta que Becky estaba a punto de marcharse para el fin de semana.

–¿Vienes ahora del periódico? –le preguntó nada más entrar él.

–Pues claro que no –Marc puso mala cara–. Llevo toda la tarde haciendo visitas a domicilio.

–¿Te has enterado de cómo ha llegado la información a la Gazette?

–Se han negado a divulgar la fuente –dijo en tono sombrío.

–¿Esto… nos va a causar problemas?

–Solo el tiempo lo dirá –estaba claramente disgustado y Becky pensó que lo más prudente sería cambiar de tema.

–¿Qué tal con los Dent ayer por la noche? –le preguntó mientras lo seguía a su despacho.

–Bien.

–¿Quieres decir que no fue una emergencia?

–Lo fue, pero la resolví.

–¿Y entonces… ?

–Tengo pacientes esperando para que los vea aunque tú hayas terminado ya por hoy.

Horrorizada ante su actitud, se quedó paralizada unos segundos.

–¿Qué estás insinuando? Esta es mi hora oficial de salida.

–Simplemente ha sido una afirmación; no te estaba acusando de marcharte antes de tu hora.

Antes de que pudiera pensar en una contestación apropiada, Marc se metió en su despacho y cerró la puerta.

Becky se quedó mirando la puerta cerrada con incredulidad. No había conocido a nadie que pudiera estallar y al momento comportarse con tanta frialdad.

Había tenido la intención de decirle que no se preocupara por lo del periódico, puesto que no era muy probable que los residentes de la calle Ashford se opusieran al proyecto para Paddocks, pero desde luego no pensaba decirle nada mientras estuviera de ese humor.

Mientras salía muy enfadada del centro de salud, se rio para sus adentros al preguntarse si los viernes tendrían algo que le pusiera

de mal humor. ¡De ser así, mejor sería evitarlo al viernes siguiente!

Se pasó la mayor parte del sábado y el domingo en casa, haciendo la multitud de tareas que se le habían acumulado durante la semana, medio esperando que Marc la llamara y se disculpara por ser tan brusco con ella sin razón. Pero su madre fue la única persona que la telefoneó.

Cuando llegó al centro el lunes por la mañana se encontró a Jan en la enfermería. Estaba pálida y Becky se preocupó por ella.

–Me siento mucho mejor y dispuesta a hacer frente a la lista de la mañana. Y me alegro, porque Marc quiere que una de nosotras le acompañe a él y al arquitecto en la visita que van a hacer a Paddocks.

–¿Para qué?

–Para vigilar las ideas para las enfermerías; para asegurarnos de que no comenten ningún error mayúsculo antes de finalizar los planos.

–Tú eres la jefe; tú deberías tomar la decisión final.

–Por favor, Becky. No puedo soportar montar en coche. Prefiero quedarme aquí tranquilamente. Además, como tú conoces la casa, tú serás de mucha más ayuda que yo. Y habiendo trabajado para el ministerio, debes conocer muchos más consultorios que yo. Estoy segura de que tú estás llena de ideas, incluyendo las más modernas; yo en cambio estoy anquilosada aquí.

–Está bien –protestó en tono afable–. Deja ya de hacerme la pelota. Iré. ¿Ha dicho Marc a qué hora vamos a salir?

–Vendrá a buscarte.

Becky estuvo muy atareada toda la mañana. Marc llegó casi a las once y media.

–Estamos listos para marchar, así que Jan se queda encargada de la consulta –habló bruscamente, se dio la vuelta del mismo modo y se dirigió hacia su coche.

Geoff, el arquitecto, rompió el incómodo silencio durante el trayecto.

–He oído que antes pasabas en Paddocks largas temporadas.

–Sí, mi tío abuelo y su esposa llevaban la granja. Mi madre y yo vivimos con ellos durante un tiempo y yo pasaba la mayor parte de mis vacaciones allí.

–Vamos a tener que hacer mucho trabajo. Lleva muchos años abandonada. Marc nos dice que el comedor debe ser conservado más o menos como está, a no ser que resultara imposible. He oído que usted siente predilección por esa habitación.

La sonrisa de Geoff le hizo ruborizarse y Becky se imaginó lo

que Marc le debía de haber dicho. Agradeció que Geoff se volviera a mirar hacia la carretera y empezara a charlar con Marc.

Becky se arrellanó en el asiento trasero y se puso a pensar en lo que Geoff acababa de decirle. Le costaba creer que Marc hubiera recordado lo que ella había dicho del comedor, y mucho menos que se lo hubiera mencionado al arquitecto.

Decidió que Marc le parecía una persona muy extraña.

–Ya hemos llegado –dijo Geoff mientras salía del coche a abrir la verja de la propiedad, y Becky salió de su ensimismamiento.

–¿Ha marcado las habitaciones donde quiere que estén las enfermerías? –le preguntó Becky cuando él volvió al coche.

–No exactamente. Pensamos que sería mejor ubicarlas en la ampliación. Así podremos saber exactamente lo que desean. ¿Qué le parece la idea?

Marc aparcó el coche y se dirigió a la puerta de la casa.

–Me parece una buena idea, pero creo que depende de dónde quiera hacer la ampliación y si estaremos en contacto directo con la zona de recepción –Becky vaciló mientras pensaba en otros inconvenientes que pudieran surgir.

Cuando Geoff desenrolló los planos para enseñárselos, Becky se sorprendió al ver que la mayoría de las sugerencias que le había hecho a Marc durante la segunda semana de trabajo habían sido incorporadas. El comedor sería una elegante zona para recepción y sala de espera, dejando así intactas la chimenea y las demás características de la habitación.

–Marc y yo vamos a subir al ático para comprobar un par de cosas –dijo Geoff–. No tardaremos mucho puesto que tengo otra cita a las doce y media. Si llega Bob a buscarme, dígale dónde estoy. No le recomiendo que suba… Las escaleras están muy sucias.

Becky asintió y entró en el viejo trastero. Fue hasta la ventana y contempló el prado; entonces recordó las veces en las que Tim, el viejo perro, le había rogado que le lanzara la pelota una y otra vez.

El ruido de unas pisadas la sacó de su ensimismamiento. Miró el reloj y vio que eran casi las doce y media, con lo cual adivinó que sería ese tal Bob a recoger a Geoff. Pero al volverse vio que era Marc el que iba hacia ella.

Al ver la intensidad de su mirada retrocedió un poco, y al momento se topó con la pared. Un par de ojos oscuros la miraron con pasión.

Capítulo 7

MARC apoyó una mano en la pared a cada lado de Becky y murmuró:

–Qué momento más conveniente. No tienes pacientes que te estén esperando, ni yo tampoco. Además, aquí nadie nos podrá interrumpir.

Empeñada en no dejarse intimidar, lo miró muy enojada.

–¿Te pasa algo?

–Quiero saber por qué le has contado a todo el mundo nuestros planes para esta casa.

Becky no podía dar crédito a lo que Marc estaba haciendo. Luchó por tranquilizarse y por encontrar las palabras adecuadas para responderle.

–No vas a marcharte hasta que no me lo digas, así que más vale que te des prisa, Becky –cuando ella permaneció en silencio, él le dijo–. Solo quiero saber a qué estás jugando.

Becky intentó apartarse de él, pero Marc se lo impidió.

–No seas tonto Marc. ¿Qué va a pensar Geoff si entra? Bajará dentro de un momento para esperar a Bob. Dentro de un rato tienen otra cita.

–Ya se han marchado. ¿Es que no has oído el coche de Bob? –hizo una pausa–. ¿Y bien? Estoy esperando.

Consciente de que había estado tan perdida en sus propios pensamientos que no había oído llegar a nadie, Becky se estremeció.

Marc vio la angustia reflejada en sus ojos y sintió un molesto remordimiento que lo empujaba a abrazarla y a hacerle al amor hasta ver desaparecer esa angustia de su mirada.

–Sea lo que sea lo que hayas hecho, no tengo intención de hacerte daño, Becky –le dijo en tono suave–. Pero necesito saber la verdad. Rose me dijo que te vio entrar en una casa que está frente a Paddocks el sábado pasado.

–Sí. Yo… –Becky iba a contarle la visita de la semana pasada, pero él la interrumpió.

–Pedí a todos que mantuviéramos esto en secreto de momento.

–Lo sé.

–¿Entonces por qué has ido contándoselo a todos los residentes?

No me parece una señal de lealtad por tu parte.

–¿Se me va a dar una oportunidad para explicarme, o bien se me va a juzgar culpable de nuevo?

Cuando terminó de hablar, Marc se dio cuenta por primera vez desde que había visto el artículo en el periódico que quizá hubiera sido injusto con ella. Entonces se entregó a su deseo inicial y la abrazó con fuerza al tiempo que la besaba.

Becky, a quien pilló totalmente desprevenida, no se resistió inmediatamente. Pero enseguida sintió una oleada de rabia y se puso tensa, pensando que él intentaba humillarla. Y encima en Paddocks.

A pesar de su empeño por apartarse de él, la proximidad de aquel hombre a cuyos encantos se había intentado resistir, combinada con la mareante dulzura de su colonia, la afectó como una copa de champán francés. Becky estaba segura de que si la soltaba en ese momento, le fallarían las piernas. Al sentir la suavidad de sus besos, Becky se relajó un poco.

Marc la besó más apasionadamente, pero cuando sus besos se volvieron más sensuales, Becky se puso tensa de nuevo en un desesperando intento por no responderle. Al momento se apartó de ella y la miró a los ojos.

–¿Bueno, me vas a decir ahora lo que vas a hacer mañana sábado, o nos vamos a quedar aquí todo el día? Se me ocurren muchas maneras de pasar el tiempo.

Furiosa por la traicionera respuesta de su propio cuerpo, Becky apartó los ojos de aquella mirada intensa. Estaba intentando escapar de aquella proximidad tan turbadora, ya que solo así conseguiría defenderse de sus acusaciones de manera razonable.

Cuando él la soltó un poco, ella aprovechó para empujarlo.

–Pensé que hace un momento habías respondido a mis besos. ¿A qué juegas, Becky?

–¿Jugar? ¿Llamas a esto juego? –lo miró con rabia–. Yo desde luego no. Para que lo sepas, fui a visitar a unas amigas de mi madre y las tanteé sobre la posibilidad de utilizar esta casa para algo útil. Pero fueron ellas las que sugirieron que sería una buena idea convertir el edificio en un centro de salud.

Marc abrió la boca, pero ella alzó la mano para interrumpirlo.

–Pero no se referían al centro de salud de Sandley. En realidad esperaban que un nuevo doctor pudiera fijarse en sus posibilidades, y no las culpo si en realidad te comportas de manera tan imprevisible con tus pacientes como lo haces conmigo.

–Becky, yo…

Pero ella no le dejó terminar.

–Les hablé de oficinas, de colegios y de otras organizaciones que podrían utilizar la casa y ella rechazaron mis sugerencias. Pero la idea de tener un consultorio a la puerta de casa en lugar de un montón de casitas les pareció atractiva.

Les seguí la corriente, pero desde luego no les dije ni una palabra sobre tus planes. Si alguien se lo ha dicho a la Gazette, será mejor que busques a esa persona en otro sitio.

–¿Y por qué no me dijiste lo que te habían dicho? Sabías que me preocupaba la reacción de los residentes; incluso te pedí que me ayudaras con ese asunto. Has tenido una semana entera para contármelo, por amor de Dios. No te extrañe que creyera a Rose.

–Quizá no lo hice porque adiviné que no creerías que no les había contado nada sobre tus planes –le dijo en voz baja–. Ahora, me gustaría volver al trabajo, Marc.

Salió de la casa sin mirarlo. Él la siguió y cerró la puerta con llave, después le abrió la puerta del coche en silencio.

Durante el corto trayecto ninguno de los dos abrió la boca. La dejó en la puerta del centro y se marchó a seguir con sus visitas a domicilio.

Tras terminar de comer, Jan volvió a la enfermería. La miró y sonrió.

–¿Bueno, qué te parece?

–Los planos me han impresionado mucho –Becky contestó evasivamente.

–¿Y entonces?

–Pues nada. Si todo sale como lo han diseñado, será un estupendo lugar para trabajar.

Jan suspiró.

–Qué pena que vaya a estar de baja por maternidad.

–Me parece mucho mejor que tener que hacer toda la mudanza. ¡Imagínate!

Debió hablar con un ligero trasfondo de añoranza, porque Jan lo pilló al vuelo.

–Necesitas buscarte un marido antes de que te entre un instinto maternal demasiado fuerte.

–¿Instinto maternal? ¿Yo? ¡Jamás! –Becky se echó a reír–. Bueno, no lo creo. Solo ha sido culpa tuya y de la consulta para embarazadas del martes que me hizo sentir algo especial. La verdad es que no me he sentido así antes.

–Tal vez es la primera vez que conoces a alguien que te gustaría que fuera el padre de tus hijos –le dijo con mirada pícara.

–¿Qué sabes tú que yo no sepa?

–Vamos, Becky. Todo el mundo aquí sabe lo que Marc y tú sentís el uno por el otro desde que empezaste a trabajar en el centro.

–Pues yo desde luego no sé nada –Becky respondió acaloradamente.

Su vehemencia no pareció convencer a Jan, pero para alivio de Becky cambió de tema.

Eran pasadas las tres cuando Marc volvió al consultorio. Becky, que estaba buscando unas notas para la consulta de diabéticos del miércoles, vio la cara de alivio que se le puso a Marc cuando la vio. ¿Habría pensado que se habría marchado ya y le habría dicho a todos por qué?

Un suave aroma a colonia le inundó los sentidos y la trasportó de nuevo a la habitación vacía de la vieja casa. Becky se volvió para que Marc no viera su turbación.

–¿Tienes un momento, Becky? –le preguntó en voz baja.

–Acabaré con esto en unos diez minutos –le dijo concisamente y sin volverse a mirarlo.

Rose salió de su despacho y los miró a los dos sin decir nada. En ese momento Marc se dio la vuelta y se marchó.

–No parece muy contento contigo, ¿eh?

Becky sabía que no pararía hasta que le diera una explicación.

–No nos ponemos de acuerdo en el tema de los planos de la casa –dijo.

–Ah, entiendo.

Rose volvió a su oficina, sin duda contenta de que el desacuerdo por la casa hubiera podido alienarlos donde ella había fallado.

Aunque estaba sorprendida por lo mentirosa que se estaba volviendo, Becky supo que lo había hecho por el bien de todos.

Quizá fuera más agradable trabajar con Rose si esta pensaba que cualquier relación que pudiera haber surgido entre ellos formaba ya parte del pasado.

Becky, por su parte, deseó que las cosas fueran así de simples. Marc no se había equivocado al decir que ella había respondido a su beso. Le había costado Dios y ayuda no responderle con la avidez que hubiera deseado. Marc la atraía como nadie lo había hecho jamás, y solo se había controlado porque no estaba segura de si él deseaba comprometerse o no de nuevo.

Becky estaba mareada de darle tantas vueltas a la cabeza. Intentó no pensar en nada, pero le resultaba imposible concentrarse en lo que tenía entre manos, sobre todo porque no había comido nada desde el desayuno.

Mientras se preparaba algo de comer, entró Jan en el office y Becky le contó lo que había visto en los planos que le había enseñado el arquitecto.

Cuando estaban terminando de hablar, apareció Marc en busca de ella.

–Aquí estás –soltó enfadado.

–Necesitaba comer algo; hoy no he almorzado.

Al ver la expresión de culpabilidad en el rostro de Marc, Becky tuvo que ahogar una sonrisa.

Él se encogió de hombros y las dejó sin decir más.

Como habían terminado de comer miró a Jan y arqueó una ceja con expresión divertida; después siguió a Marc a su despacho. Él esperó a que entrara y cerró la puerta.

–Siéntate, Becky. Siento que por culpa mía no hayas almorzado. Bueno, quiero hablarte de Carol Dent, pero antes me gustaría aclarar un asunto personal.

Becky pensó que nunca lo había visto hablar de manera tan fría e impersonal.

–Me gustaría disculparme por cómo me comporté en Paddocks. Es imperdonable que me aprovechara de ti de ese modo.

Becky estaba a punto de responderle que lo mejor era olvidarlo, cuando él continuó diciendo:

–La verdad es que debo dejar de escuchar los cuentos de Rose acerca de ti.

–Parece que de verdad me tiene manía.

–Siento mucho haber dudado de ti, Becky. Como ella me dijo eso cuando vi el artículo del periódico, y después ellos se negaron a revelarme la fuente, ¿qué podía pensar?

–Podrías habérmelo preguntado…

–Pero tú no me habías contado nada de esa visita –hizo una pausa–. Simplemente me enfureció que tú en especial me hicieras eso, sobre todo porque insistí en que la información no saliera de aquí.

–Lo entiendo Marc. Te lo habría dicho, pero no surgió el momento oportuno. ¿Pero dime, qué pasa con los Dent?

Marc abrió el historial.

–Bueno, eso es otra cosa de la que debo disculparme. Pensé que si no podía confiarte la información sobre la casa, desde luego no estaba preparado para hablarte de mis charlas con Carol Dent.

Furiosa, Becky se puso de pie.

–¿Quieres decir que dudabas de mi discreción? –se sentó de nuevo y se agarró la cabeza entre las manos.

Una cosa era cuestionar su integridad acerca de la casa, pero no confiar en su discreción profesional… Eso era algo bien distinto.

Él debió de presentir su desesperación, porque cruzó el espacio que los separaba de un paso y la abrazó.

–Becky, eres la última persona de la que debería dudar. No sé por qué…

–Si no confiamos el uno en el otro –lo interrumpió ella–, creo que será mejor que dimita inmediatamente.

Marc profirió una exclamación angustiada.

–Eso es lo último que debes hacer. Te necesito y los pacientes también, especialmente Carol y Simon…

Se sentó en la mesa delante de ella y corrió la silla de Becky un poco.

–Marc, ahora estás diciendo tonterías. Yo ni siquiera conozco a Simon.

–Por favor, Becky, escúchame. Probablemente te preguntarías por qué no quise que vinieras conmigo el jueves a casa de los Dent, cuando Carol me llamó al busca.

Ella se encogió de hombros.

–Carol estaba muy avergonzada de lo que había hecho y…

No pudo seguir porque la puerta se abrió de golpe y Rose gritó con expresión turbada:

–Ven corriendo, Marc. Es Jan. Se ha…

Becky no esperó más. No iba a permitir que la pobre chica perdiera al hijo que tanto deseaba.

Cuando llegó a la enfermería con Marc a la zaga, vio a Jan sentada en una silla con un hilo de sangre corriéndole por la sien.

Les sonrió a los dos.

–No os asustéis. Estoy bien.

–Voy a por unas gasas.

Becky volvió al momento y abrió un paquete para Marc, que estaba intentando examinarle el corte.

–No es demasiado serio. ¿Qué demonios te ha pasado, Jan?

–Me subí a la banqueta para buscar unas vendas elásticas en la estantería de arriba y no sé cómo me resbalé.

–¿Te desmayaste? –le preguntó Marc mientras le miraba las pupilas.

–No lo creo –dijo Jan, aunque parecía que no lo recordaba demasiado bien.

–Será mejor que te tumbes en la camilla y te examine mejor –cuando acabó de examinarla, Marc sonrió–. Aparte del corte, no te has hecho nada más. No eres la primera embarazada que se

desmaya y no serás la última, pero te sugiero que a partir de ahora no vayas tan deprisa y que, desde luego, dejes de subirte a los sitios.

Mientras Jan se levantaba, Marc añadió:

–Creo que deberías tomarte unos días más de descanso, y no pienso que te convenga conducir esta noche. Sé que los bebés están bien protegidos, pero no querrás darle a tu pequeño demasiados sustos, ¿verdad?

Jan frunció el ceño.

–No puedo dejar el coche en el aparcamiento.

Marc miró pensativo a Becky.

–¿Te importaría llevarla a casa en su coche y asegurarte de que llega bien?

Becky adivinó inmediatamente lo que ocurriría.

–No me importa, Marc, pero…

–Sé lo que vas a decir. En cuanto termine con la consulta iré a recogerte y te traeré para que te lleves tu coche. Bueno, a no ser que tengas que estar pronto en casa.

Ella sacudió la cabeza.

–Está bien –dijo, consciente de que en aquellas circunstancias no podía sino olvidar sus reticencias personales.

Mientras ayudaba a Jan a sentarse en el coche, pensó en lo que había pasado ese día y en si sería buena idea invitar a Marc a tomar un café. Pero enseguida rechazó la idea. Cuanto antes viera a Marc como nada más que el jefe del centro, mejor que mejor. Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que ya era demasiado tarde.

–¿Estás cómoda? –le preguntó a Jan mientras ponía el coche en marcha.

–Me mimáis tanto que me estoy aprovechando. De momento es una novedad, pero no sé si podré soportar nueve meses así.

Becky se echó a reír.

–No te preocupes por eso. ¡Te prometo que no durará para siempre!

Jan estaba cómodamente sentada en un sillón cuando llegó su marido de trabajar. Al principio se asustó mucho al oír lo que había pasado, pero se calmó cuando Becky le aseguró que el bebé estaba bien.

Le dijo a Jan que no se moviera y que él se encargaría de todo.

–¿Te quedarás a cenar, Becky?

–No, gracias. El doctor Johnson vendrá a buscarme en cuanto termine la consulta, pero tú ve a hacer lo que tengas que hacer y no te preocupes por mí.

Mientras charlaban, Mike volvía de vez en cuando a ver cómo

estaba Jan, y el evidente cariño que se profesaban el uno al otro afectó a Becky del mismo modo que la consulta para embarazadas del martes. Sintió un enorme vacío en su interior, una reacción que no recordaba haber experimentado antes de empezar a trabajar en Sandley.

Cuando Marc llamó al timbre, Becky se sintió aliviada. Pronto podría escapar de la amorosa unión de la pareja.

–Bueno, como te has saltado el almuerzo por mi culpa y no te he dado tiempo para preparar la cena, voy a invitarte a cenar –le dijo Marc mientras iban hacia su coche.

Becky se quedó sorprendida.

–No tienes por qué hacerlo –dijo con timidez.

Antes de poner el coche en marcha se volvió a mirarla con seriedad.

–Pero deseo hacerlo. ¿Es que no te das cuenta?

De nuevo el sentimiento de vacío le atenazó el estómago mientras su mirada le transmitía un calor gratamente familiar. ¿Lo diría en serio, o más bien para excusar su comportamiento en Paddocks?

–Me encantaría comer algo –le contestó, empeñada en responder con naturalidad y desenfado–. Tengo el estómago totalmente vacío.

Vio la decepción en su rostro por no haber respondido a su pregunta, pero puso el coche en marcha y le dijo:

–Pensé en ir al Granero Embrujado.

Becky estaba horrorizada; no conocía demasiados sitios por allí, pero el Granero tenía muy buena fama.

–No puedo ir vestida así –se miró los vaqueros y el jersey que se había puesto antes de salir del centro.

–Es lunes. El Granero tiene una noche en la que se puede ir con vaqueros. ¿No lo sabías?

–No. Nunca he estado allí. Pero aun así supongo que la gente irá algo elegante.

De nuevo la miró con ardor y persuasión.

–Yo creo que estás bien.

Becky no pudo seguir discutiendo porque en ese momento entraban en al aparcamiento del Granero.

Marc se quitó la cazadora y se puso un suéter que había en el asiento trasero.

–¿Vale así?

Asintió y lo siguió al restaurante medio vacío. Un camarero les condujeron a una apartada mesa para dos con vistas al enorme jardín.

Becky se relajó, dispuesta a disfrutar de la comida.

Marc debió de sentir que se libraba de su tensión porque le sonrió.

–Eso está mejor –dijo.

La comida estaba tan buena como Becky había esperado de un sitio con la fama del Granero. Tomaron tres platos, queso y café para terminar. Marc se inclinó hacia delante y le tomó las manos.

–¿Qué tal el estómago ahora? ¿Sigue encogido?

¿Pero por qué habría dicho eso? ¿Acaso había adivinado el efecto que tenía sobre ella?

–¡Creo que posiblemente aguante hasta la mañana!

Marc aceptó su broma con una sonrisa irónica.

–Menos mal. No me gustaría que desapareciera esa bonita cintura tuya.

–No creo que haya mucho peligro de que ocurra eso –le respondió–. Soy consciente de que a ti no te gustaría.

–¿Por qué dices eso?

Ella se encogió de hombros.

–En la entrevista me dejaste bien claro que esperas que tus pacientes sigan una dieta sana y equilibrada. Y también tus empleados.

–¿De verdad?

Marc parecía dolido y Becky se preguntó si habría reaccionado exageradamente a sus comentarios durante la entrevista, y de ser así, por qué. ¿Habría sido porque había sentido ya una atracción entre ellos y, como gastaba la talla cuarenta y dos, se lo había tomado como algo personal?

De ser así, sería una grosería juzgarlo mal después de la cena de la que acababan de disfrutar.

–Quizá ese día estuviera más tensa y sensible de lo normal.

–Así que yo no soy el único que saca conclusiones precipitadas –se burló mientras volvía a agarrarle las manos y la miraba a los ojos fijamente.

–Eso parece –contestó con pesar mientras luchaba para mirarlo sin estremecerse.

Solo se separaron cuando el camarero les ofreció más café. Cuando ella dijo que no, Marc pidió la cuenta.

Antes de poner el coche en marcha, Marc se volvió hacia ella.

–Ahora que nadie nos podrá oír ni interrumpir, me gustaría hablarte de Carol y Simon. ¿Te importa?

Becky sacudió la cabeza.

–Cuando vi a Carol después de haber sido dada de alta en el

hospital, estaba histérica y empeñada en que no le contara a nadie lo que había hecho. Se sentía avergonzada después de lo mucho que la habíamos ayudado, y no quería ni pensar que pudiéramos concebir que había dejado a Simon en la estacada.

Becky frunció el ceño.

–Vaya, qué difícil.

–Lo sé. Rose ya lo sabía. El hospital la avisó de ello. Bueno, entonces le expliqué a Carol que nos enviarían el alta al consultorio, pero que todos los empleados del centro éramos profesionales cuya discreción estaba garantizada.

Cuando le dije eso me hizo prometerle que solo yo la visitaría. Dijo que no podía mirar cara a cara a otra persona. Estaba tan nerviosa que no se lo prometí, pero accedí a ello… Al menos en un futuro inmediato. Por eso le di mi número del busca en lugar de decirle que llamara al centro, ya que yo no estaba allí.

–¿Y sirvió de algo?

–Sentí que estábamos avanzando cuando accedió a que Simon estuviera presente mientras discutíamos por qué había hecho algo tan drástico. Aparentemente, asistieron a una de las reuniones del grupo de esclerosis múltiple y Simon entabló conversación con otra persona que estaba como él. Cuando se enteró de todas las cosas que ese hombre estaba haciendo, sobre todo de unas vacaciones que se había tomado, Simon decidió que estaba perdiendo una oportunidad de oro. Así que le dio a Carol un ultimátum. O bien le dejaba hacer lo mismo, o se marcharía él solo a viajar por el mundo.

Simon me dijo que no la amenazó con marcharse, pero como ella estaba tan disgustada no debió de entenderlo bien.

–¿Fue entonces cuando me llamó?

–Probablemente. Me temo que al principio te echaba a ti la culpa de todo, Becky. Algo totalmente irracional, pero como tú le habías sugerido que el director de la asociación los visitara, tenía que encontrar a algún cabeza de turco.

Por eso yo no quise que me acompañaras cuando me avisó el día de la fiesta de la compañía farmacéutica.

–¿Y por eso te negaste a contarme nada al día siguiente?

Él le sonrió avergonzado.

–Bueno, entonces no pensaba que pudiera confiar en ti, ¿no?

Becky sintió un repentino abatimiento. Parecía que después de todo no había tenido demasiado éxito en Sandley.

–Quizá sería mejor para todos si pidiera el traslado a otro centro.

Marc debió de notar su inquietud, porque le agarró las manos.

–Becky, te lo he explicado solamente porque creo que mereces saber la verdad. Desde luego no quiero que te vayas, y ahora que se ha tranquilizado, Carol tampoco lo querría. Te he dicho que se llevan mucho mejor desde que son más sinceros el uno con el otro, y además se van a ir juntos de vacaciones.

–Eso me parece estupendo.

–Y escucha, esta tarde me dijo que debía darte las gracias por todo ello.

Becky sacudió la cabeza y suspiró. Estaba exhausta después de aquel día tan emocional, y le estaba costando trabajo asimilar todo lo que Marc le estaba diciendo.

–Estás cansada –le dijo Marc, que debió de notar su agotamiento–. Te llevaré a tu coche, Becky. Has tenido un día muy duro.

Quería preguntar de quién había sido la culpa, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Solo quería llegar a casa para poder pensar objetivamente en su posición en Sandley, y en Marc.

Al dejarla junto a su coche, inclinó la cabeza y la besó, pero fue un beso muy distinto al de esa tarde.

–Gracias por escucharme y por entenderme, también por hacerme pasar una velada tan agradable. Espero que te divirtieras, a pesar de mi desaprobación en cuanto a tu apetito –le susurró al oído.

–Ha sido estupendo, gracias –se sentó tras el volante–. Te veré mañana.

Marc insistió en que Jan se tomara el resto de la semana libre, y por ello Becky no paró ni un instante; y lo cierto fue que se alegró, porque ya no sabía cómo sintonizar con Marc.

A pesar de resultarle difícil aceptar sus razones para no confiar en ella, no pensaba permitir que sus complejos la apartaran de Sandley. Le gustaba mucho trabajar allí, e incluso Rose parecía más dócil.

Durante la reunión del martes, puso a los demás al corriente de su consulta para diabéticos.

–Hay tantos pacientes y familiares que desean venir mañana que creo que he tratado de abarcar más de lo que puedo.

–No te preocupes –le dijo Patsy–. Yo estaré contigo para ayudarte, y al mismo tiempo podré estar con Irene en la consulta para bebés.

Marc la observaba todo el tiempo pensativo, pero no dijo nada. Antes de que la reunión terminara tuvo que marcharse a atender

una urgencia.

El trabajo parecía mantenerlos separados, y Becky sospechó que era lo que Marc deseaba.

Sin embargo, se sorprendió al ver que fue a buscarla el miércoles por la noche, después de la consulta.

–Hola. ¿Qué tal te ha ido la consulta?

–Bien.

–¿Te las arreglas con Jan fuera?

Becky asintió. ¿Es que ni siquiera la veía capaz de hacer eso?

Al no responderle, él se dirigió a ella con timidez.

–Esto… Me preguntaba si estarías libre el viernes por la noche.

Becky se complació de tener la excusa perfecta.

–Me temo que no. Este fin de semana me voy a Londres a pasarlo con unos amigos.

–Qué pena. Me acaban de regalar dos entradas para ir a ver El sueño de una noche de verano en un teatro al aire libre.

A pesar de lo mucho que le hubiera gustado aceptar, notó con ironía que Marc seguía cauteloso en cuanto a sus invitaciones.

Jan volvió al lunes siguiente.

–¿Estás segura de que ya te encuentras bien?

Jan se echó a reír.

–¿Estás intentando ocupar mi puesto? ¿O quizá mi vuelta estropee tus pequeñas conversaciones con Marc?

Becky se puso colorada.

–Desde luego que no.

–¿Por qué te muestras tan a la defensiva? Ninguno de los dos estáis comprometidos.

Salió a llamar a su primer paciente.

Aunque aquel lunes tuvieron más trabajo del habitual, Becky tuvo tiempo de contarle a Jan la decisión que había tomado durante el fin de semana.

–He decidido que no voy a tirar el dinero en un alquiler más tiempo del necesario. A la hora del almuerzo iré a la agencia inmobiliaria a ver si tiene algo cuyo precio se ajuste a mi presupuesto.

Jan asintió.

–Me alegra tanto que vayas a echar raíces en la zona. Desde que has llegado tú, Marc está saliendo de su reclusión voluntaria. Trabajáis tan bien juntos.

Becky se encogió de hombros.

–Quizá, pero no será nada más que eso hasta que no acepte la muerte de su prometida.

–No creo que la dependencia de su madre hacia él lo ayude, y ahora que se le ha muerto el perro va a ser mucho peor.

Becky se quedó horrorizada.

–¿Sally ha muerto? No tenía ni idea. ¿Cuándo ha sido?

Capítulo 8

CUÁNDO ocurrió? –repitió Becky.

–Esta mañana. Marc estaba terminando de pasar consulta cuando su madre lo llamó y le dijo que el perro había sufrido un colapso, así que se marchó corriendo a llevarlo al veterinario. Aparentemente murió antes de llegar. Llamó para que Pete atendiera a los pacientes que le quedaban porque no quería dejar sola a su madre.

La noticia de Jan le quitó emoción a la visita a la agencia inmobiliaria, y rápidamente se descorazonó al ver los precios de las viviendas.

Estaba a punto de marcharse cuando la chica de la recepción la llamó.

–No debería decirle esto, pero vi un anuncio en el periódico que quizá le interese –dijo y buscó la Gazette del viernes.

Cuando Becky vio el precio pensó que se lo habrían quitado ya.

–Gracias. Los llamaré inmediatamente.

La chica miró con cuidado a su alrededor y al ver que estaban solas le dijo que ella lo haría.

–¿Podría verlo esta noche? –le preguntó Becky mientras la chica hablaba.

–¿Qué le parece a las siete? –le susurró ella–. Son el señor y la señora Snell.

La muchacha le dio el periódico mientras Becky le daba las gracias fervientemente.

–No se lo diga a nadie, por favor –le pidió la chica antes de irse.

Al volver al centro, intentó ver a Marc para decirle cuánto lo sentía, pero Tanya le informó de que no volvería en todo el día. Becky se quedó dudando si llamarlo o no. Decidió esperar hasta que lo viera al día siguiente ya que estaba segura de que Rose se habría puesto en contacto con él.

Aparcó el coche algo apartado de la casa unos minutos antes de las siete de la tarde. Deseaba ver cómo era la zona y el aspecto que tenía el edificio desde fuera.

Por fuera la casa le gustó. Era pequeña, pero con un jardín bastante espacioso, a pesar de que necesitaba algunos arreglos.

Al llamar a la puerta un perro empezó a ladrar frenéticamente.

–¿Es usted la que viene a ver la casa?

El hombre iba vestido de modo desaliñado y llevaba una camisa muy arrugada.

Cuando Becky asintió el hombre añadió:

–Será mejor que pase.

Sobreponiéndose al desagrado que le produjo el aspecto del hombre, Becky lo siguió al interior. El hombre le enseñó la casa, e inmediatamente Becky supo que con unos cuantos arreglos sería precisamente lo que ella andaba buscando.

Las escaleras que partían del minúsculo vestíbulo conducían a los dos únicos dormitorios, pero ella no necesitaba más. Cierto que le hacía falta una buena limpieza, pintura y nueva decoración, pero eso no le importaba. De vuelta a la cocina donde estaban el hombre y la mujer, Becky les dio la respuesta que esperaban.

–Es precisamente lo que andaba buscando –les hizo una oferta, pero ellos dijeron que el precio ya era tan bajo que no estaban dispuestos a negociar.

–Solo la vendemos tan barata porque vamos a emigrar. Necesitamos venderla lo más rápidamente posible.

–Creo que podré conseguir la cantidad al completo, pero no sabré nada hasta mañana. Me pondré en contacto con ustedes por la noche para hablar de la señal después de resolver el asunto el crédito hipotecario –les informó Becky.

El perro, que estaba encerrado en el salón, ladraba como un descosido.

–No sabrá de alguien que quiera un perro, ¿verdad? No podemos llevárnoslo con nosotros y no somos capaces de encontrar a nadie que quiera un labrador de un año. Tendrá que ser sacrificado.

Becky pensó en la madre de Marc y dijo:

–Tal vez sí. Voy a preguntar y se lo diré también mañana por la tarde.

Le contó a Jan lo de la casa en cuanto la vio al día siguiente, pero Marc estuvo ocupado toda la mañana, así que no tuvo oportunidad de decirle lo del perro.

Cuando se juntaron para la reunión semanal, después de decirle lo mucho que sentía lo de Sally, le pidió que la excusara.

Él arrugó el entrecejo.

–Todos hacemos un esfuerzo para asistir a la reunión semanal.

–Lo siento –Becky suspiró–. Solo es que he visto una casa a un

precio que puedo permitirme, y quiero ir al banco a ver si me conceden un crédito antes de que otra persona me la quite. He quedado temprano, así que estaré de vuelta para la consulta de embarazadas.

–En ese caso, no tendrás que venir. ¿Dónde está la casa?

Como no sabía si la idea de tener otro perro le iba a gustar a él o a su madre, Becky no quiso preguntarle delante de los demás.

–Llego tarde ya. Te lo contaré cuando vuelva.

Había ya varias futuras mamás esperando cuando Marc apareció para dar comienzo a la consulta, así que no pudo preguntarle nada a Becky sobre la casa hasta que se marchó la última paciente.

–Bueno, cuéntame ahora lo de esta casa que quieres comprar.

Becky se la describió, pero si se tenía que fiar de la mala cara que había puesto Marc, parecía que no se había enterado muy bien. Consciente de que si Marc accediera a ir a ver al perro, vería de paso la casa, murmuró:

–Tengo que pedirte algo, Marc.

Marc sonrió inmediatamente.

–¿Me estás pidiendo ayuda?

–No… solo es que… –Becky sintió que se ponía colorada–. Bueno, los dueños de la casa van a emigrar y tienen un labrador de un año que no pueden llevarse consigo. Me preguntaba qué le parecería a tu madre.

Se sentó en el borde de la mesa, pensando.

–No lo sé, Becky. Creo que quizá sea demasiado pronto…

–¿Pero y si te dijera que lo van a sacrificar si nadie se lo queda? –lo interrumpió con entusiasmo–. Se me ocurrió que quizá te gustaría ver el perro esta tarde.

–¿De qué color es?

–La verdad es que no lo sé. Ladraba tanto que lo iban pasando de una habitación a otra mientras me enseñaban la casa, y solo lo oí.

–Vaya, no parece que esté muy bien enseñado. ¿Cómo es la casa?

–Necesita reformas, pero eso no me importa.

–¿Te ha acompañado alguien a verla?

–No. ¿Para qué?

–Entonces espero que sepas lo que haces. ¿Has comprado una casa antes?

–No, pero tiene que haber una primera vez para todo, ¿no?

¿Bueno, te interesa el perro o no?

Molesta por su actitud, Becky no tenía ganas ya de hablar de la casa y deseó no haberle dicho tampoco lo del maldito perro.

–Sí, me gustaría verlo; y también la casa. Te pasaré a buscar sobre las seis y media, si te viene bien.

Marc estaba muy callado mientras veían la casa esa tarde, acompañados del incesante ladrido del perro. Cuando volvieron abajo preguntó por el perro. Lo sacaron a la cocina y a Becky le costó creer que el delgado y triste animal fuera en realidad un labrador dorado. Miró a Marc y se sorprendió al ver que se agachaba y examinaba al tembloroso animal de pies a cabeza.

–Me gustaría pensármelo. ¿Puedo decírselo dentro de unos días, señor… ?

–Snell. Sí, no hay problema. No nos marchamos hasta final de mes.

Marc asintió.

–Quería preguntarle lo de las grietas que hay en las paredes. ¿Sabe cuál es la causa?

–Son grietas que se han formaron cuando la casa fue construida y los muros estaban secándose. La mayoría de la gente las cubre con papel pintado cuando intentan vender, pero yo creo que es más justo que la gente las vea. ¿Va comprar la casa con la señorita?

–No, la voy a comprar yo sola –Becky se apresuró a decirle–. Él ha venido a ver el perro.

–¿Entonces, qué hay de la señal? ¿Ha arreglado lo del crédito hoy?

–Más o menos. Yo…

–Creo que es mejor que le entregue la señal cuando le confirmen la concesión del crédito.

–Pero… –empezó a decir Becky indignada, pero Marc no la dejó continuar.

Abrió la puerta, la agarró por el codo y la sacó de allí a toda velocidad.

–¿A qué crees que estás jugando, Marc? –Becky apenas esperó a que la puerta se cerrara para preguntarle–. Que yo compre una casa no tiene nada que ver contigo. Solo te he traído para que vieras el labrador. ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a decirme lo que debo o no debo hacer? ¿Por qué no dejas de meter la nariz en mis asuntos de negocios? ¿Supón que le prometen la casa a otra persona? ¿A alguien que les entregue una señal inmediatamente?

La llevó hasta el coche sin soltarle el brazo y, haciendo caso omiso de las protestas de Becky, abrió la puerta y más o menos la

empujó dentro.

Se metió en el coche y salió de allí a toda prisa. Cuando llegaron al aparcamiento del embalse, paró el coche y puso el freno de mano.

–Mira, Becky, cariño mío, no vas a dejar una señal en esa casa ni hoy, ni mañana, ni nunca si puedo impedírtelo. ¿De acuerdo?

–No, no estoy de acuerdo, y yo no soy tu cariño ni lo seré nunca. No puedo creer lo que me está pasando –cosa rara Becky no intentó calmar el genio típico de las pelirrojas, y sintió que se ponía colorada–. Y tú estás ahí tan tranquilo diciéndome que no voy a dejar una señal en la única casa que he visto que me puedo permitir.

Marc le echó el brazo sobre los hombros.

–Siento haberte sacado de allí con tanta prisa, pero es lo único que podía hacer para evitar que hicieras algo de lo que te habrías arrepentido toda tu vida. Si me dejaras explicarte…

–Explica, explica. Estoy esperando –le dijo Becky muy enojada.

Marc suspiró largamente.

–¿Ibas a llamar a un perito para que le echara un vistazo a la casa?

Becky se volvió a mirarlo y se quedó asombrada al ver que no estaba enfadado como ella, sino más bien muy preocupado.

–Eso no me parece una explicación, sino más bien una pregunta. Pero, la respuesta es que sí; de otro modo no me concederían el crédito.

–No me refería a eso, sino a un perito particular. El perito que envía el banco no te dice lo que ha visto, sino solamente el precio que cree que vale la casa.

–No seas ridículo, Marc. No puedo permitirme una tasación privada encima de todo lo demás. Sencillamente, no sé lo que me quieres decir.

–Becky, no me gusta tu señor Snell…

–¿Y qué? No viene incluido en la casa.

–Déjame terminar, por favor. Si no me equivoco, esa casa en la que estás a punto de gastarte todo lo que has ahorrado con el sudor de tu frente, está a punto de hundirse en unas minas –hizo una pausa para que Becky asimilara esa información–. Además, esa hembra de labrador ha sido muy maltratada. Está tan aterrorizada que dudo que se recupere del trato que le han dado en esa casa. En general, creo que tarde o temprano habrías adivinado que tu señor Snell no es de fiar.

–No sé qué tiene que ver su forma de ser con la casa, y no

entiendo lo que dices del edificio. Supongo que te refieres a esas grietas. Pero todas las casas tienen grietas cuando se seca el enlucido de las paredes; incluso yo sé eso.

Como aún seguía enfadada, Becky no estaba dispuesta a reconocer que Marc sabía de lo que hablaba.

–Lo siento, Becky, pero tengo experiencia porque llevo tiempo aquí. Recuerdo una noticia que salió en el periódico sobre el problema, y estoy seguro de que esa casa era una de las afectadas…

–Pero no puedes asegurarlo, ¿verdad? –en su consternación, Becky se agarraba desesperadamente a una esperanza vana.

Marc se encogió de hombros y dijo:

–Haz que vaya un perito, o, mejor aún, deja que investigue un poco mañana por la mañana. Eso no te costará nada. Si estoy equivocado, yo mismo le entregaré la señal, pero no creo que lo esté.

No queriendo admitir que quizá Marc tuviera razón, Becky se quedó callada, intentando convencerse a sí misma que lo más sensato era hacer lo que Marc le sugería. No podía arriesgarse a perder la señal, puesto que no le sobraba el dinero, y en el fondo sabía que sería una locura hacer nada hasta que Marc hubiera investigado un poco. Sin embargo, su orgullo le impedía reconocerlo. Por fin pensó que no podían quedarse allí todo la noche y le preguntó por el perro.

–¿Qué vas a hacer sobre el perro?

–Se lo comentaré al veterinario. Si es necesario le pediré que vaya a verlo. Si por mí fuera llamaría a la Sociedad Protectora de Animales, pero no quiero enfrentarme a Snell. Vayamos a comer algo; tengo un hambre de lobo. ¿Qué te parece si vamos al Plough?

Becky, que había estado observándolo, reconoció que Marc era un hombre de convicciones inquebrantables. Su preocupación tanto por las finanzas de Becky como por el perro demostraba que era un hombre bondadoso, y por lo tanto muy difícil de resistir. En realidad, sería un buen marido; pena que fuera a echarse a perder.

–¿Entonces te parece bien el Plough?

–Desde luego.

La comida estaba tan rica como la primera vez. Marc demostró ser un acompañante encantador y Becky se sintió de nuevo cautivada por él.

Cuando llegaron a su apartamento después, Becky le dio las gracias por la velada y le pidió que la avisara en cuanto supiera algo de la casa.

–Te he prometido que yo personalmente daré una señal si me

equivoco, y nunca rompo mis promesas. Te llamaré.

Se quedó un momento vacilante y seguidamente la estrechó entre sus brazos y la besó larga y apasionadamente. Becky separó los labios para dejar que su lengua se enredara con la suya y sintió que su cuerpo respondía.

La soltó casi en el mismo momento en el que Becky había abandonado toda esperanza de respirar de nuevo. Se apartó de ella, la miró a la cara y dijo:

–Oh, Becky. ¿Qué voy a hacer?

Mareada y desconcertada, Becky estaba a punto de invitarlo a tomar un café cuando él se despidió de ella.

–Buenas noches, Becky. Te veré por la mañana –se montó en el coche y arrancó al momento.

Becky se quedó allí pensativa, pensando en todo lo que había pasado.

Si Jan no se equivocaba, no era la única que había notado la atracción entre ellos. Entonces si, como decía él, su madre no lo presionaba, su reticencia a relacionarse de nuevo debía ser únicamente porque no estaba preparado a arriesgarse a sufrir de nuevo.

¿Acaso él pensaba que eso era probable? ¿Acaso no confiaba en ella lo suficiente?

Entró y se acostó sin haber dado con una respuesta a sus preguntas. Pasó la noche dando vueltas, teniendo pesadillas. Se despertó sobresaltada y al ver que solo eran las seis y media decidió darse un baño de espuma antes de ir a trabajar.

Jan estaba de nuevo en forma y atendió a muchos pacientes, así que Becky no tuvo tanto trabajo como para dejar de pensar en sus problemas.

Cuando terminó de preparar la consulta para diabéticos de esa tarde, Tanya le entregó una nota de Marc. Malas noticias. La casa era una de las afectadas por los hundimientos. La rebuscada nota concluía diciendo que le daría más detalles después.

Fue hacia el office intentando ahogar las lágrimas de decepción; en parte por la casa y en parte por el modo tan impersonal que había tenido Marc de decírselo.

Jan la miró.

–¿Va todo bien?

Sacudió la cabeza y arrugó la nota que tenía en la mano.

–Es la casa que me había gustado; se está hundiendo en una vieja mina. Marc me dice que me contará los detalles más tarde.

Jan asintió.

–Seguramente no ha tenido tiempo de esperar a decírtelo porque ha invitado a Rose a comer. Me pidió que te dijera que no estará contigo en la consulta para diabéticos de esta tarde.

Becky no podía creer lo que Jan le estaba contando. Marc se había empeñado en hacerle creer que era Rose la que iba detrás de él y no lo contrario. Tuvo que tragar saliva para no echarse a llorar por la equivocación que había cometido la noche anterior. No era Marc el que no podía confiar en ella, sino ella la que no podía fiarse de él.

No vio a Marc hasta que no llegó a pasar su consulta de la tarde.

–Siento lo de la casa, Becky –le dijo apresuradamente–. Pero todas las personas con las que he hablado me aconsejan que ni siquiera lo pienses. Por eso Snell la vende tan barata; lo más probable es que la sociedad de crédito hipotecario la hubiera desestimado, pero de todos modos creo que es mejor que lo sepas tú antes –le pasó una carpeta con fotocopias.

–Gracias. Has sido muy amable –le dijo con frialdad.

La miró sorprendido y la agarró del brazo.

–No te desanimes. Habrá otras casas, estoy seguro. Y probablemente en zonas mejores.

–La zona donde está esta casa no me parecía tan mal.

Sin saber que su decepción se debía a algo más que a la casa, Marc sonrió abiertamente.

–No me sorprende. No llevas mucho tiempo viviendo aquí todavía.

Becky estaba tan decepcionada y tan celosa que le dijo:

–Marc, deja de ser tan paternalista.

Marc retrocedió asombrado.

–Desde luego no era esa mi intención. Mira, lo siento, pero ahora no puedo seguir hablando. Me esperan los pacientes. Quizá…

–No hay problema –le respondió ella–. Yo también tengo prisa. Tengo que estar en Begstone antes de las siete.

Se marchó y dejó a Marc perplejo. ¿Qué demonios habría desencadenado en ella aquella explosión?

Después del beso que se habían dado la noche anterior sabía que no tenía ya intención de seguir procediendo con cautela ni un momento más. Sin embargo, antes de hacer nada, había querido dejarle muy claro a Rose cómo se sentía, o más bien, que no sentía nada por ella, y que nunca lo había sentido.

La había invitado a comer y mientras comían había descubierto que Rose estaba dispuesta a aceptar que no eran más que buenos amigos. Incluso le había deseado suerte. Cuando le había hablado

de sus encuentros con Tony, Rose le había confesado que se arrepentía de haberse separado de él y le había pedido que la ayudase a juntarlos una noche. Marc se había alegrado de oír eso.

Había vuelto confiado en que Rose no volvería a molestar a Becky y deseando invitarla a salir formalmente por primera vez. ¡Y de pronto ella iba y lo acusaba de paternalista!

Y encima le había dicho que tenía algún tipo de compromiso esa noche en Begstone. Sacudió la cabeza con desesperación. No podía haberse equivocado al pensar que Becky sentía lo mismo por él que él por ella. Había percibido el magnetismo entre ellos desde la primera vez que la viera en la entrevista y, al conocerla mejor, sus sentimientos se habían transformado en un amor que deseaba compartir. Pero parecía que lo había dejado demasiado tiempo; además de cometer muchos errores en el camino. Después de cinco años se creía merecedor de una vida feliz.

Fue a la recepción muy enfadado, recogió los historiales y volvió a la consulta, donde cerró la puerta de golpe.

Becky hizo el camino de vuelta llorando. ¡Menos mal que tenía lo de la biblioteca! Marc no tenía por qué enterarse de que esa era la razón por la que debía llegar a casa antes de las siete.

La había cautivado de tal manera que ni siquiera se le había ocurrido hacer vida social ni en Sandley ni en Begstone. El trabajo y Marc habían sido más que suficiente; pero eso estaba a punto de cambiar. En la biblioteca habría listas de organizaciones locales, y así podría empezar a hacer vida social fuera del centro de salud.

Cuando llegó a su apartamento, con un taco de direcciones y números de teléfono en el bolso, llamó a su madre y le dijo que iría a pasar el fin de semana con ella.

–Ya era hora –le reprochó la señora Groom–. Estoy deseando que me cuentes lo de Paddocks y cómo están Doris Bennett y Martha Lewin.

Becky colgó y suspiró. Esperaba poder sobrevivir al fin de semana de preguntas a que iba a ser sometida.

Se estaba preparando una tortilla cuando sonó el teléfono. En lugar de fastidiar la cena, dejó que saltara el contestador y se alegró de haberlo hecho al comprobar que era Marc. Era la última persona con la que quería hablar o a la que quería ver esa noche. Ya sería suficiente con tener que verlo a la mañana siguiente en el trabajo.

Jan se había tomado libre la mañana del jueves e iba a trabajar por la tarde, porque Irene tenía reunión de padres en el colegio de sus hijos.

Becky estuvo muy ocupada toda la mañana, así que no vio a Marc hasta la hora de la comida.

–Hola –la saludó mientras Becky mudaba la sábana de la camilla en la enfermería–. Me imagino que te alegrará saber que los planos están terminados y que estarán en la oficina de urbanismo esta misma tarde. ¿Te gustaría echarles un vistazo antes?

–Me temo que no tengo tiempo. Mi consulta de medicina preventiva empieza dentro de diez minutos –fue de la camilla a su mesa sin mirarlo.

–Qué pena. Pensé que quizá tuvieras algo que quisieras comentar.

–No pasa nada. Solo es una casa a la que solía ir de pequeña.

Marc pensó que se comportaba así con él por interferir en lo de la compra de su casa.

–Siento haber estropeado tu primera aventura de convertirte en propietaria, Becky. Solo lo hice por tu bien.

Ella asintió, pero no contestó.

–Tal vez sería mejor que te dejara a solas.

De nuevo asintió.

–No tengo consulta esta tarde. ¿Qué te parece si quedamos y charlamos un rato?

Becky sacudió la cabeza, contenta de no tener que mentirle esa vez.

–Lo siento, he quedado para jugar al bádminton –había llamado a la secretaria de un club de la lista de la biblioteca y la mujer había recibido con entusiasmo su deseo de apuntarse, sobre todo cuando le había dicho que había jugado para el equipo del colegio.

–¿Mañana por la noche, entonces?

–En cuanto termine aquí me voy a Shropshire a pasar el fin de semana con mi madre.

–¿Entonces cuándo tienes un rato libre para charlar? –le preguntó con sospecha.

–El lunes o el martes de la semana que viene… Bueno, eso si no tengo partido de bádminton. No lo sabré hasta esta noche.

Marc se alejó echando humo por el empeño que ponía Becky en mantenerlo a distancia.

Esa tarde, Becky disfrutó de su primera visita al club de bádminton. La gente se mostró muy simpática, sobre todo cuando se enteraron de que era nueva en la zona, y enseguida le llovieron

invitaciones para otros eventos.

Era precisamente lo que necesitaba para recuperar la confianza en sí misma antes del interrogatorio que le esperaba ese fin de semana.

Laura fue a verla al final de una dura jornada de lunes en la enfermería.

–Acabo de salir de la consulta de Marc y pensé que te gustaría saberlo –le dijo con entusiasmo–. Voy a buscar otro hijo. El equipo de fecundidad dice que será mucho menos problemático porque ya tienen un embrión nuestro congelado.

–Es estupendo, Laura. Espero de verdad que sea un éxito.

–Estoy tan emocionada que quiero contárselo a todo el mundo –le dio un abrazo a Becky–. ¿Ahora, cuéntame qué tal van las cosas entre Marc y tú?

–En el modo al que tú te refieres, no van Laura. Tenemos una buena relación laboral, pero eso es todo.

Laura la miró con los ojos muy abiertos.

–¡No lo dirás en serio!

–Me temo que sí.

–Pues Andrew no me ha dado esa impresión en absoluto. Veremos a ver lo que podemos hacer.

Becky se encogió de hombros y la vio marchar con aflicción. La inquietud de Laura hacia Marc y su entusiasmo por los proyectos de tener otro hijo dejaron a Becky desconsolada. A lo mejor podría engañar a los demás, pero no a sí misma.

Consiguió mantener las distancias con Marc hasta la reunión del día siguiente, e incluso entonces se sentó entre Patsy y Steve y consiguió evitar mirarlo a los ojos.

Esa tarde, Becky contestó el teléfono del centro mientras preparaba café para Emma y para ella después de terminar la consulta para embarazadas.

–Una urgencia –oyó que le decía Rose–. Y no hay ningún médico aquí. Ha sufrido un colapso y se ha dado un golpe en la cabeza al caer. Está inconsciente –dijo con histerismo.

Capítulo 9

HA LLAMADO alguien a una ambulancia? –preguntó Becky con la mayor serenidad posible.

–Viene de camino.

Notó que llegaba Marc mientras ella comprobaba las pulsaciones y la respiración del herido. Marc se agachó junto a ella.

–¿Puedo ayudarte?

De pronto el paciente empezó a toser. Al ver que respiraba bien, Becky se dispuso a cambiarlo a otra posición con la ayuda de Marc.

–No pasa nada, Simon. Relájate.

–¿Lo conoces? –le dijo Becky articulando para que le leyera los labios.

–Simon Dent –le dijo mientras llegaba la ambulancia–. Yo iré con él en la ambulancia. ¿Te importaría seguirme para traerme luego de vuelta?

Becky no se pudo negar.

Cuando por fin apareció en el hospital le dio las gracias por esperarlo.

–Según la radiografía no tiene fracturas, pero por su historial le van a dejar en observación toda la noche. Ahora está bien. Qué contento estoy de que estuvieras ahí cuando ocurrió, Becky.

Se negó a sucumbir a su halagos.

Marc pensó que lo mejor sería ir a ver a Carol Dent y le preguntó si quería acompañarlo. Por el bien de Carol, Becky no discutió.

Al principio la mujer se echó a llorar, pero Marc y Becky la convencieron de que no había pasado nada. Becky le preparó una taza de té y cuando Carol se la había bebido ya estaba más tranquila y deseosa de ir a ver a su esposo.

Cuando Marc y Becky se marcharon, él sonrió y tímidamente le sugirió que se pararan para comer algo.

Becky intentó rechazar lo que ella veía como otra cena de conveniencia.

–Hoy no tienes partido de bádminton, ¿verdad?

–No, pero parece que estoy tomándome por costumbre el aceptar tus invitaciones.

–Te dije la semana pasada que lo hago porque quiero. No quiero pensar en que ahora tengas que volver a casa a prepararte la cena después de haber trabajado tantas horas.

Dicho así, no podía negarse. Resignada, fue directamente al pequeño bistrot donde habían ido una vez.

Después de pedir, Marc sacó el tema de la casa.

–He descubierto que los Snell están intentando deshacerse de la casa antes de que sea demasiado tarde.

–¿Entonces no van a emigrar de verdad? –preguntó Becky.

–Aparentemente, no.

–¿Y qué hay del perro? ¿Por qué quieren deshacerse de él?

–Creo que se ha convertido en una cara molestia. Sin embargo, cuando accediste a no comprar la casa llamé a la Sociedad Protectora de Animales. El veterinario me dijo que había hecho bien. Le conté que estaba pensando en quedarme con el animal para hacerle compañía a mi madre, si se tranquiliza lo suficiente.

–Espero que todo salga bien –murmuró Becky, deseando que de vez en cuando a ella también le saliera algo bien.

Marc debió de notar el trasfondo de tristeza en su voz.

–Esa casa habría sido una carga para ti.

Sonrió para ocultar que solo pensar en perderlo la estaba haciendo sufrir mucho más que lo de la casa.

–Eso lo sé ahora. ¿Te parece bien si te dejo en el centro?

La sometió a una de sus ardientes y misteriosas miradas, pero ella se levantó y él no pudo hacer nada más que seguirla al coche.

–¿Becky, si no estás enfadada conmigo por lo de la casa, dime por qué entonces?

Becky apenas podía creer que le estuviera preguntando.

–No estoy enfadada.

–¿Entonces por qué la estás tomando con las marchas? –le dijo cuando la palanca rugió al pasar a cuarta.

–Muy gracioso –saltó–. ¿Hay algo más de mí que quieras criticar, ya que estás puesto?

–¡Becky! Lo que menos quiero hacer es criticar nada que tenga que ver contigo. Creo que te lo he dejado ya claro…

–Tan claro como el agua turbia –le dijo mientras aparcaba el coche delante del centro de salud.

Marc se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

–Becky… –gritó cuando ella se apartó de él a propósito. No podía olvidar que había estado comiendo con Rose, ni soportar más aquella situación.

–Lo siento, Marc. Estoy esperando una llamada. Debo irme

corriendo.

Él salió del coche y Becky se alejó, llorando a lágrima viva.

–¿Has perdido el apetito? –se burló Jan el viernes a la hora de la comida; Becky llevaba dos días seguidos dejando la mitad del sándwich que se llevaba para comer.

–No tengo hambre.

–Debe de ser el amor –dijo Jan.

Becky intentó ocultar su inquietud. Desde que lo había dejado en el centro hacía dos noches, Marc había estado ausente cada vez que Becky tenía un momento libre.

Becky había decidido que esa sería la última invitación de conveniencia que aceptaría de él. A diferencia de Rose, ella tenía orgullo.

Se sorprendió cuando la llamó por teléfono a la enfermería después de comer y le pidió que fuera a su despacho cuando tuviera un momento.

Viernes de nuevo. ¿Qué habría hecho esa vez? No podía ser nada que tuviera que ver con los Dent. Afortunadamente, Simon había sido dado de alta del hospital el día anterior.

Llamó a la puerta, que estaba abierta, y Marc levantó la cabeza y sonrió.

–Pasa, Becky. Me alegro de verte –se acercó a ella, le agarró de la mano y dijo en tono de broma–. No te he visto en un par de días. Me preguntaba si el perder el apetito te había hecho evaporarte. Becky, que no estaba preparada para lo que sintió cuando él le tocó la mano, agradeció el poder sentarse en una silla.

–No he perdido el apetito, solo hace demasiado calor para comer tanto –lo miró con sospecha–. ¿Y tú cómo lo sabes? No te he visto en el office en toda la semana.

–He oído rumores, por supuesto –dijo y sonrió–. No creo que se me escape nada de lo que pasa por aquí.

Becky asintió con pesar.

–Y has aprovechado la hora de la comida para buscar sin éxito otra casa que se ajuste a tu presupuesto.

Lo miró a los ojos y le contestó muy irritada.

–¿Si ya lo sabes, a qué viene este interrogatorio?

–Eh, Becky, anímate. Solo es que estoy contento por una noticia.

Ella esperó con expectación.

–El señor Brown ha decidido mudarse con su sobrina a Escocia.

–¿Ha vuelto ya? –preguntó Becky, pensando en su apósito.

–No. Está arreglando la venta de la casa a distancia. Su sobrina me llamó. Se ha apuntado a un consultorio en Escocia y ya le están curando la pierna allí.

–Qué estupendo. Es triste que haya personas como él que estén solas.

Él sacudió la cabeza.

–¿No has pensado en lo que esto podría significar para ti?

–Su casa estará en venta –horrorizada, Becky se tapó la boca con la mano–. No le sugerí que lo intentara con su sobrina por esa razón.

–Ven aquí –Marc cerró la puerta y la abrazó–. No te estaba acusando… Todo lo contrario. No creo que jamás haya conocido a nadie que piense tanto en los demás como haces tú. Nunca piensas en ti misma, ¿verdad?

La estrechó entre sus brazos y empezó a besarla, y Becky sintió la tensión en su esbelto y fornido cuerpo.

–¡Marc! –protestó cuando logró respirar–. Podría entrar alguien.

Él sonrió con picardía.

–Que entren. Si no quieres aceptar ninguna de mis invitaciones, tendré que aprovechar las oportunidades que se me presentan –la soltó de mala gana–. Supongo que tienes razón. Podremos continuar con esto después de ir a echarle un vistazo a la casa de Alan. Quiere que seas tú la que tenga la primera opción de compra, así que he concertado una cita para mañana a las diez.

Becky recordó su decisión de no aceptar más salidas de conveniencia con él.

–No quiero estropearte el día libre. Puedo arreglármelas sola.

Él le contestó con un suspiro tan lleno de melancolía que Becky retrocedió sorprendida.

–Te lo debo; fue culpa mía que no te quedaras con la casa de los Snell.

Becky no se había equivocado. La decepción que sintió al confirmarle él la razón de su oferta fue como una puñalada.

–No me debes nada –abrió la puerta para marcharse, entonces se volvió–. ¿Tengo que recoger la llave?

–El agente inmobiliario estará a la puerta a las diez. Te veré allí.

–No te preocupes si no puedes ir por alguna razón –le dijo antes de salir–. Lo entenderé.

–Entonces ya me llevas ventaja, porque yo no entiendo nada –dijo entre dientes mientras ella salía.

¿Qué tenía que hacer para convencerla de que la amaba cada día más?

Solo accedía a salir con él si tenía alguna razón de peso para invitarla, como por ejemplo porque saliera más tarde del trabajo por culpa suya, o porque se entretuvieran con alguna emergencia.

Había rechazado las únicas invitaciones que le había hecho cuando no había tenido ninguna razón convincente diciéndole que iba a jugar al bádminton, algo de lo que jamás la había oído hablar antes.

El teléfono lo sacó de su ensimismamiento. Era el urbanista con el que había tratado desde que se había tomado la decisión de alojar el centro de salud en Paddocks.

–Marc. Me temo que no tengo buenas noticias.

–¿Qué ocurre?

–El comité urbanístico ha rechazado tu proyecto rotundamente.

–¿Por qué? –preguntó, totalmente sobrecogido por la repentina noticia–. Tú estabas a favor.

–Yo sí, y mis colegas también. Pero el comité urbanístico es harina de otro costal. Uno de los miembros había leído el artículo de la Gazette y había azuzado a los demás incluso antes de presentarle tu proyecto.

–¿Pero por qué estaba ese señor tan en contra de ello?

–No lo sé. Enumeró una larga lista de razones, y su objeción principal fue que pensaba que debía de continuar siendo una vivienda, aunque la dividieran en varios apartamentos. Dijo que representaba el verdadero carácter de la región. Le hice observar que tu proyecto incluía dejar la fachada tal y como está, pero insistió que en cuanto la casa se hubiera vendido, el ayuntamiento no tendría ni voz ni voto.

–Pero eso no es cierto. Todavía tendríamos que solicitar un permiso de obras.

–También le dije eso y que no había ninguna razón por la cual pudiera rechazarlo. Pero me equivoqué.

Marc estaba abatido.

–¿Hay algo que podamos hacer?

–Existe todavía la posibilidad de que el ayuntamiento al completo anule la decisión la semana que viene, pero lo dudo mucho. Tiene demasiado concejales que lo apoyan. Te enviaré una copia de sus razones, pero dudo que lo entiendas.

–Gracias por lo que has hecho. Sé que no es culpa tuya.

Marc colgó y se recostó en el asiento, totalmente derrotado.

Justo cuando pensaba que estaba rehaciendo su vida, todo le salía mal. Primero el desinterés de Becky y ahora lo de Paddocks. ¿Qué había hecho para merecer tanta mala suerte?

–¿Algún problema? –preguntó Jan cuando Becky cerró de un portazo la puerta de la enfermería.

–La casa de Alan Brown está en venta. Marc ha convencido al agente para que sea yo la primera en verla y ha concertado una cita con él para que vayamos los dos a verla mañana a las diez.

–¿Y qué hay de malo en eso?

–Nunca voy a poder hacer mi vida con él cerca de mí.

Jan se echó a reír.

–Ya te lo dije. No sé por qué te molestas en buscar una casa. Probablemente accedería a que te fueras a vivir con él mañana mismo.

–¡Jan! –Becky estaba escandalizada–. Por amor de Dios, no digas esas cosas.

–¿Por qué no? Los dos sois adultos y estáis libres, y creo que Marc merece ser feliz. Esta claro que eres tú la que debe proporcionarle esa felicidad.

–Estás totalmente equivocada. Quieres que todo el mundo tenga un final feliz como tú. Pero lo que no sabes es que Marc no me va a proporcionar esa felicidad.

–Tonterías Becky, he visto cómo te mira.

–Quizá, pero eso solo es porque está solo. Nada más. Lo digo en serio, Jan. Yo pensaba lo mismo que tú al principio, hasta que me di cuenta de que solo me pide salir con él cuando hay una buena excusa para que nos juntemos.

–Pero…

–Jan, no me digas que no te das cuenta –la interrumpió–. Tiene miedo; miedo a comprometerse por si algo vuelve a arrebatarle su felicidad. Bien sea con Rose o conmigo, hasta que acepte que la muerte de Julie no fue más que un fatal accidente, jamás podrá tener una relación satisfactoria. Y por mucho que me atraiga, y quizá yo a él, no puedo esperar. ¿Lo entiendes?

–Supongo que sí –Jan le dijo con amabilidad–. Ojalá yo pudiera hacer algo.

–No puedes. Ahora depende de Marc. Por eso es por lo que preferiría ir a ver esta casa yo sola mañana. Solo siento que lo está utilizando como excusa para estar conmigo.

–¿Entonces, qué vas a hacer?

Becky se encogió de hombros.

–No quiero crear tensiones en el trabajo. Iré a ver la casa con él, pero si me invita después a comer no tengo por qué aceptar su

sugerencia.

–Me parece tal desperdicio –dijo Jan con tristeza.

–Más desperdicio sería si le permitiera entrar más en mi vida y después darme cuenta de que no puedo soportar sus preocupaciones. Con ello solo conseguiría aumentar su inseguridad.

Jan asintió y miró el reloj.

–Será mejor que una de las dos empiece a ver a los pacientes de esta tarde. Desde que has llegado tú, tenemos cada vez más trabajo.

–Empezaré yo –se ofreció Becky–. ¿Por qué no completas el papeleo y luego te vas a casa? Has tenido una semana muy ajetreada.

Jan asintió.

–Eso es estupendo. Antes de venir tú, no quería compartir mi trabajo con nadie, pero creo que eres lo mejor que podría haberme ocurrido.

Becky solo tuvo cuatro pacientes esa tarde, pero todos la llevaron más tiempo del esperado así que Irene ya estaba en el centro cuando pudo escaparse para asistir a otra de las actividades de la biblioteca de Begstone.

Se levantó temprano a la mañana siguiente, y aunque había un poco de bruma se veía que iba a ser otro día glorioso y soleado. Tras tomarse su tiempo para desayunar y completar otras tareas domésticas que necesitaba hacer, Becky se dio cuenta de que llegaría tarde si no se daba prisa.

Rápidamente se puso el conjunto más elegante que tenía en su ropero: un vestido verde lima sin mangas y un par de sandalias del mismo color.

Llegó a casa de Alan Brown a las diez y diez, y se disculpó por su tardanza. Marc no dijo nada, sino que simplemente le presentó al agente.

–Ahora que ya está aquí, podemos empezar –le dijo el atildado hombrecillo.

Becky había visto el salón y la cocina cuando había llevado a Alan a casa, pero no los dormitorios.

–Es ideal, ¿no te parece, Marc? Justo lo que yo necesito –le dijo al bajar las escaleras.

Él asintió, pero no dijo nada, y Becky se dio cuenta, de pronto, de que su entusiasmo del día anterior había desaparecido.

–¿Has visto algún fallo?

Él sacudió la cabeza.

–Está claro que necesita algunas reformas, pero eso no es problema –dijo con poca gana.

Confundida, lo miró a la cara y se sorprendió al ver el dolor reflejado en sus ojos. ¿Qué habría pasado? Quería preguntárselo, pero sabía que tendría que esperar. Apartó la mirada de él y se centró en la hoja informativa que le había dado el agente.

–¿Entonces, te parece un precio razonable?

–Si es lo que tú quieres. ¿Puedes permitírtelo?

–Yo… No creo que haya problema.

Marc estaba tan deprimido que ya no estaba segura de que fuera lo que ella quería. Solo deseaba poder librarse del agente para poder averiguar qué pasaba.

–¿Puedo pasarme por la agencia más tarde y comunicarle mi decisión final?

El hombre pareció molestarse.

–¡Necesito que me diga lo que sea el lunes por la mañana como muy tarde! Le han concedido la primera opción de compra, pero si no la quiere, debo hacer que conste en la ficha.

Becky sintió que se ponía colorada al escuchar el tono de crítica en su voz.

–Lo entiendo e intentaré informarle antes de que termine el día; si no, lo haré el lunes a las nueve.

–Hoy cerramos a las doce, así que déjelo para el lunes. A las nueve en punto –dijo en tono de reproche mientras cerraba la puerta y cruzaba la valla del jardín.

–Gracias –le contestó Becky.

Se volvió hacia Marc y al ver lo triste que estaba, todas sus decisiones del día anterior quedaron en el olvido. No sabía lo que le había pasado, pero deseaba abrazarlo y consolarlo.

–¿Te gustaría que fuéramos a mi casa a tomar un café?

Él asintió.

–Es muy amable por tu parte, pero, ¿no tienes que ir a ver lo del crédito hipotecario?

–Hay tiempo de sobra. La cita en el banco no es hasta la una menos cuarto y mi casa no está lejos de aquí. ¿Dónde tienes el coche?

–He venido andando.

–Entonces tendremos que ir en el mío –le agarró del brazo y lo llevó hasta su Mini.

Después de aparcar frente a su apartamento, Marc la ayudó a salir y después cerró el coche.

–Lo siento, pero no hay ascensor, y vivo en el último piso.

–¿Estás sugiriendo que no estoy en forma? –sonrió, dándole una breve imagen del Marc que ella conocía.

–¿Cómo atreverme? –murmuró mientras subía hacia el tercer piso.

–Qué vista más maravillosa –le dijo mientras ella ponía la cafetera.

–Me va a dar mucha pena dejarlo –contestó, acercándose a él.

–Me lo imagino –se volvió hacia ella–. ¿Crees que estarás a gusto en la casita de Alan?

–No veo por qué no.

Marc apretó los labios y se volvió de nuevo hacia el ventanal.

–No podrá compararse con esto. La casa de Alan no tiene ninguna vista.

–Lo sé, pero será mía. Sería algo tonto tirar el dinero en un alquiler solo por la vista.

–Supongo.

–Además, ya tendré bastantes vistas cuando nos traslademos a Paddocks.

Él aspiró profundamente y fue a sentarse en una mecedora.

–Lo que pasa es que eso no ocurrirá.

Becky, que pensaba que había oído mal, se dio la vuelta rápidamente.

–¿Qué has dicho? ¿Que no va a ocurrir?

Marc asintió.

–El comité de urbanismo ha rechazado el proyecto. Vamos a tener que empezar a buscar de nuevo.

Becky se dio cuenta inmediatamente de por qué tenía mala cara toda la mañana, y luchó para encontrar las palabras adecuadas que expresaran su desolación ante la fatal noticia.

–No pueden hacer eso, Marc.

–Me temo que sí pueden, y lo han hecho. Su decisión todavía debe ser ratificada por el pleno del ayuntamiento, pero lo normal es que estén de acuerdo con ellos. Y, además, según me ha dicho Pete esta mañana, hay una petición de mantener el centro de salud donde está, circulando por todas las tiendas de la zona.

–¿Por el artículo de la Gazette?

Él asintió.

–Sí. Y ahora me doy cuenta de que debió de ser alguien de la oficina de urbanismo el que se lo dijo al periódico después de ver los esbozos que me llevé a aquella primera reunión con ellos.

–¿Pero por qué están tan en contra de Paddocks, Marc? Lleva vacía tanto tiempo. Nadie más la quiere. Estaba tan contenta al pensar que iba a estar de nuevo llena de vida. No podemos dejar que lo hagan.

Sus palabras lo animaron momentáneamente.

–Y yo que pensaba que seguías enfadada por intentar profanar tu querida Paddocks.

Becky fue a la cocina y sirvió dos tazas de café. Volvió al salón y se sentó en el sofá.

–Eso solo fue al principio. Cuando me lo dijiste me sorprendió, pero al ver el estado en el que estaba y lo bueno que era tu proyecto, enseguida me convencí de que tenías razón –lo miró de forma acusadora–. Estoy segura de que te darías cuenta, ¿no?

Marc fue a sentarse junto a ella.

–Me resulta imposible saber exactamente lo que piensas, Becky. Me encanta trabajar contigo y creo que a ti te ocurre lo mismo, pero ahí parece terminar la cosa. Cada vez que intento dar un paso adelante, algo o alguien se interpone entre nosotros. Y si no es Paddocks, ojalá supiera qué es.

Sus palabras tranquilizaron a Becky. ¿Se habría equivocado al mostrarse tan celosa porque comiera con Rose? Becky sabía muy bien lo que Marc le estaba preguntando. ¿Pero cómo sacar el tema de Julie sin hacerle daño?

–Me encanta mi trabajo en Sandley, Marc, y me encanta trabajar contigo. Incluso Rose parece tolerarme mejor ya –se echó a reír–. Pero… –hizo una pausa y se acobardó–. Pero no creo que esté lista para hacer otra cosa que no sea dedicarme de lleno a mi profesión.

Él le quitó la taza de café y la dejó sobre la mesa. Entonces, le colocó las manos sobre los hombros con suavidad y la miró a la cara.

–A mí no me ha dado esa impresión. ¿Eres capaz de negar cómo respondiste a mis besos?

–No, Marc, no puedo. Pero soy humana y una relación debe de basarse en algo más que en una mera atracción física.

Marc suspiró con resignación antes de continuar.

–Como de costumbre, no tenemos tiempo de seguir hablando de esto. Ya son las doce y media y tú tienes que ir al banco.

Ella se puso de pie inmediatamente.

–Te dejaré en casa.

–No hace falta; iré caminando. Pero antes quiero pedirte algo.

–¿Sí?

–¿Quieres cenar conmigo para celebrar algo esta noche?

–¿Celebrar el qué? –le preguntó con sospecha.

–Tu primera incursión en el mundo de la propiedad.

Becky sintió una alegría enorme y sonrió.

–Me encantaría, Marc.

Por fin le pedía salir a cenar por una buena razón. Quizá, después de todo, ellos dos tuvieran alguna esperanza.

–Te recogeré entonces a las siete, ¿vale?

Becky apenas podía creer lo que le estaba pasando.

–Bien. ¿Estás seguro de que no quieres que te lleve a casa?

–Necesito caminar y tomar un poco el aire después de esta taza de café tan mareante. Menos mal que me has invitado a subir.

Se echó a reír y la levantó en brazos, dando vueltas y más vueltas hasta que estaba tan mareada que no pudo protestar cuando él la dejó en el suelo y la besó con una pasión que amenazaba con hacerle olvidar sus obligaciones.

Finalmente la soltó.

–Si no te marchas ya, perderás la casa –le dijo, dándole una palmada en el trasero–. Si tienes tiempo, llámame y me cuentas lo que ha pasado. De otro modo me pasaré sobre las siete y podremos terminar lo que hemos empezado.

Antes de poner el coche en marcha, Becky lo vio alejarse mientras experimentaba una sensación de bienestar al pensar en lo que acababa de prometerle.

Marc volvió a casa como si estuviera volando. Tres horas antes había pensado que la vida no merecía ser vivida. Apenas había dormido con tantas preocupaciones. El hecho de perder Paddocks había sido horrible, pero el pensar en perder a Becky había sido todavía peor. La deseaba desesperadamente y, a juzgar por los sueños que había tenido, también la necesitaba.

Esperaba que esa noche pudiera convencerla de su amor por ella. Porque Marc ya no lo dudaba. La amaba y deseaba casarse con Becky en cuanto pudieran organizarlo.

Le había sorprendido tanto la intuición de su madre cuando le había dicho que Becky había sugerido que quizá quisiera acoger a ese pobre y maltratado perro…

–Es una chica muy bondadosa. Lo mejor que puedes hacer es casarte con ella.

–¡Mamá! –había exclamado–. Pero si solo la has visto una vez.

–Y fue suficiente. Cuando hablas de ella me he dado cuenta de cómo lo haces. La amas y quiero que sepas que si yo soy la razón por la que no has hecho todavía nada al respecto, te aseguro que no me importa en absoluto. Quiero verte felizmente casado y que me des nietos antes de que sea demasiado mayor para disfrutar de ellos.

Parecía que se había equivocado al pensar que debía proceder con cautela por el bien de su madre. Por primera vez en cinco años se sintió libre. El corazón le saltaba de alegría. Si todo iba bien, le

pediría que se casara con él esa misma noche.

Pero primero debía averiguar qué le parecería mudarse a vivir a la casa que había compartido con Julie.

Si no le parecía bien, la vendería. Era una casa cómoda, pero ya no sentía ningún vínculo que le atara a ella sentimentalmente. Qué curioso. Cuando Julie había muerto, había prometido que jamás se marcharía de allí o cambiaría ni una pieza de mobiliario.

Pero al conocer a Becky sus sentimientos hacia aquel lugar habían cambiado totalmente. Era sorprendente lo que podía llegar a hacer el amor.

Capítulo 10

AL FINAL, hubo un problema con el crédito hipotecario. Cuando el supervisor vio que el precio era un poco más alto que el de la casa de los Snell, pensó que con el salario que tenía Becky sería demasiado.

–¿Podría bajar la oferta? –le sugirió el hombre.

–Es difícil. Me han dado la primera opción de compra.

–Entiendo. ¿Entonces no hay modo de dar una señal mayor?

Becky no sabía cómo podría hacer eso tampoco. El único modo sería pedirle un préstamo a su madre, y aunque Becky sabía que la ayudaría todo lo que pudiera, no sería fácil y no quería poner a su madre en esa posición.

–Bueno, la verdad es que tiene usted un buen expediente bancario, así que todo lo que puedo sugerirle es que rellene los formularios y yo hablaré con el director y le haré saber nuestra decisión el lunes.

Becky se dirigió hacia el supermercado descorazonada. La invitación de Marc la había animado tanto que no se había imaginado que algo pudiera estropear aquel día tan maravilloso.

Cuando llegó a casa, era por la tarde. Llamó a la agencia inmobiliaria y dejó un mensaje en el contestador diciendo que le interesaba mucho la casa, pero que no sabía si podría conseguir la cantidad que pedían. Concluyó diciendo que se pondría en contacto con ellos en cuanto el banco la llamara.

Fue hacia la cocina y calentó agua para prepararse una taza de café. Había pensado hacerse un sándwich, pero resultó que se le había quitado el apetito.

El teléfono irrumpió en sus pensamientos. Era Marc.

–Hola. No me has llamado. ¿Alguna noticia?

–Lo siento. No llevo mucho rato en casa –intentó hablar con desenfado–. Desgraciadamente, el banco piensa que estoy apuntando demasiado alto.

–Eso no es normal. Pensé que estarían deseando dar dinero.

–El tipo que me atendió no desestimó mi solicitud del todo, pero tiene que consultarlo con su superior el lunes. He dejado un mensaje en el contestador de la agencia a ese efecto.

–Estoy seguro de que irá bien. Y ya sabes que te ayudaré, si me lo permites –le ofreció en tono solícito.

–Me las arreglaré –respondió.

Aunque sabía que Marc podría permitirse hacerle el pequeño préstamo que necesitaba, no quería estar en deuda con él. Aquel era su asunto y quería hacerlo sola.

–Sé que eres capaz de arreglártelas sola, pero si yo puedo ayudarte a que sea más fácil, me gustaría que me lo dijeras –insistió Marc–. Hace una tarde maravillosa, Becky. Vamos a aprovecharla lo mejor posible; quiero que vayamos a la costa.

–Creo que es precisamente lo que el médico me aconsejó –le dijo con una risilla.

–Voy para allá.

La felicidad que había sentido antes volvió a ella, y pensó en las horas maravillosas que iba a compartir con él. Al recordar su invitación a cenar, se preguntó si debía cambiarse o si volverían a tiempo para hacerlo después.

Pensó que lo mejor sería preguntarle cuando llegara.

Pero Marc no subió, sino que tocó el claxon al llegar. Becky corrió con agilidad escaleras abajo.

Cuando le preguntó por la ropa, él sacudió la cabeza.

–Lo que llevas es ideal para el lugar adonde vamos. Estás muy elegante con ese vestido. Esta mañana pensé en lo tentadora que estabas y ahora acabo de darme cuenta de que la tentación es irresistible.

Por eso no he querido subir. Sabía que si lo hacía desaprovecharíamos esta maravillosa y soleada tarde.

Pasaron el resto de la tarde como niños, chapoteando en el mar y echando carreras por la playa, abrazándose exhaustos al llegar a la meta.

Becky no recordaba haber sido tan feliz, a pesar del disgusto del crédito.

Cuando el sol empezó a ocultarse y se levantó un viento frío, Marc miró el reloj.

–Creo que es hora de que nos movamos.

Le dio la mano y se dieron la vuelta de mala gana. De repente, un alarido frenético los detuvo.

Un niño en una especie de colchoneta se alejaba rápidamente llevado por la marea; mientras, otros niños más mayores gritaban y saltaban con ímpetu en la orilla.

Marc no se lo pensó dos veces. Soltó a Becky, le lanzó los zapatos que tenía en la mano y se metió totalmente vestido en el

agua. Rápidamente fue en persecución del aterrorizado niño.

Becky se quedó mirando y aguantó la respiración. Buscó ayuda en la playa, pero no había nadie. Las personas que hacía un rato habían estado tomando el sol, habían desaparecido. Solo quedaban un hombre muy enfadado, agarrado a los dos hijos mayores y una mujer a su lado que lloraba a moco tendido.

–¿Hay por aquí algún teléfono? –le preguntó Becky a la mujer.

La mujer alzó el móvil que tenía en la mano.

–He llamado a la policía y a una ambulancia.

Becky buscó a Marc con la mirada. El viento soplaba con fuerza y parecía empujar la colchoneta cada vez más lejos. Cada vez que pensaba que Marc iba a alcanzarla, otra ráfaga la volvía a empujar.

Becky se dio cuenta de que Marc se estaba cansando, y cuando desaparecía bajo las olas, ella aguantaba la respiración.

Con un esfuerzo sobrehumano consiguió agarrar al niño, pero la colchoneta desapareció, arrastrada por el viento.

Ninguno de los servicios de emergencia se habían presentado aún y Becky sabía que Marc volvía hacia la orilla totalmente extenuado. El niño entorpecía sus esfuerzos para luchar contra la marea.

Corrió por la playa, pero no fue capaz de encontrar ni cuerdas ni boyas que pudiera lanzarle para ayudarlo.

En la distancia oyó el sonido de las sirenas. Se volvió para comprobar los progresos de Marc, pero de repente no lo veía ya; ni tampoco al niño. Becky se lanzó al agua llamando a Marc a gritos. No era muy buena nadadora, pero tenía que hacer algo. No podía dejar desaparecer la felicidad que acababa de encontrar.

Llorando a lágrima viva, avanzó por el agua buscando alguna señal de Marc.

–Allí, allí –gritó la madre del niño y corrió hacia un rompeolas de madera.

A Becky le costó distinguir lo que había visto la mujer. Marc debió de haber sido arrastrado hasta la playa por la corriente y, sin soltar al niño que estaba ya inconsciente, en esos momentos intentaba ponerse de pie con dificultad.

Mientras la mujer levantaba en brazos al niño, el personal médico inundó la playa. El niño fue inmediatamente envuelto en una manta y rodeado por médicos y enfermeros.

Becky corrió hasta donde estaba Marc tumbado, demasiado exhausto como para moverse.

Cada bocanada de aire le quemaba los pulmones. Cada músculo pedía a gritos oxígeno. Marc oyó una voz profunda que le decía:

–¿Se encuentra bien señor?

–¡Marc, Marc, di algo! –añadió Becky.

Intentó abrir los ojos, pero no pudo. Y como tampoco podía respirar, asintió muy despacio con la cabeza.

Becky le tomó la mano y Marc sintió que le pasaba la mano suavemente por los cabellos.

–Oh, Marc. Pensé que iba a perderte. Qué miedo he pasado.

Le apretó la mano. Él también había pasado miedo. No por él, sino por Becky. El pensamiento de que el mar pudiera arrebatarles su recién descubierta felicidad fue lo que lo animó todo el tiempo a seguir.

Mientras el equipo se llevaba al niño a la ambulancia, la mujer corrió hacia ellos.

–Mi hijo se recuperará. Gracias, Dios mío, gracias, muchísimas gracias –repetía una y otra vez–. No sé cómo podré agradecérselo.

Marc se había recuperado lo suficiente para incorporarse y sentarse.

–La mejor manera es no volver a permitir nunca más que sus hijos jueguen solos a la orilla –dijo con respiración entrecortada.

–No lo hice, no lo hice –gritó–. Les dije que jugaran en esa poza –señaló una poza en la playa que la marea había llenado de agua–. Solo me di la vuelta un segundo…

Marc la ignoró y se puso de pie con dificultad. Becky lo agarró del brazo.

–Voy a ponerme algo de ropa seca.

Uno de los policías le sugirió que fuera al hospital para que lo examinaran.

–Estoy bien –dijo brevemente y se encaminó hacia el coche con Becky a su lado.

Cuando nadie podía oírlos, le dijo:

–Siempre dicen lo mismo, que se han dado la vuelta un momento. Eso es todo lo que se suponía que hizo la lancha de salvamento, pero papá y Julie murieron.

Becky se dio cuenta de que tenía una buena razón para su inusual grosería.

–Si te quitas la camisa mojada, tengo una chaqueta de lana en el coche.

–En cuanto ponga el coche en marcha estaré bien, pero me temo que tendré que ir a casa a cambiarme.

Becky sonrió.

–La verdad es que no esperaba que fueras a cenar así –le echó el brazo por la cintura–. Lo que has hecho ha sido una heroicidad,

Marc. He pensado que te iba a perder de verdad.

Se apartó de ella.

–Te vas a empapar ese bonito vestido. Lo que he hecho no ha sido una heroicidad. Es lo que debería haber hecho por papá y por Julie.

Habían llegado al coche y Becky se desanimó al ver su expresión inflexible.

–Pero no estabas ahí, ¿no? –Becky le preguntó con delicadeza.

–No, pero debería haber estado.

–¿Cómo puedes culparte por lo que ocurrió? –le susurró mientras Marc ponía el coche en marcha.

Vio la expresión de dolor en su rostro y el corazón se le encogió, consciente de que aquel incidente podría ralentizar los progresos que habían hecho en su relación. Deseaba abrazarlo y ayudarlo a olvidar la pesadilla que acababa de vivir, pero no podía mientras estuviera conduciendo, y no estaba segura de que él quisiera.

–Julie odiaba que yo trabajara tantas horas. El día que murió estaba enfadada conmigo por trabajar otro sábado por la mañana, y yo estaba enojado porque ella se negaba a comprender que los médicos no podían trabajar de nueve a cinco, de lunes a viernes. Tuvimos una tremenda pelea y, cuando salí hacia el trabajo, ella llamó a mi padre y lo convenció para que saliera a navegar con ella ese día.

Becky tragó saliva.

–Oh, Marc, lo siento tanto…

–A mi padre le encantaba entretenerse en los barcos, pero siempre fue un marinero de agua dulce. Julie debió de convencerlo.

Becky estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de por dónde iban, y de pronto el coche se metió en un callejón sin salida a la orilla de una casa no adosada muy elegante.

–Hemos llegado a mi casa –le dijo en tono seco–. Es el veintitrés de Royal Court.

Lo siguió al interior e inmediatamente se sintió incómoda.

Había deseado ver dónde vivía, pero no de aquel modo. Después de lo que había ocurrido, la casa que había compartido con Julie era el último lugar donde se imaginaba poder restablecer la comunicación de esa tarde.

Se disponía a subir las escaleras cuando se detuvo.

–La cocina está por ahí… Me encantaría tomar una taza de café.

Preparó el agua y buscó café y tazas en los armarios, pero no pudo evitar sentirse incómoda mientras lo hacía. Aquella era la casa de otra mujer, y Becky no podía relajarse con el fantasma de Julie

vigilándola.

Cuando Marc bajó, vestido con unos chinos color crudo y una camisa rojo inglés, Becky estaba muy tensa. Tomó la taza de café que ella le ofreció y la condujo hacia el salón.

Becky miró a su alrededor y su intuición femenina le dijo que la decoración había sido obra de Julie, lo cual no hizo sino ponerle más nerviosa.

En cuanto terminaron el café, Marc dijo que debían marcharse porque había reservado mesa.

Se montaron en el coche y con el pretexto de ponerle el cinturón se inclinó y le rozó los labios con un beso tan suave que despertó en ella las emociones más tiernas.

Se volvió y sus miradas se cruzaron, y por primera vez vio en sus ojos una sensibilidad y un deseo que hizo que el corazón le diera un triple salto mortal. Notó que Marc debía de haber advertido lo incómoda que se había sentido en la casa, pero había esperado hasta llegar al coche para hacérselo saber.

Le ajusto el cinturón y le dijo:

–Si vamos a ir a comer, será mejor que dejemos esto para más tarde.

Sonrió con pesar y salió a la carretera.

Al meterse en el aparcamiento de un viejo edificio isabelino de madera, Becky soltó una exclamación entrecortada. Era pequeño, pero cientos de pequeñas luces multicolores le conferían una apariencia de cuento; al cruzar la puerta de entrada vio que el interior estaba en consonancia con la fachada del edificio. Las vigas oscurecidas por el humo le daban al lugar un aspecto acogedor.

–Es precioso –le dijo muy emocionada–. Solo espero que la comida sea igual de buena.

Charlaron como dos niños deseosos de averiguar lo más posible el uno del otro. Becky esperó que estuviera haciéndole olvidar el incidente que tan cruelmente les había estropeado la tarde.

Cuando les sirvieron el marisco, Becky no podía ya negar que la atracción que llevaba tanto tiempo intentando ocultar se había trasformado en amor. Se había enamorado de él perdidamente, con el corazón, el alma y el entendimiento. Tanto que ya no la detenía el miedo que había sentido de cometer el mismo fallo que su madre.

Sus elocuentes miradas, su ingenio, su valentía de aquella tarde y el modo en que se preocupaba por los demás eran cosas todas ellas formidables, y Becky supo que jamás la haría daño.

Pero no estaba segura de que ella sintiera lo mismo. Acababa de ver que no había cambiado nada de lo que Julie había hecho en la

casa; y la verdad, eso no era muy buena señal.

Tal vez le estuviera agradecido por ayudarlo a superar sus miedos y su infelicidad, ¿pero sería amor?

El pensamiento resultó turbador, pero después de una deliciosa fuente de pato, especialidad de la casa, Becky se recostó en la silla. La botella de Chablis que se habían bebido la había relajado y se sentía más afable, muy a gusto en su compañía.

Marc le sonrió.

–¿Te apetece comer algo más, Becky?

Ella sacudió la cabeza.

–No, pero me encantaría tomar una taza de café.

Cuando pagó la cuenta salieron del restaurante. Al abrirle la puerta, Becky sintió de nuevo el fantasma de Julie y se estremeció.

Marc pareció entenderla.

–No había tenido la intención de llevarte a esa casa. Hace días que he decidido venderla y empezar de nuevo.

–No tienes por qué hacerlo por mí –lo miró consternada.

–No lo voy a hacer por ti –se apresuró a decir–, sino por mí.

Cuando pararon a la puerta del apartamento de Becky, no se sentía animada a invitarlo a tomar algo. Sabía demasiado bien adonde conduciría esa invitación, y antes de permitir que eso pasara, necesitaba disponer de tiempo para decidir si podía vivir con su amor por Julie… y con su sentimiento de culpabilidad.

Becky iba a decir algo cuando él la silencio con un beso.

Increíblemente, Marc parecía estar totalmente en sintonía con ella, porque cuando finalmente se apartó de Becky le dijo:

–No subiré hoy, Becky. Aunque te amo con todo mi corazón y hemos pasado juntos un día maravilloso, quiero que ambos estemos seguros antes de comprometernos.

Ella había estado a punto de decirle lo mucho que lo amaba también, cuando sus palabras de despedida hicieron que se le encogiera el corazón. ¿Después del día que habían pasado juntos, era posible que él todavía cuestionara los motivos de Becky?

Antes de que se diera cuenta, la estaba besando otra vez de un modo tan dulce que la dejó con ganas de más. Entonces salió del coche a abrirle la puerta.

–Te veré mañana, amor mío.

Oyó el ruido del motor alejándose en la noche mientras abría la puerta de su casa, y entonces supo que debería haberlo retenido para intentar resolver entre los dos las dificultades que llevaban separándolos todo ese tiempo.

Consecuentemente, se pasó la noche en blanco, preguntándose

qué podría decirle al día siguiente para convencerlo de que lo único que importaba era su amor.

A la mañana siguiente, llevaba ya horas despierta cuando Marc la llamó.

–Tengo la solución a tu problema del crédito hipotecario.

–¿Y cuál es?

–No puedo decírtela. Tendrás que venir a verla.

–¿Cuándo?

–Ahora.

–Tengo muchas cosas que hacer. ¿No podría ser más tarde? –le dijo, intentando sacar tiempo para idear el modo de convencerlo.

–En realidad, no. He quedado en llevar esta tarde a mi madre a las perreras para que conozca al perro de los Snell, y pensé que quizá te apeteciera venir con nosotros.

–Me encantaría.

–Estaré ahí dentro de diez minutos.

Sintió una emoción tremenda ante su insistencia. Mientras se vestía a toda prisa se preguntó si habría encontrado una casa más barata que la de Alan Brown. Cuando llegó Marc, Becky le estaba esperando abajo.

La besó con emoción, señal de lo contento que estaba. Sin embargo, Becky se sorprendió cuando tomó la carretera que iba hacia Marbury.

–No puedo creer que hayas encontrado una casa que yo me pueda permitir por esta zona.

Cuando se detuvo delante de la verja de Paddocks, Becky abrió los ojos como platos.

–¡Esto sí que no puedo permitírmelo!

Marc saltó del coche para abrir la reja y volvió al coche. Confundida, Becky permaneció en silencio mientras Marc aparcaba el coche y seguidamente se dirigían a la entrada de la casa.

Cuando estaba a punto de entrar, Marc la levantó en brazos y dijo:

–Tengo que cruzar el umbral contigo en brazos.

–¿Por qué?

–No digas nada excepto que te casarás conmigo, Becky, para que podamos vivir felices para siempre en Paddocks.

–Sí, oh sí, Marc –llegado el momento, no había tenido ni que pensárselo–. ¡Pero solo si modernizas la cocina!

Él sonrió.

–Eso, por supuesto –murmuró antes de besarla en los labios, las mejillas y el cuello apasionadamente–. Parece que el banco y los

miembros del comité urbanístico nos han hecho a los dos un favor.

Ella asintió muy contenta, y él le susurró al oído:

–Te amo tanto, Becky.

Jubilosa, le abrazó la cintura y entraron juntos en el lavadero. Se sentó en el alféizar de la ventana y tiró de él para que se sentara junto a ella.

–Sé que amabas a Julie, Marc, y no te estoy pidiendo que la olvides. La felicidad que compartiste con ella te ha convertido en el hombre que amo –lo abrazó con fuerza–. Y en el hombre que deseo que me haga el amor… ¡Ahora mismo!

–Oh, Becky. Jamás esperé que pudiera encontrar de nuevo la felicidad, y ayer cuando fuimos a mi casa a cambiarme pensé que lo había estropeado todo contigo. No te gustó nada estar en la casa que había compartido con Julie, ¿verdad? He sido tan imbécil. Vivir ahí me ha impedido progresar.

–Sabes –dijo ella pensativa–, sentí el espíritu de Julie allí, pero ahora sé que no estaba porque resintiera mi presencia; era porque quiere que seas feliz de nuevo.

Cuando alzó la mirada, Becky vio que Marc lloraba de felicidad. Pasado un momento, la miró con picardía y dijo:

–Solo recuerda que has sido tú la que has tirado de mí para que me sentara. ¡No me eches la culpa otra vez!

Becky lo miró a los ojos y sonrió.

–Lo siento, Marc. Cuando nos conocimos, no me di cuenta de lo mucho que el pasado te había afectado. No tenía ni idea de lo que esperabas de mí. Y hasta ayer no creo que ni siquiera tú lo supieras.

Marc parecía sorprendido.

–¿Y qué me dices de ti? Te has regodeado manteniendo la distancia si me atrevía a acercarme un poco. ¿Tendría que haberlo interpretado como una señal de tu afecto?

Becky sonrió y poco a poco le fue explicando cómo los acontecimientos de su infancia habían afectado cada una de las relaciones que había tenido anteriormente.

–¡Hasta ahora! Por eso Paddocks significaba tanto para mí. Era el único sitio donde yo sabía que mamá estaba a salvo de papá y donde yo era feliz.

–¿Qué fue de tu padre?

–Se largó mientras estábamos viviendo en Paddocks. Jamás volví a verlo ni tampoco mi madre. Lo último que oímos fue que estaba viviendo en el extranjero.

–Qué tremendo para tu madre. ¿Y no se volvió a casar?

Becky arqueó una ceja con expresión de cinismo.

–Debes estar de broma. Tenía más razones para huir del matrimonio que yo. No. Me crió ella sola.

–No debió de resultarle fácil.

–Era más fácil que vivir con él, eso puedo asegurártelo.

Marc la miró lleno de comprensión y ternura antes de estrecharla entre sus brazos. Después de besarla sin piedad, murmuró:

–Te prometo que yo jamás haré nada que te haga sentirte así hacia mí –sonrió–. A no ser, por supuesto, que hacerte el amor cada vez que pueda te haga sentirte mal.

Ella lo miró a los ojos, que ya no tenían nada que ocultar, y le susurró:

–No creo que eso sea ningún problema, ¿no te parece?

Becky le agarró la cara entre las manos y selló sus labios con un beso lleno de amor y de promesa.